

Edgar Unger



HERENCIA

Novela de Ciencia Ficción

Ediciones Digitales de El Tábaro

Edgar Unger

HERENCIA

Novela de Ciencia Ficción

Editorial
Puerto de Palos

HERENCIA

©**Edgar Unger**

Inscripción en el Registro de Propiedad N°xxxxxxx

I.S.B.N. xxxxxxxxx

Diseño de Portada: Maite Reyes F.

Impresión: Imprenta Acapulco Ltda.

Fono: 2698042 Fax: 2091501

Impreso en Chile / Printed in Chile.

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile y en el exterior, sin autorización previa del autor.

CAPÍTULO PRIMERO

1

Para el hombre había sido difícil seguir el sendero bajo el ardiente cielo y vencer la empinada ladera de la montaña. Ahora ya se encontraba arriba en la árida meseta y pronto traspasaría la invisible barrera entre el mundo del presente y la agreste tierra del pasado.

Al Este se perdía el rojizo desierto en el brumoso horizonte y a lo lejos se divisaban los grises y sombríos contornos de la ciudad bajo una gran nube negra, que la cubría como un manto mortuorio. Al frente, cientos de metros más abajo, emergía la línea plateada del río entre las vertiginosas paredes de las montañas rocosas.

El hombre empezó a caminar en semi círculos y buscó a su alrededor entre cactus, rocas y arbustos quemados, hasta convencerse de que el antiguo sendero que conducía al valle había sido borrado por el viento.

Antaño habían recorrido aquellas tierras cazadores indios, marcando con sus silenciosos pasos el camino; pero la orgullosa raza se desvaneció junto con su gran Dios, quien cuidara durante milenios la herencia de sus hijos. El hombre blanco apareció por fracciones de segundos del último día de la creación buscando oro y luego, poco a poco, comenzó a apiñarse en las tenebrosas ciudades y aquella tierra volvió a ser como antes.

Ahora era difícil llegar a ella. El caballo pertenecía a un pasado mejor y los caminos del desierto yacían abandonados.

El solitario caminante, sin mirar ya hacia atrás, inició lentamente el descenso por entre la seca vegetación y pronto, como una promesa de vida, llegó a sus oídos el rumor creciente del agua.

No se sentía muy cansado y sabía que allá abajo recuperaría su antigua fuerza, la que había perdido en parte durante su prolongada permanencia en un hospital militar.

Una hora antes del atardecer llegó al río. Entonces dejó su mochila y escopeta en el suelo, se despojó de zapatos y camisa, y salpicando como un muchacho se lavó, quitándose el sudor y el polvo amarillo de la montaña.

El verano se estaba yendo y las sonoras y transparentes aguas

corrían lentamente. En primavera era imposible adentrarse al cañón por causa del deshielo, que transformaba el apacible río en un turbio torrente.

El hombre se arrodilló en la ribera y calmó su sed con pequeños sorbos. Enseguida se vistió, recogió sus cosas y vadeó el remanso hacia la orilla opuesta. Allí volvió a encontrar el viejo sendero y comenzó a internarse al cañón, caminando entre rocas cubiertas por verde musgo y paredes rocosas que se levantaban verticalmente hacia la luminosa abertura del cielo. El apacible murmullo de las aguas se transformó pronto en amenazador rugido, que absorbía poco a poco sus pensamientos. Entonces llegó a sentirse como una pequeña e insignificante parte del trueno y avanzaba en penumbras solamente por instinto. Cuando al ponerse el sol llegó al valle, alcanzó a escuchar los últimos gritos de las codornices antes de que cayeran las sombras.

Había que acampar, oscurecía rápidamente. Miró a su alrededor y reconoció el grupo de viejos pinos y los restos de la derruida cabaña. El lugar le traía recuerdos. Pensó en la muerte de su padre y en su sonrisa, cuando despertaba allí de su gris silencio. Esta era la primera vez que subía solo al valle.

Entonces sus pensamientos empezaron a divagar. Retrocedieron a los primeros oscuros años en la escuela pública y al inicio del duro camino que le condujo a la universidad. Recordó por un instante sórdidas batallas sobre tableros de ajedrez, cuando integraba el equipo de los Estados Unidos y el día que llegó a ser el astronauta civil más joven del país, astrónomo e ingeniero en propulsores electroatómicos.

No pudo evitar pensar en el reciente retorno de las rojas soledades de Marte y su mente fue invadida por pesadillas: El resplandor de una explosión y el silbido mortal del espacio, penetrando a un compartimiento de la nave para destrozar a cuatro de sus compañeros.

Pensé con amargura que todo el programa espacial estaba podrido y que el material entregado por las industrias estatales era cada vez más defectuoso.

Finalmente decidió acampar en la penumbra y luego encontró la tranquilidad que había venido a buscar. Percibía ahora el susurro

entre la hierba y la voz del río sonaba distinta en el súbito silencio que había invadido el valle. La noche era serena y en el oscuro cielo palpitaban los lejanos e inalcanzables soles. Era hermoso estar así, quieto, dejando vagar la mente en regiones donde las palabras pierden su significado bajo el suave embrujo de las sensaciones.

A la primera luz de la mañana, poco antes del amanecer, cargó cuidadosamente su vieja escopeta, grabada encima de los cerrojos con escenas de caza, de animales hace tiempo desaparecidos. Se encontraba ya bajo el poder del instinto más antiguo del hombre. Esperó hasta que un dorado resplandor anunciara la salida del sol y el día empezara a descender desde las heladas cumbres del frente, para avanzar silenciosamente en dirección al fondo del valle. Cuando llegó al pie de la montaña, se levantó una bandada de codornices por entre los matorrales, intentando cruzar el río. Apuntó instintivamente y disparó en rápida sucesión los dos cañones.

“Buenos tiros”, pensó con satisfacción. Caminó lentamente por la hierba en busca de los animales caídos, mientras el eco de los disparos moría rebotando entre las paredes rocosas, restableciéndose pronto la esplendorosa quietud de la mañana.

Fue entonces cuando su excitación empezó a declinar. Sentía que algo andaba mal. Recogió los dos cuerpos aún cálidos, húmedos por el rocío, y acarició inconscientemente sus suaves plumajes. Supo que ésta era la última vez. La caza, apenas iniciada, ya había terminado para él. La sensación de culpabilidad, siempre presente en el trasfondo de los sentimientos del buen cazador, luego de haber matado, creció fuerte dentro de él. Pensó que el hombre pronto moriría en las ciudades y que en el valle tal vez perduraría la vida. Se sentó encima de una roca escuchando el llamado de las codornices desde más allá de la otra orilla del río. Los pájaros empezaban a cantar entre los arbustos y un tardío conejo buscaba refugio entre los matorrales. La paz había vuelto, y el último hombre visitante en el mundo del pasado, había dejado de matar.

Al día siguiente, antes de partir, contempló por última vez el río, que desde tiempos inmemoriales bajaba desde las nevadas montañas, cavando su lecho en medio del valle.

“Ahora me iré”, pensó, “y tal vez en un millón de años volveré”. “Sí”, se dijo con seguridad, “volveré alguna vez en el futuro”.

Luego emprendió el regreso, dejando el valle y sus pacíficos habitantes esperando un nuevo ciclo de creación.

2

John Miller observaba el espaciopuerto a través de los amplios ventanales del despacho, sorprendido por el silencio y la ausencia del habitual movimiento. A lo lejos sentía ruidos y golpes que causaban la impresión de que alguien estaba desmantelando las instalaciones. Los grandes hangares tenían abiertas sus puertas correderas y faltaban las naves espaciales. Era evidente que en pocos días habían sucedido muchas cosas. Se volvió lentamente sin separarse de las ventanas y preguntó:

—¿Leyó usted mi informe, coronel?

—Aún no llegó a mis manos —respondió el hombre sentado detrás del escritorio. Se pasó una mano por el rostro con una mueca de cansancio y agregó—: Creo que nunca lo verá, debe estar enterrado en algún archivo.

El silencio se hizo pesado dentro de la habitación; afuera, un fuerte viento proveniente del mar levantaba espirales de polvo sobre las pistas abandonadas.

—Hallamos algo increíble—, empezó a decir John, — y todo comenzó cuando observamos unas piedras que no se hallaban sembradas en forma caprichosa, como suele actuar la naturaleza. Aquellas piedras estaban amontonadas a lo largo de un espacio libre, que conducía como en sendero hacia el borde de un cráter.

Empezamos a seguir este sendero imaginario, que tenía que ser imaginario, porque no podía existir en esta tierra olvidada. Avanzamos y poco a poco descendimos al fondo de aquel cráter .

Luego John vacilo, pensando en la muerte espantosa de los compañeros que entonces estaban con él, mientras el coronel lo observaba en silencio. Después de una pausa logró deshacerse de aquellos fantasmas y continuó:

—Allí Colman encontró algo que nos dejó profundamente conmovidos.

En un nicho rocoso, a salvo de las violentas tormentas de arena, nos vimos frente a una inscripción de signos tallados en una superficie plana.

En silencio, sintiéndonos pequeños y muy solos, observábamos aquella inscripción, que debía ser más antigua que el comienzo de nuestra Historia. Comprobamos más tarde, que este indescifrable testimonio tenía más de ocho mil años de antigüedad. Este día, nadie se atrevió a decir algo y volvimos en silencio a la base .

Existe solamente otro testimonio creíble, coronel, de que no estamos solos en el Universo y se encuentra en nuestra Biblia: La visión de Ezequiel. Este hombre tenía sin duda el don de las palabras, pero en su simple arameo describió lo que era inexplicable para él y para la época; La visión de Dios bajando del cielo en una nave o aquella de un personaje sentado sobre un trono en el interior de una nave espacial, ¿ En qué polvorienta biblioteca habrán hallado los doctos judíos este antiquísimo y anacrónico relato para incluirlo en sus sagradas escrituras?

—Coronel, dijo después de una pausa —no debemos abandonar a nuestra base en Marte, estamos frente al hallazgo más grande de la historia. Es un nuevo paso hacia delante y tal vez la última oportunidad de un nuevo principio.

John se alejó de la ventana y se sentó al otro lado del escritorio, mirando con cierta ansiedad el arrugado y cansado rostro de su superior.

—No es a mí a quien tienes que convencer —replicó el coronel con lentitud—. La Unión opina que Marte no tiene ningún valor práctico, no piensan continuar gastando materiales en exploraciones que consideran inútiles.

Los tranquilos ojos grises de John contemplaban ahora cautelosamente a su superior. El coronel suspiró y su rostro adquirió una expresión sombría.

–Ha llegado el momento de informarte sobre algunos sucesos desagradables. Lo siento por ti. Te comunico oficialmente que el programa espacial ha sido suspendido por el nuevo gobierno. Las naves fueron trasladadas a una base subterránea secreta, lejos de la costa. Desconozco la ubicación del lugar. Las están transformando en naves de guerra. Es el fin de una era, John. Tal vez tengamos que esperar cien mil años antes de salir nuevamente al espacio exterior. Los líderes de la Unión estiman que ya no queda tiempo.

El coronel meditó por breves segundos y luego prosiguió:

–En esto del tiempo les doy la razón. Nos estamos preparando para la guerra. Estallará a más tardar en un año. Se supone que es un secreto, pero todo el mundo lo sabe.

–Nunca pensé que el día llegara tan pronto –murmuró John con amargura.

El hombre detrás del escritorio se encogió de hombros.

–Eras un niño muy pequeño aún y yo un joven teniente, cuando aquel terrible verano la gente no quiso escuchar más discursos vacíos y se negaron a votar. Así, los despojos de la Democracia cayeron a nuestras manos, haciéndonos sentir sucios. Yo entonces perdí las esperanzas cuando comprendí que este era el punto sin retorno.

Después permitimos la ocupación de las iglesias, donde los pobres cuelgan ahora sus ropas en los patios y por las ventanas góticas.

John lo observó sorprendido, porque aquellas palabras eran peligrosas. También pensó que ahora podía hablar libremente.

–Así–, murmuro, – el Dios del Antiguo Testamento ha decidido iniciar una nueva limpieza general.

–Es inútil hablar así, le interrumpió el coronel, – ¡Este Dios ha muerto!

Los golpes en el exterior habían cesado y ambos hombres se hallaban en medio de un total silencio, siguiendo cada cual el curso de sus pensamientos.

–Nietzsche escribió esto hace más de dos siglos y medio, – dijo John después de un rato. – pero la fe del hombre, que formaba parte de sus instintos, cuando el mundo era joven, esto es lo que murió y ahora le abrumba solamente la miseria y el vacío.

El coronel parecía no escuchar, lo miró directamente a los ojos y dijo con voz cortante:

–Es mi deber comunicarte que la recién formada Fuerza Espacial te necesita. He recibido ordenes precisas al respecto. Aquí tengo tu expediente. Lo acabo de leer y es realmente extraordinario

Debes comprender que no reclutamos hombres vacíos. Los consumidores de tercera categoría ya no sirven para luchar. John se levantó y empezó a caminar lentamente por la habitación.

Luego se detuvo frente al escritorio y su rostro moreno no mostraba ningún sentimiento. Pasó una mano por su cabello casi negro y dijo:

–Lo que leyó en mi expediente, coronel, son ahora solamente papeles sin valor o lo serán pronto, cualquiera que sean las consecuencias.

Soy civil, y aunque fuera militar, no pienso ser uno de los jinetes del Apocalipsis.

El coronel lo contempló pensativamente y se movió intranquilo en su asiento.

–Tienes razón en muchas cosas, pero hay algo que no parece entender. Debes ingresar a la Fuerza Espacial. Tu opinión o la mía no cuentan para nada.

La expresión de su rostro se suavizó.

–Haré una cosa por ti, te daré algo más de tiempo. Ellos te creen aún enfermo, por esto te concederé tres meses de permiso. Después –advirtió y su voz adquirió un timbre metálico–, después iré a buscarte.

Abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre grueso.

–Aquí está todo –explicó–. Permisos, tarjetas de racionamiento y de combustible, sueldos atrasados y autorización para moverte libremente dentro del país. ¡Te quedan tres meses! ¡Divídelos en semanas y vive cada semana como si fuera un año! ¡Otra cosa! Por razones obvias perderás en algunas semanas más tu permiso para utilizar las viejas instalaciones de radioastronomía en el desierto. Serán rehabilitadas e integrarán una red. Si pensabas vivir allá como ermitaño, olvídalas.

John se había puesto pálido. Recogió el sobre que le daba tres meses de vida libre y observó con una mezcla de afecto y compasión a su envejecido superior.

–Usted lo tenía todo preparado, coronel. Gracias, sinceramente gracias.

Enseguida abandonó silenciosamente la oficina.

Eran más de las diez cuando John salió de las sombras de los abandonados edificios de la base. Se dirigió lentamente hacia el estacionamiento bajo el peso de oscuros pensamientos y dominado por la irreal sensación de haber perdido todo.

En el negro interior de un hangar se reanudaban los golpes, causando en su mente una dolorosa resonancia. Contempló el espaciopuerto por última vez. Creyó ver por un instante como hombres en trajes plateados trepaban a las naves y le pareció sentir el poderoso rugido de los propulsores.

Permaneció inmóvil, escuchando. Enseguida se encogió de hombros y subió a su viejo jeep, al que se le notaban largos años de constante uso.

Cruzó una extensión de desierto antes de penetrar a los lúgubres suburbios de la ciudad, en los que aún sobrevivían sucias palmeras a lo largo del camino. Desde el mar llegaba una brisa maloliente.

Luego se internó en el tenebroso mundo de brumas del último carbón, donde sombras silenciosas vagaban entre negras moles de concreto. Conducía distraídamente, cuando se vio obligado a frenar con brusquedad para evitar atropellar a un grupo de chiquillos harapientos, que salieron corriendo de entre automóviles abandonados al borde de la antiguamente hermosa avenida.

Se detuvieron con actitud desafiante frente a las ruedas del jeep y el murmullo entre las sombras se transformó en un zumbido amenazador. Bajo insultos prosiguió a una velocidad muy reducida.

Desde hacia años que evitaba entrar en las ciudades de día. Prefería la peligrosa soledad del toque de queda, cuando comenzaban a circular los pesados vehículos de transporte. Empezó a toser y le lagrimeaban los ojos. Maldijo en voz baja por no haber traído una máscara.

Las explosiones del motor apagaban a ratos el arrastrar de pies, que se cruzaba en interminables corrientes, siguiendo de distribución en distribución el invariable camino del consumidor de tercera clase en busca de alimentos.

Un año más, pensó con amargura, y la sociedad que transformó la herencia del hombre en montañas de basura, se consumirá a sí misma.

De pronto sintió un creciente rugido, causado por un incidente frente a un centro de esterilización, donde era posible obtener por una sola vez tarjetas color naranja de primera clase.

Cuando escuchó aullar las sirenas de los coches de policía, dobló decididamente por una calle lateral, evitando así ser envuelto en el inevitable enfrentamiento entre la fuerza pública y una multitud enfurecida.

Condujo así durante media hora. Finalmente pasó un control y respirando con alivio entró a una zona de edificios y parques limpios, reservado para consumidores de primera categoría. Una hora más tarde volvió a ver el sol al tomar el camino hacia el desierto.

La carretera de resquebrajado pavimento atravesaba en línea recta una desolada planicie, perdiéndose en el horizonte entre pálidas colinas.

Manejaba ahora con cuidado, evitando las anchas grietas y los inesperados obstáculos que se interponían a su paso. Reflexionaba a veces con amargura y le parecía escuchar la insistente voz del coronel.

Luego fruncía el entrecejo y se decía: “No debo pensar más, ni hoy, ni mañana, ni durante los próximos días”.

La amarilla monotonía adormecía entonces su mente y se le hacía difícil permanecer despierto. El calor era casi insoportable y por el espejo retrovisor distinguía solamente una espesa nube de polvo, que el vehículo levantaba tras de sí. La arena cubría todo el camino y el mayor peligro se ocultaba en los desniveles donde el desierto había empezado a invadir lo que antaño le pertenecía. Patinando peligrosamente, cruzaba aquellos trechos a gran velocidad para no quedarse atascado.

Demoró un par de horas en llegar a su destino, un pequeño villorio dormido al calor del mediodía. Consistía en viejas casas que en el pasado habían sido levantadas alrededor de una estación de servicio y de un pequeño restaurante. Los escasos habitantes habían vivido en aquella época de los viajeros que se detenían en el camino. El restaurante tenía ahora sus ventanales tapiados con rústicos tablones y la gasolinera había sido desmantelada y abandonada.

La gente siguió viviendo en el pueblo, al principio porque eran demasiado pobres para irse y luego porque no había otra parte donde ir. Con la escasa agua regaban pequeños huertos.-

“Los miserables se han transformado en ricos”, pensó John, “ellos son afortunados porque pueden cultivar un pedazo de tierra, criar gallinas y vivir dignamente a la sombra de los naranjales”.

Al pie de una colina se levantaba un grupo de antiguas palmeras, cerca de la casa de Schulz. Hacía dos años John había quedado en pana a la entrada del pueblo. Mientras cavilaba dónde en aquel olvidado rincón iba a conseguir herramientas para componer su radiador que perdía agua, apareció un viejo de aspecto algo descuidado en el camino, con su rostro semi oculto por una gran barba blanca. Sus brillantes ojos azules lo escrutaron con una intensidad que exigía respeto y luego le dirigió la palabra con un acento ligeramente extranjero.

—Ven conmigo muchacho, tengo todo lo preciso para desarmar y soldar tu radiador.

Ahí se inició una amistad entre dos hombres iguales, ambos, como dijo una vez Schulz, pertenecientes al pasado.

John sospechaba que su amigo había trabajado para el gobierno en algún programa de investigación científica, porque sus conocimientos resultaron ser amplios y profundos, especialmente en física y electrónica. Pero el viejo evitaba hablar sobre esa parte de su pasado. Vivía ahí solo con sus recuerdos, cultivando su huerto. No necesitaba más y el presente no tenía nada que ofrecerle.

Ya desde lejos divisó la recta silueta del anciano esperando en la sombra. Habitualmente la llegada de un vehículo era un suceso importante en el pueblo, pero el sol de la tarde quemaba implacablemente y ningún intruso se dejó ver en la calle. Estacionó el jeep bajo los árboles y luego se bajó y estrechó la mano de su amigo.

—Hace media hora vi la nube de polvo a lo lejos —dijo el anciano—. Pensé que eras tú, hijo.

—¿Cómo te ha ido, papá Schulz? —preguntó John, observando que parecía haber envejecido desde la última vez que lo vio.

—Últimamente no he sido el mismo, John. Por eso debo hablar contigo. Pero lo dejaremos para más tarde, quiero que duermas aquí esta noche.

—Era mi intención pernoctar aquí, papá Schulz. No tengo otra parte donde ir que a tu casa o a la torre en el desierto.

Lo observó con creciente preocupación y agregó: —No tienes buen aspecto, creo que necesitas un médico.

El viejo sonrió débilmente.

—Veo que te preocupas por mí, pero sufro de una enfermedad incurable que se llama vejez. Los médicos no pueden ayudarme y nunca he visto uno en el pueblo. Prefiero morir antes que acercarme a la ciudad. Mañana debes seguir tu camino, aquí tengo amigos que me cuidan.

Un sentimiento de amargura, que no escapó a la atenta mirada del anciano, cruzó el rostro de John.

Contempló la paz del lugar y dijo inesperadamente: —Nunca me pareció bello este olvidado rincón, pero ahora pienso que es un buen lugar para morir.

El viejo lo observó con tristeza.

—Eres tú el que piensa en la muerte. Eres muy joven aún para eso.

—Esta noche comeremos bien —dijo John, borrando los oscuros pensamientos de su mente—. Traje buen café, azúcar, carne en conservas, whisky y tabaco para ti.

El anciano permaneció en silencio, pero su cara se iluminó. John trajo tabaco y dos latas de cerveza del jeep. Ambos hombres se acomodaron en viejos sillones de mimbre a la sombra de las palmeras y empezaron a fumar en silencio. Así vieron morir la tarde y al anochecer entraron a la casa. Una mujer del pueblo apareció como una sombra para preparar la cena. Después de comer tomaron café en antiguas tazas de porcelana alemana, gran orgullo de Schulz, y las cuales, pensó John con amargura, muy pronto iban a terminar repartidas entre la gente del lugar.

Luego el anciano levantó las cejas mirándolo fijamente. John se puso nervioso. Se levantó suspirando y abrió una botella.

—¡Espero que esto no te mate! —observó.

—Un poco de whisky me hará bien, no te preocupes.

Enseguida lanzó una breve carcajada.

—¿Te puedes imaginar una muerte mejor que con una copa en la mano?

—En realidad no debe haber otra mejor —replicó John seriamente.

Transcurrido algún tiempo, los cansados ojos del viejo recuperaron su brillo y a su vez dejó de temblar.

–Me siento muy bien ahora –aseguró–. Ha llegado el momento de hablar.

John entendió que el otro tenía algo que decirle y se puso a escuchar con atención.

–La gente del pueblo se entera de los sucesos por un misterioso camino. Estoy informado sobre el nuevo gobierno, sus primeras decisiones y no es difícil adivinar el futuro. Cuando tu mundo se vino abajo, supe que vendrías.

–Me tienes aquí porque necesitaba ver a un amigo –respondió John.

–También vine para tomar con calma mis últimas decisiones. Pasaré un par de semanas en el desierto.

–Te hará bien –asintió el anciano–. Me alegro de que estés aquí, me queda poco tiempo.

Escrutó la expresión de su joven rostro y agregó: –Saldrás de mi casa con una pequeña esperanza.

John sonreía incrédulamente, pero Schulz no se dio por enterado y siguió hablando:

–Habitualmente pasas por aquí, atraído por tu afición a la radioastronomía. Sobre ella conversaremos primero.

Tomó un sorbo de whisky y encendió su pipa apagada, antes de proseguir:

–La antena del desierto es una reliquia. Logras captar con ella algunas emisiones de fuentes situadas dentro de los límites de nuestra galaxia, causadas por fenómenos naturales y de origen difícil de precisar. No recibes nada que no puedas hallar en los viejos catálogos de la I.A.U. Sé que tienes mucho de soñador en el trasfondo de tu mente científica y que algunas veces esperas localizar una señal

procedente de una lejana civilización entre las estrellas.

John asintió: –Es la ambición de todo radioastrónomo.

–Las posibilidades de captar una emisión de tal naturaleza son remotas –continuó el anciano–. Vendría desde años luz de distancia, a una frecuencia muy alta, y seguramente emitida con una enorme energía. La estructura física de tales hipotéticas señales podría ser muy diferente a lo que nuestra ciencia nos permite comprender.

John escuchaba atentamente, pero sin adivinar aún adonde quería llegar su amigo.

El anciano seguía hablando.

–Si dispusieras de medios para explorar estas supuestas frecuencias desconocidas, escucharías solamente susurros y luego desaparecerían todos los ruidos emitidos a una longitud de ondas mayores. Una señal de aquellas silenciosas profundidades procedería seguramente de una inteligencia presente en el universo.

John se acordó de las huellas encontradas en Marte, pero aún estaba confundido.

–Hoy día hablas de una manera misteriosa, papá Schulz.

–¡Paciencia hijo, espera!

El anciano se incorporó con dificultad, indicándole con un movimiento de mano que permaneciera sentado. Abandonó con pasos vacilantes la habitación. Luego se sintió un ruido en el taller, cuando al parecer abría y cerraba un mueble y después de un rato volvió respirando pesadamente. Traía en sus manos una caja de madera.

–Es para ti –murmuró.

La colocó encima de la mesa y separó la parte superior. John se acercó y examinó su contenido con creciente sorpresa. A primera vista parecía ser una radio, pero inmediatamente advirtió los peculiares detalles de su construcción. Se volvió lleno de curiosidad hacia su amigo, esperando una explicación.

–No es una radio completa –aclaró Schulz–, son componentes modificados para perfeccionar tu receptor. Este sistema amplifica las señales –explicó el viejo, indicando hacia varios tubos voluminosos que estaban sellados de una forma que impedía distinguir su interior.

–Eliminas el amplificador de tu radio y conectas estos terminales de acuerdo al diagrama.

John asintió silenciosamente.

–Aquellos son circuitos resonantes con condensadores variables del tipo convencional. Pero todos los sistemas de oscilaciones, excepto el primero, han sido modificados.

Se trataba de un grupo de cilindros metálicos, rodeados por una confusa red de circuitos, diodos y extraños tubos. A un lado se veía un diagrama de conexiones.

—Por medio de estos interruptores dispones de seis circuitos resonantes. Te aseguro que los últimos cuatro vibrarán en frecuencias enormemente altas. No puedo proporcionarte valores, porque obviamente carezco de medios para medir las oscilaciones. En la construcción del equipo empleé principios totalmente nuevos.

El anciano respiraba ahora con dificultad y John le ayudó a sentarse.

—Me siento muy cansado para darte mayores explicaciones, se me hace difícil pensar con claridad —explicó en voz baja—, pero con esto podrías explorar el espacio en busca de una voz inteligente, si es que no estamos solos. Así confirmarías al margen de otras consideraciones que la vida superior no es una accidente desafortunado de la naturaleza.

John mostraba gran excitación pero en su rostro aún se reflejaban dudas.

—No hay motivos para dudar —aseguró Schulz, adivinando sus pensamientos.

—Existe un noventa por ciento de probabilidades de que todo funcione bien. He utilizado los osciladores para algo totalmente distinto y probé el amplificador de señales con un receptor y una antena. —Luego agregó pensativamente—: Evidentemente tienes que localizar una emisión para que el equipo trabaje.

John recobró su voz: —Papá Schulz, aún no puedo creer en tener algo tan importante en mis manos, estoy confundido.

—Debes tener confianza, soy un experto en la materia —le interrumpió el viejo, sonriendo débilmente—. No me des las gracias, porque tengo algo mucho más importante para ti.

Indicó con cierta indiferencia hacia la caja y expresó:

—Aquello salió al margen de una investigación de años que efectué junto con mi hijo. Por esto me retiré al desierto. Aquí se puede trabajar en paz.

Schulz dejó de hablar y guardó silencio durante algún tiempo.

—¿Sabes?—continuó después—, obtuvimos grandes resultados. Parte de ellos me corresponden a mí y si me tienes suficiente afecto para aceptarlos, te los dejaré ahora. Si me contestas afirmativamente te explicaré todo y te entregaré varios apuntes.

John sentía la ansiosa mirada del anciano y tras algunos segundos de reflexión respondió con voz firme: —Sí, papá Schulz, aceptaré.

—Bien, hijo, dependerá exclusivamente de ti aprovechar positivamente lo que te voy a revelar. Deberás actuar cautelosamente sin que la Unión pueda seguir tus pasos.

—Sabes que puedes confiar en mí —señaló John.

El viejo asintió y siguió: —Tú sabes que tengo un hijo. No lo has conocido porque hace años no viene a verme. Yo poseo un alto coeficiente de inteligencia y siempre he logrado pensar bien, obteniendo éxito en numerosas investigaciones. Pero mi hijo Richard es lo que comúnmente se llama un genio. Nunca nadie se ha podido acercar a él, porque algo le impide comunicarse con otras personas, aunque estas sean su padre o su madre. Algo en él no anda bien. Cuando volvió de la universidad su madre había fallecido y él estaba peor. Pero salía a veces de su hermetismo para hablar conmigo de manera impersonal, horas y horas, sobre mi trabajo. Una mañana sucedió algo. Lo encontré en el jardín, sentado en la hierba tirando una piedra al aire. La tiraba y la cogía y la volvía a tirar siguiendo un extraño rito. Hablaba solo y creí que se había vuelto loco. Luego me dirigió la palabra sin volverse. “¿Sabes? —me dijo—, intentaré descubrir lo que hace caer esta piedra. Trataré de comprender la fuerza invisible de la gravedad y sus propiedades físicas, cuyo poder hace que los cuerpos se atraigan mutuamente a la distancia. Nos limitamos a contemplar y medir la aceleración de una caída y esto es todo. Nuestra ciencia conoce solamente un efecto cuyas causas ignora. Es preciso averiguar de qué clase de ondas, vibraciones o energía se compone esta misteriosa fuerza y si su efecto puede ser alterado”.

“Padre —me preguntó, y me emocioné porque anticipé que me iba a pedir algo por primera vez—. Padre, ¿cuando descubra algo, trabajarás junto conmigo?”

—Sí —le contesté— el día que me muestres un resultado, dejaré todo aquí y nos retiraremos a un lugar aislado para trabajar juntos—. Pensé entonces que ésta no iba a ser más que una simple conversación. Pero luego de dos años de ausencia mi hijo apareció con un delgado cuaderno de apuntes conteniendo fórmulas básicas y en una noche de estudiar pasé de la incredulidad a la convicción, que esto era la llave de todo lo que Richard había prometido encontrar. Era el primer paso para hallar un medio de neutralizar la gravedad. Comprendí inmediatamente que para conseguirlo necesitábamos una enorme fuente de energía.

“Dejé todo y nos venimos al desierto, hicimos un descubrimiento tras otro trabajando 16 horas diarias. Nos convencimos que utilizamos la energía, principalmente la electricidad, como cavernícolas. La quemamos como leña. Ante nosotros se abrió un inmenso campo de investigación, una nueva ciencia.

Superamos paso a paso innumerables dificultades y un día obtuvimos el primer resultado práctico con un pequeño modelo experimental que construí en el taller. Neutralizamos la gravedad y el modelo flotaba en el aire. Entonces comenzaron las dificultades. El dinero se había acabado y mi hijo se puso impaciente. Peleamos.

“Un día se fue y nunca lo volví a ver. Hace seis años me escribió una tarjeta desde la región de los lagos en Nueva Inglaterra. Luego no supe más de él. Sin embargo aquí no termina todo.

“Hace algunos años encontré un alumno mío en la ciudad y pasamos una tarde juntos. Me contó alegremente que trabajaba en el Norte y algo en su manera de expresarse me llamó la atención. Usaba inconscientemente términos de la nueva ciencia que yo había creado con mi hijo. Al despedirnos saqué algunas conclusiones. Una empresa privada está trabajando en algo que no puede ser otra cosa que una nave interestelar, en un lugar al que nadie se puede acercar.

“Ahí está tu esperanza, John. Debes ir al Norte.

—Es increíble —murmuró John con voz temblorosa.

—Pero posible —aseguró el anciano—, con la neutralización de la gravedad puedes sacar una locomotora al espacio. Debes estudiar las fórmulas que te voy a entregar y todo parecerá creíble. Necesitarás algún tiempo para entenderlas porque yo no estaré para ayudarte.

En la mañana siguiente dejó a su anciano amigo, llevando consigo los componentes de radio y varios cuadernos de apuntes.

Cuando volvió diez días más tarde de las colinas del desierto el viejo Schulz estaba enterrado en el pequeño cementerio del pueblo.

Trató de rezar frente a su tumba pero no pudo. “Si existe un Dios”, pensó, “no es un Dios a quien se pueda pedir algo. Reza por mi, amigo, dondequiera que estés; porque esta tierra ha sido abandonada por los dioses”.

4

Algún día, pensaba John, estallaría el horizonte y entonces la Tierra dejaría de ver sus heridas al apagarse los cansados ojos del hombre, pero entre aquellas rocas tal vez perduraría la vida.

La luz roja del atardecer iluminaba la llanura y una suave brisa comenzaba a disolver la bruma del calor que colgaba encima de las colinas. Desde las lejanas montañas bajaban las sombras y luego, súbitamente, caía la noche. Después de instantes de un total silencio se empezaba a notar la presencia de los moradores del desierto, los cuales, despertando de su sueño diurno, iniciaban ahora una implacable lucha por su existencia.

John se imaginaba que la vida había aumentado últimamente en este mundo primitivo, donde el hombre estuvo solamente de paso, matando algunos animales, arañando su arenosa superficie, pero dejando intacto el árido paisaje y muchos de sus escurridizos habitantes.

Uno de los últimos recuerdos de su presencia era la antena modular de radioastronomía que se encontraba con el tejido metálico de su reflector de 25 metros de diámetro, como una sombra fantasmal contra el cielo estrellado.

John se sintió invadido, sin querer, por una emoción casi religiosa al contemplar la antena, cuya presencia era como una pregunta muda hecha al infinito, sin recibir otra contestación que susurros incomprensibles. En lugares como éste, lejos del ruido de una agonizante civilización, él sentía los ojos de

Dioses sin nombre, los cuales, sin darse a conocer, invitaban al hombre a contemplarse a sí mismo, consciente de su soledad en el universo.

Durante estos días, John no había dejado de preocuparse por el precario estado de salud de su viejo amigo y pensaba constantemente en sus sorprendentes revelaciones, tratando de imaginarse el misterioso lugar donde tal vez se estaría construyendo una nave interestelar. Estudió sin éxito las fórmulas de Schulz y luego le asaltaron las dudas.

Todo era difícil de creer, pero no imposible.

Se había resistido a explorar el cielo, temiendo tal vez

inconscientemente que el éxito o el fracaso de los nuevos componentes influyera en su decisión de ir al Norte. Sin embargo, no tenía nada que perder y seguiría el débil hilo de esperanza hasta el fin. Si existía un misterioso lugar en la región de los lagos, él lo encontraría, tomaría sus precauciones y hallaría los medios para entrar en él.

Al llegar a las instalaciones en el desierto había encontrado todo en orden. Probó los motores que movían la antena modular y enseguida instaló los nuevos componentes. Entonces falló repentinamente el viejo generador. La línea eléctrica que antaño atravesaba el desierto estaba muerta hace tiempo y la gente había cortado en muchos lugares los postes de valiosa madera. El grupo generador suministraba la energía, consumiendo desde luego bastante combustible. Tras un día de arduo trabajo John logró hacerlo partir nuevamente. Enseguida prosiguió con la carga de las agotadas baterías, lo que era un asunto demoroso, especialmente con la grande, que movía los motores.

Ahora todo estaba listo para probar el receptor modificado. En poco tiempo más arribaría Carlos y entonces iniciarían juntos la búsqueda nocturna. Carlos Montero vivía en el pueblo y era un militar retirado prematuramente a causa de un accidente que le costó una pierna. A intervalos regulares controlaba las instalaciones por un modesto sueldo que le pagaba John. Tenía su permiso para utilizar los equipos, pero con posición fija de la antena, buscando a medida que rotaba el cielo nocturno.

Husmeaba constantemente en los catálogos y las grabaciones de la I.A.U y ubicaba la mayoría de las fuentes galácticas de radioemisiones de memoria, lo que significaba una gran ayuda en momentos de incertidumbre.

John empezó a caminar a través de la noche, acercándose a la silueta de la torre. Cuando ascendía por la escalera que conducía desde el exterior hasta el segundo piso, sintió el ruido de un motor que se aproximaba. Era Carlos que llegaba.

Buscó el interruptor y prendió una luz. El hombre emergió cojeando de la oscuridad y subió lentamente la escalera.

—Hace tiempo que usted no anda por aquí, jefe —saludó mientras se estrechaban la mano. John contempló la cara del otro a la

débil luz del foco.

—Te noto más flaco que nunca, Carlos, parece que no comes bien.

—No se preocupe, jefe, trabajamos la tierra. Los inspectores nos roban, pero nos dejan vivir.

—Viniste justo a tiempo —señaló John—. Tengo importantes nuevas para ti y te prometo que esta noche tendremos éxitos o fracasos importantes.

Carlos sonreía confundido. Era un hombre pequeño y delgado que no hablaba mucho y John le estimaba y confiaba en él. Entre ambos formaban un equipo perfecto. Él poseía una filosofía especial de la vida y aceptaba los altibajos del destino con la mayor tranquilidad.

—Soy un hombre demasiado pequeño e insignificante para que algo me pueda dañar —dijo un día medio en broma, medio en serio a John, luego de haber recibido un fuerte golpe eléctrico mientras arreglaba el generador— apenas debo tener dos tercios de galón de sangre en las venas, la electricidad no puede matarme con tan poco líquido en el cuerpo.

—Llegué tarde, jefe, porque tuve algunos problemas —explicó el hombre—: me costó hacer partir el auto. Gracias por el combustible que me dejó en el pueblo—. Vaciló y luego dijo lentamente: —Traigo malas noticias. Ayer murió su amigo Schulz y ahora vive otra gente en su casa. Repartieron sus cosas y entraron apenas él salió. Esta es la ley del pueblo.

John no contestó, solamente bajó un poco la cabeza.

—No existe motivo para estar triste, jefe, cuando muere un hombre de ochenta años —siguió Carlos pensativamente—. Nuestra gente lo quería y él nos ayudaba porque sabía muchas cosas. A veces nos describía el mundo que él conoció cuando era joven. Aseguraba haber tenido una buena vida. Es el único al que le oí decir esto. Ya descansa en paz, no hay esperanza de una muerte tan tranquila para nosotros.

—Tienes razón, como siempre —dijo John en voz baja—. Él descansa ahora. Era como un padre para mí.

—Usted es como él —aseguró Carlos—, mi gente me mandó decir que si algún día busca un refugio entre hombres libres puede vivir en el pueblo.

John aspiró profundamente el aire fresco de la noche y luego respondió emocionado: —Gracias Carlos, no olvidaré vuestro ofrecimiento.

Subieron los últimos escalones y entraron al amplio recinto del segundo piso, donde se encontraban las instalaciones de radioastronomía. Era un lugar para trabajar y vivir. En un rincón veían un camarote y frente a la única ventana dos viejos, pero cómodos, sillones de cuero. Un estante cubría una pared, conteniendo libros, mapas estelares y los catálogos de la I.A.U. En la pared del fondo colgaba una gran pantalla que reproducía el cielo estelar. Estaba sincronizada con la antena para facilitar la ubicación aproximada de una fuente galáctica de radioemisiones, especialmente en noches brumosas o durante el día. El cuadro estelar cambiaba a medida que rotaba el cielo nocturno.

Ambos hombres se sentaron a conversar un rato y Carlos escuchó con sorpresa las explicaciones sobre los componentes nuevos del receptor.

—Bien —dijo John finalmente, acercándose al mesón donde se hallaban los equipos—, ahora saldremos de dudas.

Contempló pensativo los antiguos, pero complejos equipos arrendados a la Fuerza Aérea y en los cuales había invertido gran parte de sus ingresos. Luego oprimió un botón y la pantalla se iluminó mostrando las principales constelaciones y la red de coordenadas de ascensión y declinación. Sincronizó la pantalla con la posición de la antena y dio cuerda al reloj que controlaba la rotación. Enseguida explicó:

—Vamos a iniciar la búsqueda utilizando el primer circuito con el volumen del amplificador de señales al mínimo. La antena está apuntando hacia el sur un poco por debajo del centro de nuestra galaxia, más o menos entre las estrellas cercanas 70 Oficuo A, 36 Oficuo A y H R 7703 A.

Había llegado el momento.

“Millones de soles brillan ahí arriba”, pensó John, “¿saldrá una voz de este silencio?”

—Si captamos una señal, Carlos —ordenó— preocúpate del registrador.

Luego conectó la radio y esperó. Transcurrieron uno, dos tensos minutos y el receptor cobró vida. Empezaron a escuchar una fuerte emisión sin haber movido el dial del condensador variable.

Los dos hombres se miraron en silencio y John subió ligeramente el volumen hasta que un confuso y discontinuo ruido llenaba el recinto.

—Ahora sabemos que el amplificador trabaja extraordinariamente bien —señaló luego con satisfacción.

—La recepción es muy clara —opinó Carlos—, pero no estoy muy seguro acerca de la procedencia de esta fuente.

—No tiene importancia —declaró John— esta noche perseguimos algo más importante que fenómenos naturales.

Cambió al segundo circuito y bajó nuevamente el volumen.

—Ahora veremos cómo funcionan los circuitos oscilantes modificados —dijo en voz baja. La radio quedó en silencio y solamente percibían un leve ruido como el lejano correr de un río. Todas las demás radiaciones galácticas habían desaparecido.

—Creo, jefe, que ha llegado el momento de gastar batería, dando una vuelta con la antena. Tenemos para varias vueltas y en último caso utilizaremos la fuerza del generador.

—Así lo haremos —asintió John—. Comienza a dirigirla hacia la derecha de Sur a Norte.

En la quietud de la noche se sentía ahora el susurro de los motores y encima de la torre el chirrido del viejo radiotelescopio en movimiento. Carlos buscaba con el dial del condensador variable, parando a veces los motores. John aumentó el volumen al máximo, y luego comenzó a decir algo.

—Escuche, jefe —le interrumpió Carlos—. ¡Escuche!

Empezaron a percibir un ruido que aumentaba a medida que rotaba la antena. Ahora el volumen comenzaba a disminuir.

—Maldito chirrido —murmuró Carlos entre dientes mientras invertía la marcha de los motores sin esperar órdenes. John observaba con atención la iluminada pantalla estelar donde una pequeña luz roja

indicaba la dirección del radiotelescopio. Esta operación la habían efectuado muchas veces juntos. Los ruidos aumentaron nuevamente de volumen y Carlos detuvo la antena cuando apuntaba aproximadamente en dirección al sector del cielo desde donde provenían las señales.

Estas eran bastantes confusas y luego de escucharlas durante algún tiempo, Carlos preguntó: —¿Qué piensa usted, jefe?

John sonreía satisfecho.

—Ahora tenemos la certeza de que todos los componentes de Schulz trabajan perfectamente bien. Esto es lo más importante de todo. Aguardaremos un rato, quiero escuchar durante algún tiempo antes de dar una opinión.

Ambos se sentaron con la vista fija en el receptor mientras los extraños ruidos y silbidos seguían entrando con regular volumen.

—La fuente procede del sector entre Epsilon Eridano y Tau Ballena —susurró John—, pero seguramente viene desde las profundidades fuera de nuestra galaxia. Con esta reliquia de antena es muy difícil estar seguro. Las señales son nítidas y nunca hemos captado algo parecido. Pero son muy irregulares.

Carlos se levantó, se acercó al registrador y volvió con varios metros de cinta. Ambos la examinaron con atención.

—Tiene razón, jefe, no hay orden ni armonía aquí, solamente borrones sin sentido.

—Pero nos hallamos frente a algo nuevo —expresó John pensativamente—, emitido a una frecuencia muy alta. El origen de esta fuente es inexplicable. —Calló algunos segundos y luego continuó—: ¿Te imaginas, Carlos, si dispusiéramos de uno o dos años para explorar?

Dejó de hablar y movió tristemente la cabeza.

—A todos nos queda poco tiempo —señaló Carlos con cierta indiferencia.

—Pero lo aprovecharemos bien —manifestó John dejando la cinta a un lado—. Creo que ahora comenzarán las dificultades. Moverás la antena poco a poco y yo operaré el equipo. Tomaremos las cosas con calma, aún disponemos de varias horas y de muchas noches.

Conectó el tercer circuito y durante casi dos horas exploraron un cielo silencioso. Después cambiaron al siguiente con idéntico resultado. El receptor permanecía sin vida.

—Tal vez hemos seguido un método equivocado —murmuró John a la 1.15 de la mañana—, en cada sector debíamos haber utilizado todas las frecuencias una tras otra.

Encendió su pipa y aspiró el humo. Enseguida conectó el

quinto interruptor y continuó la búsqueda. La antena se encontraba casi en su posición inicial apuntando nuevamente hacia el sur. El cielo estelar había rotado hacia la derecha.

Fue entonces cuando ambos hombres experimentaron repentinamente un sobresalto. Durante varios segundos escucharon claramente las pulsaciones de una señal. Despertaron de su letargo de horas y reaccionaron instantáneamente tratando de retenerla.

—¡Se nos va, jefe! —exclamó Carlos—. ¡Ahora se ha ido!

Buscaron durante una hora sin resultado positivo.

—No hay caso, la perdimos —observó John pensativamente—; pero no importa, tenemos localizado el sector de donde procede. Hoy, antes del amanecer y durante los próximos días nos dedicaremos a encontrar nuevamente esta emisión. Me pregunto si habrá algo en la cinta.

Carlos sacó silenciosamente el rollo del registrador y entre los dos iniciaron un minucioso examen.

—Aquí hay algo —indicó John excitado.

Enseguida permanecieron mudos de asombro contemplando hipnotizados los puntos impresos en la delgada cinta de papel.

—Es la primera vez que este viejo trasto imprime puntos —expresó John con voz ligeramente temblorosa—. Aquí hay una serie de tres, luego sigue un solitario punto entre separaciones y finalmente vienen siete seguidos.

—Aquí se interrumpió la emisión —murmuró Carlos—. Todo esto me parece irreal, no me atrevo a opinar.

—Los puntos son reales —argumentó John—, están en la cinta ante nuestros ojos y han venido desde algún lugar de nuestra galaxia.

Respiró profundamente y continuó en voz baja: —Es el primer indicio de la presencia de una inteligencia entre las estrellas. Una señal así no puede proceder de nuestro planeta.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Carlos.

–Daremos una vuelta con la antena buscando con el último circuito.

Exploraron el cielo nocturno rodeados por un profundo silencio, hasta que John miró fatigado a su reloj y dijo:

–Esperaremos. No hemos captado ni un susurro. Son más de las 3, descansaremos y cargaremos por dos horas la batería. Pon en marcha el generador. Bajaré luego a preparar café y algo de comer. A las 5 intentaremos localizar la señal perdida con el quinto circuito apuntando con la antena hacia el centro de la galaxia. Creo que es nuestra única posibilidad de éxito.

–Daremos descanso a la batería –asintió Carlos–. Estábamos a punto de reventarla. Cuando la vi por primera vez, no creí que se podía mover el radiotelescopio con ella.

–No habrá problemas –replicó John–. Durante los próximos días utilizaremos los motores solamente por breves instantes, ya sabemos dónde buscar.

Carlos bajó cojeando la escalera y al poco rato John sintió como las voces de los moradores del desierto callaron, espantadas por las explosiones fuertes del grupo generador.

Con pasos lentos se acercó a la salida y levantó la vista hacia las fulgurantes constelaciones con nuevos sentimientos. Experimentaba una excitación poco habitual en él. Los componentes de Schulz eran una maravilla increíble y habían captado una voz en el cielo. Pero era preciso localizar nuevamente esta misteriosa señal, porque algunos puntos sobre diez centímetros de cinta no eran suficientes. Pensaba en la muerte de su amigo cuando la voz de Carlos le interrumpió desde abajo.

–¡Venga, jefe, y cumpla con lo suyo, si no nos vamos a quedar sin comer!

–¡Está bien, ya voy! –replicó John gritando–. ¡Ten un poco de paciencia!

–Pienso en un cigarrillo, jefe, y en una gran taza de café, no puedo concentrarme en otra cosa.

John sonrió y comenzó a bajar la escalera.

Eran más de las 5 y las estrellas empezaban a palidecer ligeramente. La batería tenía suficiente carga como para seguir con el radiotelescopio la declinación del centro de la galaxia en el cielo.

–Pronto se irán estas estrellas –dijo John–. Ha llegado el momento de nuestro último intento por hoy.

Conectó la radio y comenzó a operar los diales y sin búsqueda, sin esfuerzo alguno, localizó la señal.

–Ahí la tenemos por fin –susurró–, como si fuera fácil ubicarla; proviene evidentemente de un sector cercano al centro de la galaxia.

–La cinta trabaja –señaló Carlos en voz baja y luego enmudeció impresionado.

Percibían ahora una emisión nítida y regular, pero muy extraña, con punzantes pulsaciones que herían el oído. El receptor vibraba y bajaron rápidamente el volumen al mínimo. Ambos hombres tuvieron súbitamente la desagradable sensación que el aire se había transformado en agua. La cinta se seguía desenrollando con regularidad.

–Este ruido subacuático es casi insoportable –se quejó Carlos.

–Es lo más maravilloso que he escuchado –replicó John–. Significa que nosotros, a punto de perecer, hemos llegado a saber que no estamos solos. Ahora quisiera seguir viviendo y saber más, mucho más. Creo –agregó pensativamente– que estas señales están dirigidas hacia nuestro planeta.

Permanecieron en silencio hasta que las nítidas pulsaciones cesaron abruptamente.

–Es para no creerlo –observó Carlos consternado–, Parece un término de transmisión, como si alguien hubiera cortado repentinamente la emisión accionando un interruptor.

John apagó el receptor e inició el examen de la cinta.

–Aquí está la señal completa –señaló–. Son series de puntuaciones que forman los números 3 - 1 - 7 - 2 - 4. Siempre se repite lo mismo.

Reflexionó por largos instantes mientras afuera se retiraban las sombras en medio de un gran silencio.

–Hay voces en el universo –declaró luego, profundamente emocionado.

–Con esta evidencia podemos suponer que existe una civilización probablemente superior a la nuestra y esto implica que hay presencia de vida en todas sus múltiples etapas de evolución en miles de planetas girando alrededor de los soles de nuestra galaxia. Sigo creyendo que esta emisión está dirigida hacia la Tierra con un incomprensible propósito. Durante las próximas noches la captaremos nuevamente y grabaremos su sonido. También quiero averiguar si se presenta alguna variación en las puntuaciones.

Pero la misteriosa radioemisión permaneció invariable. Llegaba desde el espacio con intervalos regulares de 17 minutos de duración y de interrupción. Entonces volvieron a explorar el cielo en todas las frecuencias y captaron solamente silencio o leves susurros.

Una mañana ambos hombres estaban sentados afuera en la frescura de la sombra que proyectaba la torre. No iba a ser un día caluroso y pequeñas nubes blancas, que venían desde la costa, obscurecían de vez en cuando el sol.

Respiraban el aire puro y daban descanso a sus agotados cuerpos tras muchas noches de incesante búsqueda, manteniéndose despiertos fumando y tomando innumerables tazas de fuerte café. John dejó de observar las nubes viajeras que iban al norte y muy a pesar suyo, rompió al fin el silencio.

—Carlos —dijo— tengo que hablar contigo. En las últimas semanas he dicho adiós a muchas cosas y ahora me tengo que despedir de ti. Me iré y no volveré. Llevaré conmigo los componentes de radio y los resultados de nuestra exploración. Me quedan poco más de dos meses y luego me buscará la recién formada Fuerza Espacial. No participaré en las aniquilaciones que han de venir. Tengo que ir al Norte y necesito tu ayuda. ¿Puedo confiar en ti?

—Dígame con confianza lo que desea de mí y lo haré —replicó Carlos suavemente sin abrir los ojos.

—Quiero que el 10 de agosto, a las 5 de la tarde, llames con un tono estrictamente militar al Gran Hotel Laconia, pidiendo hablar con John Miller. Mi nombre es apropiado para pasar inadvertido en este país. Si te contestan allá que no estoy, dices secamente que me mandarás a buscar y luego cuelgas el teléfono.

—¿Esto es todo? —preguntó Carlos.

—Esto es todo, colgarás y olvidarás que me has conocido.

—Es difícil, jefe, pero así lo haré.

En la tarde del mismo día Carlos llevó a John a la ciudad, cerca de la estación. Se bajó del jeep y puso la mano en el hombro del pequeño hombre.

—Usa el vehículo mientras te quede combustible, después tíralo. ¡Adiós amigo! —murmuró y luego le volvió las espaldas. Carlos esperó hasta que se perdiera entre el mar humano.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Robert Morgan observaba desde lo alto de su oficina, situada en el octavo piso del edificio del Centro de Investigaciones Morgan, cómo aun descargaban varios camiones en la rampa N° 3 de la bodega principal.

“Demoraron demasiado esta vez”, “pensó, no debería volver a suceder”. El tiempo durante los últimos días había sido un regalo del cielo. Día y noche rodaron los pesados vehículos trayendo bultos y cajas bajo la protección de una tensa niebla.

“Un mes más y todo habrá terminado”, pensó nerviosamente. La tensión se hacía cada vez más insoportable a causa de la exasperante lentitud del abastecimiento y por las dificultades de conseguir todo y a cualquier precio, incluyendo arriesgadas compras en el mercado negro.

Hacía algunos meses cumplieron el último contrato con el gobierno entregando equipos electrónicos y propulsores electro- atómicos para naves espaciales. Desde entonces no acudía ninguna autoridad, porque él había informado que experimentaban con un nuevo propulsor equipado con anillos refractantes rotatorios y en caso de una inspección sorpresiva les mostraría un modelo terminado ya hace años. Entonces sería preciso entregarlo, pero esto le haría ganar tiempo, y tiempo era lo que necesitaba.

Morgan dejó vagar sus ojos lentamente por los edificios y las gigantescas salas de montaje, por los talleres, laboratorios y el gran Centro Habitacional y luego dirigió su mirada hacia la construcción de grandes dimensiones situada al frente, de más de cuarenta pisos de altura.

Estaba sin terminar y ofrecía hacia el exterior un avanzado estado de abandono. Al frente y a un costado yacía el gran agujero de una excavación, rodeado por cercados de tablones. El acceso a la construcción era difícil. Letreros de advertencia, maquinaria pesada, bodegas de materiales y grandes colinas de escombros formaban un confuso conjunto y causaban a ocasionales visitantes una desagradable impresión. Morgan había informado a la gente del gobierno que en primavera iba a reiniciar los trabajos en la obra y llevaba a algunos

curiosos a una oficina del segundo piso de la administración para enseñarles una maqueta del proyecto. Con gran entusiasmo abrumaba a sus visitantes con un sinnúmero de detalles, hasta que ellos comenzaban a ponerse nerviosos. Aquí terminaba toda curiosidad.

Un sol pálido empezaba a disolver la niebla y en el cielo, oscuras bandadas de pájaro volaban en formación al sur. Un suave viento norte jugaba con pequeñas olas sobre las verdes aguas del cercano lago.

Traía olor a lluvia y a otoño. En la otra orilla los árboles se estaban tiñendo de colores dorados, solamente los viejos pinos que sobrepasaban en altura el octavo piso mantenían aún el verdor del verano.

“Una sinfonía otoñal sobre aguas contaminadas”, “pensó Morgan con amargura, si todo sale bien no veremos llegar el invierno.”

El abastecimiento tendría que proseguir ahora a un ritmo moderado durante la noche, lo que significaría otras dos semanas de lenta agonía. Después lo peor habría pasado.

El silencio se interrumpió repentinamente por el suave, pero insistente zumbido de un intercomunicador. Morgan se acercó lentamente a su escritorio, se sentó y oprimió un pequeño botón rojo.

–Robert –dijo una voz femenina–. ¿Me escuchas?

–Te escucho, Jane. ¿Qué deseas?

–Tengo una llamada del comisario para ti, parece que es urgente y lo noto bastante preocupado.

–Pásamela, Jane, veremos lo que sucede –contestó Morgan y luego levantó uno de los auriculares que se encontraban frente a él.

–Buenos días, George. ¿Qué pasa?

Escuchó la voz intranquila del jefe de policía.

–Buenos días, Robert. Tengo aquí un individuo barbudo que hace días anda rondando por la ciudad haciendo averiguaciones acerca de ustedes. Intentó pasar por la carretera y le dijimos que se marchara. Hoy alquiló una canoa y se fue por el lago. Lo detuvimos en la cercanía del Centro cuando se disolvió la niebla. Casi logra pasar. No ofreció resistencia ni trató de huir, pero parece ser un hombre duro. No llevaba tarjeta de identificación. Dice llamarse John Miller y pese a su aspecto descuidado, tomó habitación en el Gran Hotel. La acabamos de revisar sin encontrar nada. Asegura que tiene un mensaje para ustedes. Pero no quiere hablar. Lo tengo encerrado en una celda.

–Esto me ha tomado de sorpresa, déjame pensar un poco –replicó Morgan mientras prendía nerviosamente un cigarrillo. Enseguida preguntó: –¿Estás seguro que el hombre no es un vagabundo?

–Completamente seguro. En estos días veo muchos vagabundos con educación, pero Miller es diferente. No te puedo explicar porqué, pero mi instinto jamás falla en estos casos.

Una idea loca cruzó la mente de Morgan:

–Si no es un reportero, podría ser tal vez el mismo John Miller, he oído hablar a Cooper acerca de él.

–¿Cómo? –exclamó sorprendido el jefe de policía.

–Es astronauta civil de los Estados Unidos. Ha estado en nuestras listas para ponernos en contacto con él, pero hemos averiguado que va a entrar a la Fuerza Espacial. Si se trata de él estamos en dificultades, porque ignoramos lo que busca aquí. Pero parece casi imposible que sea él –se contradijo Morgan enseguida–, nadie sabe nada sobre nosotros y un hombre así puede entrar aquí con autorización oficial.

Morgan comenzó a tranquilizarse y tomó finalmente una decisión.

–Lo mejor, George, es tenerlo encerrado algunos días. Si no es Miller, lo despacharemos a Canadá dentro de 10 días. En caso contrario tendremos que mantenerlo encerrado. Debes averiguar rápidamente quién es, pero sin usar métodos violentos. Interrógallo sin testigos. Miller es algo así como un héroe nacional y un rumor sería fatal para nosotros.

–De acuerdo –contestó el comisario–, actuaré cautelosamente y te tendré informado.

–Cuando averigües algo, llámame inmediatamente –finalizó Morgan. Luego colgó. Permaneció sentado detrás del escritorio y en su joven e inteligente rostro se mostraban profundas huellas de cansancio. “Ya se me ocurrirá algo”, pensó, “mañana será otro día”.

Abajo, a través de la ventana abierta, se sentía ruido de motores. Eran los últimos camiones que se alejaban por la carretera del bosque hacia el sur, en dirección a Boston.

2

Desde el exterior llegaba el incesante ruido de la lluvia y los hombres permanecían quietos, pensando en la comida, el calor de las celdas y en la vida que les esperaba en las calles. No hablaban desde que fornidos guardias se fueron con el sacerdote. Al principio se habían burlado de él con crudeza, más tarde lo escucharon con un extraño silencio. Sus terribles palabras aún parecían vibrar en los corredores y en los rincones de las celdas.

–¡Yo lo he visto! –Repetía el hombre durante horas–. Lo he visto vagar por las calles buscando entre la multitud. Su casa ha sido mancillada por blasfemos y vagabundos.

A ratos había permanecido callado para después iniciar un sermón con voz clara y joven, hasta que sus palabras se hacían incomprensibles, transformándose en el quejido de un animal herido.

“¿Quién estaría más cuerdo?”, se preguntaba John, “este solitario hombre que perdió su casa, o aquellos que se lo llevaron por loco”.

Empezó a prestar atención a los múltiples ruidos de la lluvia. “Es hermosa”, pensó, “siempre ha sido hermosa”.

Abrió la ventana de la celda y dejó que finas gotas de agua le mojaran el rostro a través de los gruesos barrotes.

El aire daba una sensación de frescura y una ilusión de pureza.

Tres días de encierro no lo habían molestado mayormente, estaba habituado a la soledad. Le repugnaba, sí, la insípida comida sintética, a la cual no estaba acostumbrado como consumidor de primera categoría.

Pero se encontraba frente a un dilema que le obligaba a adivinar el porqué de su detención. Existían dos posibilidades. La primera consistía en que el jefe de policía creía proteger los intereses del gobierno, es decir, no sabía nada y cumplía solamente con su deber. La otra, la más probable, era que actuaba de acuerdo a órdenes recibidas de los hombres del centro.

Si revelaba su identidad llamaría la atención sobre posibles actividades clandestinas del Centro Morgan. Había visto pasar los camiones por la carretera y estaba convencido de que aquel era el lugar que buscaba.

Pero el comisario no usaba ninguno de los procedimientos habituales para identificar a un individuo. Bastaban las huellas digitales y la computadora. Insistía en interrogarlo una y otra vez, mientras él se debatía en dudas.

Percibió un ruido en la puerta de la celda y luego esta se abrió. Entró un policía canoso y cuando vio la ventana abierta, le ordenó con voz quejumbrosa: –¡Ciérrela! ¡Esto va contra el reglamento!

John obedeció silenciosamente, luego volvería a abrirla.

–¡Acompáñeme! Va a ser interrogado nuevamente. Parece que el jefe siente afecto por usted, habitualmente hace cantar a los presos el primer día.

John sonrió levemente y siguió al viejo policía sin contestar. Encontró al comisario sentado detrás de su escritorio con una expresión decidida en su rostro.

–¡Siéntese! –le indicó.

John obedeció acomodándose en la única silla disponible y aceptó un cigarrillo.

–¡Miller! –empezó a decir el policía con voz monótona–: Tengo todo el día para interrogarlo. Hemos hablado en círculos durante tres días y esto tiene que terminar.

–De acuerdo –respondió John–. Es evidente que quiero salir de aquí. Usted todavía no ha formulado un cargo en mi contra. Me detuvo sin darme una explicación.

–Los cargos son: Intento de entrar a un terreno prohibido y falta de documentos que prueban su identidad.

–Mi nombre y mi número de identificación están en el registro del hotel –replicó John tranquilamente.

–Quiero que usted mismo me diga cuál de los innumerables John Miller existentes en este país es usted, y qué es lo que ha venido a buscar aquí.

John observó meditabundo el rostro del policía y finalmente tomó una decisión:

–Le diré quien soy –propuso– y usted explicará quien es usted, ya que no se comporta como un policía, más bien parece ser un jefe encargado de la seguridad del Centro Morgan. Deme un indicio, algo que me haga comprender en qué estoy metido. No debe olvidar que me tiene en sus manos.

El comisario guardó silencio mientras contemplaba especulativamente a John. Afuera se escuchaba el ruido de la lluvia que iba en aumento. Luego prendió otro cigarrillo y dijo:

–Digamos que estoy enterado de las actividades del Centro y también sé quién es usted. Por esto lo tengo aislado en una celda.

–Un verdadero lujo –comentó John con ironía.

–Ya le he dado un indicio, ahora hable o me obligaré a usar métodos diferentes. Usted tendrá que arriesgarse.

–La violencia no resultaría conmigo –replicó John–. Pero hablaré. Usted me dijo todo lo que yo precisaba saber. Tengo la esperanza de que esta noche me lleve al Centro. Mi equipaje está en el hotel, hay una maleta que no debe abrir. Trátela con cuidado. En un portadocumentos encontrará mis papeles.

–Usted sabe que en su habitación no hay nada –expresó ceñudo el policía.

–Busque en el cuarto piso, en el 423. Es una habitación desocupada. Soborné a uno de los encargados y él guarda mis cosas ahí. Vio el contenido de mi maleta y no significa nada para él.

–Se arriesgó bastante al actuar así –señaló el comisario.
 –No tanto –aseguró John haciendo una mueca–. No le ofrecí dinero sin valor, le entregué una tarjeta naranja. Con mi firma podrá canjearla.
 –Entiendo –murmuró pensativamente el comisario–. Un hombre mataría por una tarjeta así.
 Se levantó y antes de salir dijo:
 –Haré que le traigan una taza de café. Iré por sus cosas y borraré sus huellas en el hotel. Espere aquí y no trate de huir, es inútil.
 –Saldré esta noche y usted me llevará –insistió John.
 El jefe de policía se encogió de hombros y cerró la puerta detrás de sí. Volvió antes de media hora con el equipaje. Dejó la maleta en el suelo y explicó:
 –No la abrí. Hay tiempo para esto.
 La expresión de su rostro había cambiado y semejaba a la de un muchacho.
 –Ahora sé quien es usted, señor Miller. Debo decir que siento un gran respeto por usted, pero me temo que tendrá que permanecer aquí.
 –Me queda poco tiempo, comisario –replicó John–. Para facilitar las cosas y demostrar mi buena fe redactaré una confesión.
 El policía le pasó silenciosamente lápiz y papel.
 John poseía una memoria casi fotográfica y tras reflexionar por un instante escribió una de las ecuaciones básicas de Schulz sobre la hoja. Enseguida la empujó hacia el otro hombre y explicó:
 –Esto es para quien sepa entenderlo.
 El comisario contempló la hoja con desconcierto.
 –¡Tenga cuidado! –advirtió John–. No debe caer en falsas manos. Nos destruiría a usted, a mí y a sus amigos. Lleve esto al Centro ahora.
 –Tengo la impresión de que me está usando para algo –observó el comisario mirando los símbolos incomprensibles para él.
 John sonreía:
 –Si fuera un policía que cumple con su deber me dejaría inmediatamente en libertad, también hubiera comenzado a golpearme desde el primer día.
 El jefe de policía miró nerviosamente hacia el teléfono y dijo:
 –Debe volver a su celda. Más tarde seguiremos hablando.
 –Todo se ha simplificado ahora –señaló John–. Dentro de una semana me llamarán al hotel y yo soy la persona que debe contestar. En caso contrario hombres más duros que usted vendrán por mí. A sus superiores les quedan dos caminos por elegir, confiar en mí o hacerme desaparecer.
 –No somos asesinos –contestó el comisario secamente–. Llevaré esta hoja al Centro, allá tomarán una decisión.
 Oprimió un timbre y algunos segundos más tarde apareció el viejo policía con las llaves de las celdas.

3

La lluvia había cesado y en el cielo nocturno aparecían estrellas entre jirones de nubes. Una creciente claridad anunciaba la pronta salida de la luna por entre las oscuras siluetas de los pinos. La vieja carretera asfaltada yacía desierta y el comisario conducía en silencio.

–Aquí se puede respirar –murmuró John mientras observaba cómo la luz de los focos saltaba de tronco en tronco al borde del camino.

–Esto no es un desierto como el sur –replicó el policía–. Pronto llegará un crudo invierno y mucha gente morirá de frío. Antaño, en plena ciudad, jugaban las ardillas entre las copas de los árboles y por estos

alrededores, mi padre cazaba osos. Ahora quedan solamente algunos pájaros y la vida en los lagos se ha extinguido.

El comisario entró a un estrecho camino secundario y algunos kilómetros dentro del bosque fueron detenidos por un control policial. Luego siguieron durante varios minutos hasta llegar a un ancho portón de hierro. A ambos lados de él se perdía un alto cercado de alambre entre los árboles.

El comisario enseñó un pase a dos figuras silenciosas que salieron de las sombras y enseguida el portón se abrió lo suficiente para que continuara el coche. Siguieron a marcha lenta hasta llegar sorpresivamente a un espacio abierto rodeado por las altas construcciones del Centro de Investigaciones. A la izquierda brillaban las aguas del lago a la luz de la luna.

El comisario estacionó el coche frente al edificio de administración.

—Subiremos inmediatamente —explicó—, es tarde y el jefe nos está esperando.

John se detuvo por un instante a contemplar los contornos de las enormes instalaciones. Advirtió que las plantas bajas estaban iluminadas y percibía el apagado ruido y las vibraciones de pesada maquinaria en movimiento.

—Aquí trabajamos tres turnos —informó el policía.

—¿Trabajamos? —preguntó John sorprendido mientras entraban al primer piso de la administración.

—Mi trabajo es afuera, pero soy de aquí. Mi nombre es George, me puede llamar así.

Arriba en el octavo piso los esperaba la secretaria de Morgan. John la encontró muy joven. Era una muchacha rubia y hermosa.

—Llegas muy tarde, George —dijo—, el jefe está nervioso.

Luego observó a John sorprendida.

—Por fin traes a alguien interesante, un verdadero hombre en estado primitivo.

George sonrió.

—Ella es Jane Novak, secretaria, antropóloga y paleontóloga. Usted salió bien librado, a mí me clasificó como primate. El es John Miller —se dirigió luego a Jane sin dar mayores explicaciones.

John pasó una mano por su rostro, que exhibía un estado intermedio entre estar sin afeitarse por largo tiempo y una barba.

—Me confunden las mujeres del mundo civilizado —murmuró— pero usted debe ser hermosa en estado natural.

Ella contestó con una mueca e introdujo a ambos hombres a la oficina de su jefe.

—Jane —ordenó Morgan después de haber estrechado la mano de los visitantes—, trae algo de hielo.

—Inmediatamente —respondió ella sonriendo sin dejar de observar a John.

—Pónganse cómodos —les invitó Morgan indicando hacia varios sillones de cuero legítimo al fondo de la oficina. La secretaria volvió con hielo y él sirvió tres generosos vasos de whisky.

—Del Canadá —explicó Morgan—, es realmente bueno.

Examinó brevemente el rostro de John y luego dijo:

—Llegó el momento de hablar, señor Miller. Sé quién es y lo admiro, pero su presencia nos ha causado problemas. Le ruego que nos explique cuál es la razón de su enorme interés por nosotros. Tengo la impresión de que sabe algo sobre nuestras actividades. No entiendo cómo se enteró.

John no intentó ocultar su intranquilidad. Había llegado al final de un camino y ahora sabría la verdad.

—Vi los grandes camiones en la niebla y saqué algunas conclusiones. En cierto modo vine a reclamar parte de una herencia. Les ruego que me acepten como uno de los suyos.

—¿Y en qué exactamente consiste esta herencia? —inquirió Morgan intrigado.

—Un anciano contribuyó a abrir las puertas de una nueva ciencia, que permite construir una nave interestelar.

A continuación explicó su relación con Schulz y les habló sobre los resultados de su exploración del centro de la galaxia utilizando las instalaciones de la Fuerza Aérea. Enseñó el contenido de su maleta e hizo funcionar una pequeña grabadora que inundó el silencio de la oficina con el peculiar ruido subacuático de la señal extraterrestre.

—Estoy convencido de que viene dirigida hacia la Tierra —señaló—. Atraviesa la atmósfera como si no existiera.

Morgan se había levantado apenas escuchó las primeras pulsaciones de la señal. Examinó una y otra vez los puntos impresos en la cinta registradora y luego se volvió a sentar. Abrió un cajón de su escritorio y sacó una hoja de papel escrita a máquina. La leyó y enseguida la dejó a un lado.

–Tengo aquí un resumen de su expediente como astronauta –explicó–, necesitamos un hombre de sus cualidades.

Calló un instante y agregó: –¡Tenemos una nave!

Una gran paz invadió la mente de John y Morgan sonrió por primera vez.

–Hemos trabajado seis años en ella. La estructura del casco fue diseñada por partes en una planta, lejos de aquí, del mismo modo que gran parte de los equipos convencionales. Demoramos dos años en armar el casco y luego la hemos terminado entre 800 personas trabajando cuatro años día y noche. Todo comenzó cuando conocí al joven Schulz.

Vaciló y miró a John directamente a los ojos.

–Toda mi herencia está en la nave, y el trabajo gratuito de los mejores cerebros de nuestro país. En algunas semanas más seré solamente un miembro de la tripulación. Coordinaré las relaciones entre la gente y llevaré el control de provisiones y materiales. Actuaré bajo las ordenes de Henry Cooper, el único hombre entre nosotros que ha estado en el espacio.

–Lo conozco y él me conoce –respondió John, esperando con atención mayores explicaciones.

–Su presencia, John –prosiguió Morgan–, causará alegría entre nuestra gente. Todos hemos oído hablar de usted.

Enseguida se levantó y examinó nuevamente los componentes de radio y la cinta con las puntuaciones, que aún llevaba en una mano.

–En 25 días más dejaremos la Tierra para siempre –dijo en voz baja–. Es un alivio enterarse de que la vida se halla presente en el Universo. Aumentará nuestras esperanzas. Viviremos durante largos años solamente de esperanzas.

Miró con repentina intranquilidad a John e inquirió nerviosamente:

–¿Qué sucede con esta llamada telefónica, quien llamará?

–Un amigo –respondió John–. La llamada no representa ningún peligro. Pero es conveniente que yo conteste.

Morgan se dirigió al comisario:

–¿Cómo resolveremos este problema, George?

–Ya borré las huellas de John en la ciudad. El viejo imbécil de la recepción del hotel no se acuerda de él. Tomaré la llamada desde un coche de policía.

–Bien –dijo satisfecho Morgan y al ver la ansiedad en el rostro de John, sonrió y siguió explicando–, nuestro primer destino será Alfa Centauro. Contamos con un 10% de probabilidad de hallar un planeta habitable en este sistema. Si tenemos éxito estableceremos una nueva civilización y usted tendrá que aceptar nuestras sencillas leyes, fáciles de seguir debido a las características de la gente que hemos escogido. Todo le será explicado en detalle.

John asintió silenciosamente.

–Seiscientos hombres y seiscientas mujeres componen nuestro grupo. La mayoría son jóvenes con su edad oscilando entre los 18 y los 28 años, doscientos hombres que iniciaron la construcción de la nave bordean ahora los 35. Cooper, el capitán, es con sus 38 años el mayor entre nosotros. Hemos vivido en forma controlada a nivel de consumidores de primera categoría, lo que nos dará un promedio de vida de 90 años. Esto permite perder 10 a 15 años en el espacio.

–Nuestra gente son los mejores representantes de las viejas razas de la Tierra que hemos podido reunir. La mayoría son norteamericanos. Ninguno de ellos sufre la neurosis ya habitual entre

los jóvenes del presente. Todos sin excepción poseen un elevado coeficiente de inteligencia y las cualidades éticas indispensables para perdurar y formar una nueva civilización. Al elegir hemos actuado sin prejuicio y al transcurrir el tiempo advertimos que hubiera sido imposible reunir mil doscientas personas de un solo grupo étnico dignos de ser los fundadores de una nueva raza.

–Ellos conservan aún todos los valores positivos del viejo homo-sapiens y no poseen ninguno de los rasgos negativos del hombre actual.

Morgan reflexionó por algunos instantes y luego continuó.

–Ha sido más difícil reunir nuestro pequeño grupo que diseñar y construir la nave. En este momento hay 800 personas aquí, 400 científicos jóvenes llegarán 5 días antes de la partida. Usted pasará por un examen médico y psicológico luego de un razonable período de descanso; todo esto es necesario para disponer de una ficha personal suya.

John sonreía con resignación.

–He pasado cientos de exámenes y tests en los últimos 4 años, puedo resistir algunos más.

–Me imagino que habrán sido difíciles –observó Morgan.

–Así es –asintió–. Algunos de ellos pueden herir a un hombre débil y otros terminar en muerte.

Morgan miró por encima del hombro de John y dijo:

–Usted se preguntará por qué no he mencionado a Richard Schulz. Hace un año lo hallamos muerto al pie del edificio del frente. Ignoramos si fue suicidio o accidente. Atravesaba por un período de depresión y daba muestras de inestabilidad mental.

–A veces pienso –murmuró John indicando hacia los cuadernos de apuntes del viejo Schulz– que el hijo no obtenía resultados prácticos sin la ayuda de su padre.

–Es posible –concedió Morgan–. Efectuó sus últimas investigaciones sobre estructuras moleculares de aleaciones metálicas, para permitir a nuestra nave sobrepasar la velocidad de la luz, a pesar de que estas investigaciones ya no eran indispensables. Pero él nos dio todo hasta que algo en su incomprensible mente cedió. Era muy difícil ser su amigo.

Morgan vaciló buscando las palabras precisas para continuar.

–John, lo que le voy a pedir es muy importante para nosotros y usted puede negarse porque no es una orden. Es preciso cumplir una misión que ofrece un veinte por ciento de probabilidades de que algo pueda salir mal y esto significaría la muerte. Hemos entrenado a varios hombres, pero ninguno se puede comparar a usted.

–¿La misión es en el espacio?

–Así es –contestó Morgan.

–Acepto entonces –expresó John lacónicamente–. En el espacio la muerte siempre está presente.

–Cooper le proporcionará todos los detalles.

–¿Cómo llegaron a estimar los riesgos en un veinte por ciento? –preguntó John con curiosidad.

La expresión del rostro de Morgan se hizo confusa.

–Es embarazoso de explicar, porque ha sido una observación mía. Ocho de los diez ingenieros que prepararon la misión se declararon a favor de ella. Aseguran que no existe ningún peligro si no se cometen errores. De acuerdo a su criterio hemos construido la nave interestelar.

”Dos de los ingenieros se pronunciaron en contra. Ellos opinan que un éxito es imposible. Últimamente, uno de los dos se muestra bastante indeciso.

–Hablaré con él y lo trataré de convencer –observó John sonriendo–. Así aumentaré mis posibilidades.

–El problema consiste –señaló Morgan– en convencer a este hombre que deje de creer en Einstein.

La sonrisa se apagó lentamente en el rostro de John. Sintió por un instante un nudo en la garganta, cuando comprendió lo que esperaban de él.

–Entiendo ahora –comentó–. Hablaré con Cooper. Si esta misión fracasa, Alfa Centauro será nuestra única esperanza.

–La gente comprende y acepta los riesgos. Usted morirá rápidamente y nosotros sufriremos una lenta agonía.

–Una última pregunta –dijo John–. ¿Cómo se arreglaron para abastecer la nave en las circunstancias actuales?

Morgan suspiró: –Hemos tenido enormes dificultades –explicó–. Tenemos relaciones ilegales con industrias de conservas y un gran rancho en Canadá. Compramos nuestros propios productos en el mercado negro, pero los inspectores ignoran la verdad. George, aquí presente, es el encargado de traer alimentos frescos desde el otro lado de la frontera. Pero falta poco ya. Todo se encuentra en la nave, alimentos, materiales, maquinarias y conocimientos que no deben morir.

Morgan miró su reloj y empezó a ponerse intranquilo.

–¡John! –ordenó–, usted pedirá a Cooper todo lo que precisa para modificar la radio de la nave. Esto será mañana en la noche. Conocerá la nave por dentro.

Encima del escritorio se escuchó un zumbido intermitente.

–Es tiempo de irme, caballeros –anunció Morgan levantándose–. Llegaron camiones y debo recibirlos.

–¡Jane! –ordenó a la secretaria que había escuchado silenciosamente la conversación–. ¡Tú ubicarás a John en el centro habitacional! Mañana lo presentaremos a los demás.

–Iremos ahora mismo –dijo Jane, mientras Morgan y el comisario abandonaban apresuradamente la oficina.

–¡Sueño con bañarme y afeitarme! –señaló John.

—¿Sabes? —expresó ella, contemplándolo con curiosidad—, tú eres el héroe máximo de mi hermano. Siguió la operación de rescate día y noche por radio, cuando volvían de Marte. Tiene doce años y no lo volveré a ver —murmuró con los ojos repentinamente húmedos.

Él puso una mano en sus hombros sin saber qué decir.

—¿Tú dejas a alguien atrás, a quien quieres? —preguntó ella.

John reflexionó y respondió luego en voz baja:

—Solamente algunos muertos y una imagen incompleta de nuestra Tierra como debe haber sido en el pasado. Aquella imagen ha llegado a ser un sueño, cuya realidad debe estar presente en algún lugar entre las estrellas. Y ahora —agregó— sacrificaré esta asquerosa barba que ya cumplió su propósito.

—Sígame, John —le invitó ella sonriendo—, para esto existen algunas pequeñas ventajas de la civilización.

4

La mujer sentada detrás del escritorio escribía sumergida en profunda concentración. Sus largos cabellos oscuros le caían encima de los hombros y su piel era morena, indicio de que llevaba en sus venas parte de sangre negra.

John esperó y luego se presentó en voz baja tratando de no asustarla.

—Mi nombre es John Miller, he venido por un examen.

—Espera, que ya termino —contestó ella con una voz cálida y profunda, levantando por un instante la vista sin dejar de escribir.

Él advirtió entonces que era de una extraña y fascinante belleza, con un rostro de facciones regulares y ojos que parecían ser sorprendentemente claros.

Permaneció frente a ella contemplándola hasta darse cuenta de que lo estaba observando. Una leve sonrisa apareció en los labios de ella y luego preguntó:

—¿Has venido a examinarme?

John se sentía dominado por una gran alegría aquella mañana, acostumbrándose recién a la idea de que su vida había sido perdonada. Con este ánimo dijo la primera cosa que acudió a su mente:

—¡Eres hermosa como la luna!

Ella lo miró completamente sorprendida y enseguida estalló en carcajadas. Después de haberse calmado, replicó:

—Conozco bien mis colores. No acertaste con tu cumplido, parezco más bien un eclipse.

John siguió contemplando su desconcertante belleza e insistió.

—Entonces eres como un crepúsculo, una compañera para un hombre cuando cae la noche.

—Bueno, bueno —expresó ella, levantándose y acercándose a él. John no pudo evitar mirar sus caderas y sus senos.

—¿A qué has venido? ¿Es para seducirme?

Llevaba en su blusa una pequeña placa indicando su nombre: Dra. Cassandra Towers. Evidentemente no había escuchado su nombre al entrar.

—Me llamo John Miller —repitió él—, Morgan me manda para un examen.

Ella lo observó con curiosidad.

—No puedo creerlo —murmuró—. Sé quien eres y tengo una orden de él encima del escritorio. Reaccionas como un mortal común y corriente y te asemejas a un muchacho. Algunos meses atrás escuché como tu voz moría día a día un poco, viniendo del espacio. Era monótona y pensé que un hombre así debía ser un autómata.

—Una nave espacial no es tan compleja como los primeros cohetes —explicó él—. Es una unidad separada de la base y la manejan hombres de acuerdo a su criterio.

—Comprendo —dijo ella con seriedad—. Veo que me equivoqué.

Intentó asumir una actitud profesional, pero se notaba algo confundida.

—Es realmente embarazoso —continuó—. Veo que es preciso iniciar el examen. Esta circunstancia se debe al maldito sentido del humor que tiene Morgan.

–Quiso hacerme un favor –aseguró John seriamente.
–Bien –suspiró ella resignada–. Como tú quieras. ¡Sígueme!
La acompañó a un consultorio contiguo equipado con todo para efectuar un examen completo.
–¡Desvístete y deja tu ropa allí! –ordenó la doctora–. Te haré rápidamente los exámenes necesarios para que te puedas volver a poner tus pantalones y recuperar así tu seguridad masculina.
–¿Cómo? –protestó él, tomado de sorpresa–. Esto es injusto. Sufro un fuerte impacto por la presencia de una mujer y luego ella me pide que me desnude. Nos conocemos muy poco aún.
–Tú te lo has buscado –insistió ella–. Deja de bromear y desvístete.
–¿No es posible saltar esta parte? –Intentó negociar él en tono autosuficiente–. Los médicos siempre me encuentran perfecto. Recién me dieron de alta en el hospital y no debes olvidar que soy astronauta. Te apuesto que no hallaron otra falla en Cooper más que algunos lunares.
–Hay que hacer una ficha tuya –insistió ella pacientemente–. Te propongo una apuesta por cien dólares nuevos a que te encuentro algún defecto.
–Acepto –replicó él con voz débil.
–Y ahora, si no te importa, deja tu ropa ahí.
Él se desvistió rezongando en voz baja.
–Sube a esta balanza –ordenó ella en tono impersonal–. 76 kilogramos –murmuró luego–, defecto número uno, pareces un consumidor de tercera. Buenos músculos, pero el resto son solamente huesos. Con este peso no puedes afirmar que estás en buenas condiciones.
–Pesaba 71 kilogramos cuando me rescataron –murmuró él–. Comí muy poco durante dos semanas. No tenía heridas físicas.
–Bien –dijo ella–. No pienso considerar este detalle para nuestra apuesta. Pero te engordaré hasta que peses 83 kilogramos. Ahora acuéstate ahí. Hum –observó ella mientras lo examinaba–. Eres bastante peludo.
–Los machos de la especie perdimos nuestro grueso y hermoso vello que nos servía de protección contra las inclemencias del tiempo –replicó él–. Hemos evolucionado en tal forma que tenemos que trabajar la mitad de nuestro tiempo útil en procurarnos ropa.
Luego agregó con voz somnolienta:
–Tú debes tener una piel suave y bella, sin pelos.
–¡Quieto! –lo regañó ella, pero sonreía–, es cierto que yo tuve la culpa. No haré más observaciones.
El minucioso examen demoró más de una hora. John lo resistió en silencio.
–En realidad eres algo así como un toro premiado –reconoció Cassandra cuando todo hubo terminado. Pero él vio con sorpresa como empezó a escribir dos recetas.
–Esto –indicó ella– es un régimen. Lo entregarás en la cocina. Allá sabrán qué hacer contigo. No eres el primero que llega aquí en este estado. Te alimentarán adecuadamente durante los días que quedan. Perdiste la apuesta –siguió explicando tranquilamente–. Tienes un grave defecto y representas un peligro para todos nosotros.
–Debes estar equivocada –objetó él.
–Empiezas a criar hongos en los pies. Te haré desinfectar. Porque, bromas aparte, no quiero que entren a la nave por razones obvias.
–Nunca los he tenido antes –manifestó John avergonzado–. Debe haber sido la ducha de la prisión. Te recomiendo examinar al comisario.
–Así lo haré –aseguró ella seriamente.
John sacó cien dólares de su billetera y los dejó encima del escritorio.
–Los acepto –explicó ella– porque no valen nada y como símbolo por haberte ganado. En el lugar donde iremos no necesitarás nunca más dinero. El que te queda lo puedes tirar o mejor entregárselo a Morgan.
–No me acordé de este detalle –reconoció él–. Pero todo fue idea tuya.
La miró a los ojos y dijo lentamente:
–Cassandra, yo te quiero ver de nuevo.
–Me verás tanto en los años venideros que sentirás náuseas en mi presencia –replicó ella–. Parece que soy la primera mujer que has visto en el Centro. Si al cabo de algunos días sientes aún la necesidad de estar conmigo, ven a buscarme. Por ahora la respuesta es no.
Le ofreció su mano y añadió: –Pase lo que pase, somos amigos.
Enseguida le colocó una mano en las espaldas y lo empujó suavemente fuera de la oficina.
–Entiendo que debes pasar por otro examen –dijo–. Ahí tendrás otro problema.
Le sonrió con repentino calor y él intentó decir algo. Pero ella cerró la puerta detrás de sí.

En el exterior el viento de otoño remecía con violencia las ramas de los grandes pinos y una fuerte corriente de aire penetraba por una ventana abierta. John la cerró y luego recorrió con la vista la pequeña pero confortable oficina. No había nadie presente y tendría que esperar.

Un libro encima del escritorio llamó su atención. Lo tomó y empezó a leer distraídamente, hasta darse cuenta de que tenía en sus manos una vieja edición de los olvidados versos del Rubayat. Intentó imaginarse al dueño del libro y se debatía aún en dudas acerca del aspecto y sexo del desconocido propietario cuando se abrió la puerta y entró una mujer. John dejó entonces el pequeño tomo en su lugar.

Ella se acercó y le ofreció la mano.

—Supongo que tú eres John Miller, yo soy Ruth Henderson. Demoraste bastante con mi amiga Cassandra.

—Ella demoró bastante conmigo —respondió John.

Mientras observaba a la psicóloga tuvo que dominarse para no perder nuevamente su calma. Ahora comprendía el significado de las palabras de Cassandra. Todo en esta mujer era hermoso, su rostro rodeado por un rebelde cabello castaño, su cuerpo y unos ojos azules que miraban con franqueza. Irradiaban sin embargo, este algo de misterio femenino que un hombre no logra descifrar, pero que lo atrae irremediabilmente.

—Nosotros conversaremos —explicó ella—. Sentémonos. Te noto tenso, intranquilo. ¿Te sucede algo?

—Me confunde vuestra rutina de exámenes —respondió él lentamente—. Primero la Dra. Towers y enseguida la Dra. Henderson.

—Ha sido una casualidad —señaló ella—. Pero comprendo lo que quieres insinuar.

Lo contempló pensativamente durante algunos segundos y luego preguntó en un tono difícil de definir:

—¿Te he causado la misma impresión que Cassandra?

—Sí —reconoció él—. Ustedes causan el mismo efecto, pero por diferentes razones.

—No observo ningún efecto en ti —aseguró ella sonriendo—. Me encontré con Cassandra en el corredor y la noté ligeramente alterada.

John prefirió mantener un prudente silencio.

—¿Qué clase de mujeres has conocido tú? —inquirió ella sorprendentemente.

—¿Estamos ya en pleno examen?

—Sí, en cierto modo sí. Quiero saber cosas de ti. Tu mente y tu alma quedarán desnudas de todos modos en el test escrito que debes pasar luego.

—Lo pongo seriamente en duda —respondió él—. ¿Te molesta si fumo? El tabaco es algo fuerte.

—Adelante, John. Pero cuéntame algo de ti.

Él gastó tres cerillas en prender su vieja pipa y luego comenzó a hablar.

—Tuve relaciones con algunas compañeras en la Universidad, amor y sexo. Puedo agregar que siempre he sentido escrúpulos en aprovecharme de mujeres fácilmente obtenibles para un dueño de una tarjeta naranja. Me dolía ver el hambre en sus ojos. Últimamente he vivido como un monje, no sabría explicarte por qué. Nací en una familia de consumidores de segunda, llegué al aislamiento dentro de nuestra sociedad al obtener mi tarjeta naranja y ahora me quedaban apenas algunas semanas para confundirme con la gran masa de hombres sin clasificación. Esto es todo.

—Es bastante —expresó ella—. Es una larga historia. ¿Y qué pensabas hacer antes de dar con nosotros?

—Me preparaba para morir con dignidad —murmuró él.

—Entiendo —dijo ella con suavidad—. Vivimos en un mundo donde la palabra “normal” ha perdido su significado y donde los sanos son encerrados en jaulas.

–Dime, Ruth –preguntó John, pronunciando su nombre por primera vez–. ¿Aquel libro encima del escritorio es tuyo?

–Es mío –asintió ella en voz baja, perdiendo parte de su aire profesional.

–Sus versos hablan como el hombre pasa solo frente a lo desconocido, vive y ama, bebe la última copa de la vida y luego se va. Fueron escritos por un hombre que buscaba la verdad. Conozco aquellos versos de memoria.

–Me acabas de mostrar parte de tu alma –dijo ella sonriendo. Pero enseguida su rostro se volvió serio–. Debo informarte ahora sobre

las relaciones entre hombres y mujeres a bordo de la nave. Permaneceremos encerrados durante largos años y las reglas deben ser flexibles, y aún así, bastante normales de acuerdo a las características de la gente que componen el grupo. Tendremos que enfrentarnos a una circunstancia, únicamente comparable a una cultura isleña. Todos tenemos inclinaciones normales y actuaremos libremente de acuerdo a ellas. A esto hay que agregar que solamente algunas mujeres tendrán hijos en el espacio, es decir, aquellas que llegan al límite de edad.

–Yo había decidido nunca tener hijos –señaló John–, esto sigue en pie mientras no les pueda dejar una herencia.

–¿Qué intentas decir? –preguntó Ruth, sorprendida.

–Herencia –explicó él–, es lo que perdimos en la Tierra: Un lugar donde vivir. Donde hay praderas, bosques verdes y ríos que bajan de nevadas montañas, donde hay lagos y mar, vida en las aguas y en tierra firme, y donde un hombre pueda seguir su camino bajo un cielo limpio, libremente al calor del sol.

–Hombres libres bajo el sol –repitió ella en voz baja. Contempló el rostro de él y quiso decir algo. Pero luego cambió de parecer, se levantó y se acercó a un estante. Volvió con un fajo de tarjetas y un perforador.

–Tu examen consiste en perforar estas tarjetas –explicó–. Puedes escoger entre varias alternativas en cada pregunta y dar incluso más de una respuesta. No existe regla fija.

John examinó las tarjetas con curiosidad y advirtió que las preguntas estaban impresas en campos horizontales de diversos colores.

–Debes responder con sinceridad en los sectores blancos y azules –advirtió Ruth–. Los restantes colores explorarán tu mente. Dispones de hora y media. ¡Pobre! –dijo por último con voz maternal, poniéndole una mano en la cabeza–. Ahora te dejaré solo. Iré a tomar un café.

Cuando ella volvió lo encontró mirando por la ventana. Se sentían lejanos truenos y cúmulos de nubes negras se acercaban por el norte.

–Aún te quedan veinte minutos –le recordó Ruth–. Después te quitaré las tarjetas.

–Ya terminé –replicó él, sonriendo con cierta indiferencia–.

Las dejé llenas de agujeros.

–Ahora veremos lo que salió –murmuró ella–. Empleaste muy poco tiempo.

Abrió un compartimiento de la parte trasera de su escritorio, poniendo al descubierto una pequeña computadora. Enseguida conectó algunos interruptores e introdujo las tarjetas una por una en una ranura. Finalmente oprimió una tecla y se escuchó un prolongado zumbido.

Extrajo una pequeña tarjeta blanca de la máquina y la comenzó a examinar en silencio. En su rostro aparecieron señales de una gran sorpresa. Había cierta falta de madurez en él, pero su coeficiente de inteligencia era extraordinariamente alto. Contempló a John con una mezcla de respeto y curiosidad. Detrás de este rostro joven y sencillez, quemado por el sol, y al fondo de aquellos ojos tranquilos y expresivos había otro hombre. Un hombre que poseía una inteligencia fría y racionamientos claros como el agua. Era evidente que el gobierno escogía bien a los astronautas. Algo parecido había sucedido con el examen de Cooper, que tenía una personalidad que impresionaba.

–Pasaste la prueba, John –informó ella–. Eres realmente un fenómeno y felizmente no se te nota a simple vista.

Él se apartó de la ventana y dijo: –No sé lo que pretendes decir con esto, pero por el tono de tu voz debe ser algo bueno.

–Ahora puedes acompañarme a almorzar –propuso ella–. Apresurémonos antes que empiece a llover.

–Llegaremos en un minuto, son solamente 60 metros de distancia –explicaba el conductor del carro eléctrico de transporte, mientras rodaban por un túnel débilmente iluminado, que comunicaba el subterráneo de la bodega principal con el enorme edificio en construcción.

–Este es el único camino que conduce a la nave –informó el joven que apenas parecía tener 18 años. No quitaba sus ojos azules del rostro de John. Súbitamente el túnel se ensanchó y el muchacho detuvo el carro.

–Ya hemos llegado –murmuró.

John bajó y se encontró en la penumbra sobre una amplia plataforma, frente a las oscuras paredes de la nave interestelar.

Miró a su alrededor pero solamente lograba divisar arriba y hacia los costados parte del casco que se perdía escasos metros más allá, entre sombras y muros de concreto.

–En este nivel nos hallamos a la altura del octavo piso de la nave –dijo el joven–. La cola y los motores principales de propulsión se encuentran bajo tierra.

Enseguida indicó hacia una ancha abertura bien iluminada en la gruesa pared metálica: –Por ahí tienes que entrar y seguir derecho por el corredor hasta llegar a los ascensores de carga. Ahí tomas la izquierda y subes en uno de los ascensores pequeños hasta la sala de control en el nivel 47. El capitán siempre está ahí. Tengo órdenes de volver inmediatamente –explicó luego en tono de disculpa–. Debo buscar gente y cargaremos durante toda la noche. Cuando quieras volver llamas por uno de los teléfonos y alguien te llevará de vuelta. Es peligroso caminar por los rieles.

–Volveré con Cooper –respondió John, poniéndole una mano en el hombro con un gesto de agradecimiento y enseguida entró a la nave. Sentía una gran curiosidad. Cajas y bultos a lo largo de las paredes estrechaban el ancho corredor y al fondo varios hombres arrastraban un pesado cajón al interior de un montacargas.

John saludó al pasar y torció hacia la izquierda. Pensó que aquel piso se asemejaba más a la bodega de un barco que al nivel de una nave espacial. Semi oculto entre cajas halló finalmente las puertas

abiertas de un pequeño ascensor. En su interior había una impresionante hilera de botones. Oprimió el 47 y cuando llegó a su destino se encontró en un hall de medianas dimensiones, desde el cual partía una escalera hacia un piso superior. Frente al ascensor se veía una puerta y encima de ella palpitaban tres luminosas palabras: Sala de Control.

Titubeó un instante y enseguida la traspasó, divisando inmediatamente a su viejo amigo Henry Cooper. El hombre se hallaba de pie en medio de la sala, sumido en un estado de profunda meditación. Luego despertó como de un sueño y su cara dura, pero bien parecida se iluminó al ver a John. Se acercó y ambos hombres se saludaron con un fuerte abrazo.

–No sabes cuánto me alegra verte –expresó luego–. Necesito a alguien con quien pueda compartir mis problemas. Precisamente en este instante pensaba en el momento cuando tenga que sacar la nave metro por metro de este edificio. Pero luego hablaremos –agregó comprensivamente, al notar la ansiedad en el rostro de John. Lo tomó del brazo y lo condujo al centro de la sala.

–Este es el cerebro de la nave. Examínalo bien, aquí pasarás ocho horas diarias durante muchos años.

John, demasiado impresionado para hablar, contemplaba con atención los complejos detalles de la gran sala de control. Fijó su vista en un grupo de ventanillas y luego en una pantalla, comprendió inmediatamente su función. Una vez en el espacio, al destino que se dirigieran, aquella pantalla sería la verdadera ventana hacia el exterior, mostrando durante la primera etapa del viaje el sistema Alfa Centauro,

con dos soles girando uno alrededor del otro y un diminuto tercer sol girando alrededor de los dos por un período de un millón de años.

—Los instrumentos operan sincronizados con esta pantalla —explicó Cooper—. Seguirán manteniendo el rumbo, aún en el caso de perder contacto visual con el exterior al superar la velocidad de la luz, si es que logramos hacerlo.

Ambos hombres comenzaron a recorrer la sala y John se sentó uno por uno en los asientos de los operadores, observando controles, indicadores, luces de emergencia, los controles de neutralización de gravedad y de sincronización y estabilización de la

gravedad interior, los mandos de los ocho grandes motores de propulsión y de los seis pequeños motores direccionales, las pantallas de radar y por último se detuvieron frente a la pared del fondo, cubierta por decenas de miles de luces de control, aún sin vida.

—Por intermedio de estas luces vigilamos todas las pantallas de energía, que dan protección a la nave —dijo Cooper—. El casco ha sido dividido en veinte mil sectores, cada uno cubierto por cuatro pantallas, lo que nos da cuádruple seguridad. Habrás advertido que cada sistema se distingue por un color: verde, azul, naranja y rojo en este orden, ochenta mil luces en total.

El rostro de Cooper adquirió una expresión sombría. Observó meditabundo el enorme tablero y señaló en voz baja:

—Si se llegara a apagar una secuencia de luz verde, azul y naranja, estaremos en peligro de muerte.

—Existe una réplica de este sistema de vigilancia veinte niveles más abajo, en mantención. Un hombre puede cambiar una pantalla quemada en veinte segundos. De acuerdo a los cálculos de Schulz, que coinciden con los de la mayoría de nuestros ingenieros, lograremos llegar a la supervelocidad con esta protección.

—Schulz hablaba de un momento crítico. Si falla la protección o cometemos un error al pasar la barrera, nuestra nave y nuestros cuerpos iluminaran con una brillante luz la fría oscuridad entre las estrellas.

—Estoy preocupado —siguió diciendo Cooper—. La nave y muchos instrumentos no han sido probados en el espacio. Confío en la energía, la neutralización de gravedad y en los motores de propulsión, así como en todos los equipos convencionales que mantienen el equilibrio ambiental. Tengo dudas respecto de la total efectividad de la sincronización interior de gravedad y de los tres sistemas automáticos que fijarán nuestro rumbo. Ajustaremos estos instrumentos durante la primera etapa del vuelo.

Ambos hombres se acercaron a un mesón metálico, encima del cual se veían algunos instrumentos, luces de control y varios teléfonos e intercomunicadores.

—Supongo que este es tu puesto —observó John.

El capitán asintió con un movimiento de cabeza.

—Desde aquí gobernaremos la nave.

Fijó sus ojos significativamente en el rostro de su amigo y agregó:

—Nuestros hombres son iguales o mejores que nosotros, pero en tierra. El test que debes haber pasado hoy no mide la valentía, resistencia o sangre fría. He entrenado a varios ingenieros como reemplazantes míos, pero ignoro cómo actuarían en una situación de emergencia. Cuando se corrió la voz de que estabas aquí, ellos mismos me sugirieron que te nombrara segundo capitán.

Cooper abrió un cajón y sacó un libro:

—Aquí tienes las instrucciones. ¿Cuánto tiempo necesitas para memorizar esto?

—Tres días —replicó John— seguidos por dos semanas de digestión lenta y un mes de práctica.

—No está mal —dijo Cooper satisfecho—. Me acompañarás durante la delicada maniobra del despegue y luego durante los primeros meses de aceleración. Quiero que estés preparado para asumir el mando antes de que pasemos la velocidad de la luz.

—Puedes confiar en mí —respondió John tranquilamente.

El capitán titubeó y empezó a mostrar cierto nerviosismo.

—Sentémonos allá —dijo—. Tengo un termo con café. Ni el ascensor de la cocina, ni la cocina funcionan todavía.

Se acomodaron en los confortables sillones movibles, atornillados en el piso cerca de una de las ventanillas.

—Al salir del ascensor habrás notado que una escalera conduce a un nivel superior —prosiguió enseguida Cooper—. Ahí se encuentra la sección científica de astronavegación, equipada con un buen telescopio, instalaciones de radio, equipo de análisis espectroscópico y otros instrumentos indispensables. La antena está conectada a diferentes sectores del casco, equivalentes en poder de recepción a un radiotelescopio

terrestre, considerando que no existen barreras atmosféricas en el espacio. Como astrónomo formarás parte del equipo científico y mañana temprano comenzarás a instalar los componentes de radio. Te asignaré tres muchachas como ayudantes, les enseñaras cómo operar el equipo. Bien, John, estas serán tus actividades de rutina a bordo.

Cooper hizo una pausa y su mirada reflejaba nuevamente un nerviosismo poco habitual en él.

—¿Di lo que tengas que decir! —expresó John sin inmutarse—. Algunas observaciones de Morgan me hicieron comprender lo que se espera de mí.

—Escucha John, Morgan tuvo la idea apenas te vio, pero yo te pido ahora lo mismo. Te explicaré en detalle de lo que se trata:

”Cuando nos acerquemos a la velocidad luz, saldrás al exterior en una de las tres pequeñas naves de exploración que llevamos a bordo, acompañado por Phillip Morrison, ingeniero y ex corredor de automóviles. Él es un hombre tranquilo, con buenos nervios, e igual como nosotros ha sabido enfrentarse a la muerte. Se encargará de las pantallas protectoras de triple seguridad y de la energía. El Explorer I no está equipado con sincronizadores de gravedad interior, lo que significa que tendrán que soportar los efectos de la aceleración. Tu misión consistirá en lanzar un cohete con motor de propulsión electro-atómica, con Deuterio como combustible, y que pasará la velocidad de la luz. Si la operación es un éxito tu harás lo mismo con tu nave.

”El cohete ha sido equipado con veinte grupos de pantallas de protección. Controlaremos por radio la temperatura de cada una y recogeremos numerosos datos acerca de su comportamiento.

”Nos adelantaremos a ti en el espacio y dispararás el cohete en un momento y ángulo determinado por nosotros, con el fin de que a unos cien kilómetros frente a la nave, entre a la supervelocidad. La operación será controlada por una computadora y las órdenes deben ser ejecutadas en fracciones de segundos. Estimamos que dispondremos de medio a un minuto para recoger los datos.

Cooper fijó su mirada en John y añadió en voz baja:

—Lo que me queda por decir es que yo era el encargado de cumplir esta misión; sin embargo, soy indispensable y tú aún no lo eres

Lo dijo con cierta rudeza, pero había calor y preocupación en sus ojos.

—Comprendo, Henry —replicó John con una débil sonrisa—, al principio sentí temor, ahora quiero salir de dudas y saber si ustedes han construido un edificio volante o una nave interestelar. Si fracaso tendré una muerte más agradable que la vuestra.

Observó pensativamente como algunos perdidos rayos de luz

se filtraban desde el exterior por la ventanilla a su lado y continuó:

—Entre Alfa Centauro y otra estrella más que explorar, antes de que se acabe nuestro tiempo, tendremos una posibilidad entre cinco de encontrar un planeta habitable.

—Una entre cinco es una buena probabilidad —murmuró Cooper—. Los que quedan atrás tendrán una entre mil para seguir subsistiendo como bestias. Nuestra gente está enterada.

—Lo que me pregunto —dijo John pensativamente— es si será posible sobrepasar la velocidad de la luz.

La expresión del rostro de Cooper se había vuelto impenetrable. Empezó a hablar con lentitud.

—La velocidad de un cuerpo en el vacío se mantiene invariable de acuerdo a su impulso inicial o aumenta indefinidamente por la acción de una aceleración constante. El movimiento en un vacío no puede ser considerado como velocidad mientras no se efectúe en relación con otro cuerpo. La aparición de tales cuerpos a la distancia no altera significativamente los efectos de su impulso.

—¿Conoces esta teoría? —finalizó Cooper.

—Sí, la conozco —respondió John—. Parece una tontería.

—Pues es tan buena como cualquier otra mientras no se demuestre lo contrario.

Un gran silencio creció entre ambos hombres y ninguno de los dos sintió deseos de hablar. John dejó vagar nuevamente su mirada por la sala de mandos. En algunos días más las arterias de la nave palparían con vida y aquí arriba saltarían los indicadores de los instrumentos, tomando nuevas posiciones. Habría órdenes, pasos, sonrisas, temores y destinos. Se iniciaría la más grande y decisiva aventura del homo sapiens, probablemente la última, y luego vendría la extinción de la raza.

Pero tal vez sería el principio, un nuevo y vacilante paso hacia delante de la interrumpida y accidentada evolución humana. Tomarían firmemente un nuevo destino en sus manos, con la comprensión de los que saben.

Cooper salió primero de su ensimismamiento mirando su reloj.

—Hemos permanecido aquí sin hablar durante veinte minutos.

Es tiempo de que te muestre algunos niveles que debes conocer.

Bajaron al piso 19 y después de haber abandonado el ascensor, recorrieron un largo y estrecho pasillo. Cooper golpeó ligeramente contra la pared y explicó:

–Todo un sector de este nivel ha sido aislado contra radiaciones. Aquí se encuentran los centros de energía 2 y 3, existe otro en el séptimo piso y uno de emergencia en el nivel 27.

Al entrar a la central divisaron un solitario hombre ambulando entre las enormes y relucientes máquinas.

–Jeremías Bates, nuestro ingeniero jefe, John Miller, segundo capitán de la nave –presentó Cooper a ambos hombres.

Bates, alto y delgado, daba a primera vista la impresión de ser un hombre seco y metódico, pero John, luego de haber cambiado algunas palabras con él, descubrió que fuera de una inteligencia poco común, poseía además gran humor y una sencilla amabilidad.

–Jeremías –pidió Cooper–. Quiero que enseñes a John algo de los ciclos de energía.

–Bien –contestó el ingeniero, fijando sus ojos en John–, tienes para elegir entre una explicación sencilla que dura cinco minutos o una larga y complicada, completamente inútil, porque no vas a entender nada.

–Creo que la explicación sencilla sería lo más adecuado –replicó John cautelosamente.

–En esta sección no hay nada nuevo –empezó a decir Bates extendiendo sus brazos–. Tenemos aquí dos ciclos de reactores nucleares–turbogeneradores, de reducidas dimensiones y totalmente seguros. Los tubos en el techo son superconductores que entran a la central de energía. ¡Acompáñeme hacia allá!.

John se impresionó por el aspecto de las instalaciones de la otra sección. Entre confusas redes de superconductores divisaba maquinarias que parecían ser generadores de extraño diseño, condensadores, tableros con miles de placas de identificación, transformadores y otros equipos cuya función era difícil de imaginar.

–Comenzaré ahora con la explicación sencilla –continuó Bates–. Aquí tenemos dos ciclos que suministran toda la enorme cantidad de energía que consume la nave. La electricidad producida por los turbogeneradores entra a dos generadores electroatómicos, que

despojan a delgadas láminas de uranio de sus electrones. En el interior de estos generadores existen campos magnéticos creados por energía casi pura, que entra a enorme velocidad por los superconductores, los cuales cumplen temporalmente la función de aceleradores. Al perder carga negativa los átomos, y con isótopos de desigual estabilidad actuando entre sí, se inicia una lenta transformación de los núcleos, que a su vez comienzan a perder carga positiva, librando protones, neutrones y otras partículas en forma de radiación. Los electrones son arrastrados por los fuertes campos magnéticos a los superconductores y entran a la red de energía. La duración de las placas de isótopos de uranio es de pocos meses, pero se reemplazan fácilmente. Durante el período inicial del ciclo, hasta obtener el nivel necesario de energía para encender los propulsores, tendremos una radiación endemoniada aquí dentro. Luego todo desciende a niveles normales. El enfriamiento es por intermedio de gas líquido y hemos resuelto los múltiples problemas de aislamiento y seguridad. En otras palabras, llegaremos a alguna parte si nuestro capitán no estrella la nave contra algún asteroide.

–¿A qué se debe tu repentina agresividad? –inquirió Cooper sonriendo.

–Me encuentro aburrido y nervioso, quiero salir de aquí antes de que nos alcancen las largas manos de la Unión –replicó Bates–. Bajaremos ahora para enseñar a John los motores de propulsión.

–Esto me interesa –replicó él–. Soy ingeniero en propulsores electro-atómicos, pero veo que mis conocimientos no sirven para mucho.

–Existen ciertas similitudes con los propulsores convencionales –contestó el ingeniero sonriendo–, pero en general debes comenzar desde el principio.

En el segundo nivel entraron a una sala en cuyo piso sobresalían los ocho enormes tubos de los motores de propulsión formando un octágono. John examinó durante varios minutos las complejas instalaciones, reconociendo aquí y allá algunos equipos, pero el resto era de un diseño totalmente desconocido para él. Finalmente se volvió hacia Bates con una expresión en el rostro que mostraba algo de confusión.

–Aquí –siguió explicando el ingeniero jefe–, llega por los superconductores toda la revoltura de partículas librada por los generadores de arriba y rompe en forma semi controlada los átomos de diminutos filamentos de isótopos de uranio, también de diferente estabilidad, y que entran en forma lenta pero continua al área de fisión. Los propulsores poseen anillos refractantes rotatorios y un complejo sistema de protección y enfriamiento. Bien, creo que esto es bastante por el momento. Faltan las secciones de neutralización,

sincronización y de estabilización interior de gravedad, además del sistema de energía que protegerá el casco de la nave. El funcionamiento de aquellas instalaciones es solamente explicable a base de la nueva matemática de Schulz.

John sonrió.

–Tomaré las cosas con calma porque Henry me llenó de trabajo. En el futuro iré a husmear a todas las secciones.

–Cuando explores los distintos niveles –señaló Cooper– descubrirás que la nave es un mundo.

Z

Seguía lloviendo con extraña persistencia.

Como diminutos diamantes brillaban las finas gotas al pasar por el semi círculo de luz de un solitario foco de mercurio. En el suelo se formaban charcos, e innumerables arroyuelos corrían por un suave declive del terreno hacia el cercano lago.

John se encontraba fuera en la oscuridad bajo las protectoras ramas de un viejo roble. Adentro, a través de los rectángulos iluminados de los ventanales se escuchaba música, risas, voces y el chocar de vasos.

Casi se asustó al sentir que una voz lo llamaba y luego advirtió como alguien se acercaba corriendo. Era Ruth Henderson.

–¿Qué haces aquí solo? –preguntó con un leve tono de reproche en su voz mientras sacudía su impermeable–. ¿Por qué no participas de la fiesta? Morgan entregó su autoridad a Cooper y ahora está haciendo un discurso con algunas copas de más en el cuerpo. Vale la pena verlo. ¡Debes entrar, John, estás totalmente mojado!

–No hace frío –respondió él con cierta hosquedad–. ¿Por qué has venido?

–Como psicóloga debo cuidar de las ovejas perdidas –explicó ella suavemente.

–Soy igual que los demás, parte de un rebaño extraviado –murmuró él–. Mira a tu alrededor y respira, Ruth. Observa como millones de gotas caen del cielo. Esta no es una noche estrellada como aun las hay en las montañas del sur, pero es una noche de la Tierra. Desde aquí puedes percibir por última vez el susurro entre las hojas y sentir la frescura de la lluvia sobre tu piel. No conoces el espacio. Penetraremos a un silencioso mundo de fría oscuridad donde la única señal de vida serán lejanos destellos de luz.

–Comprendo –dijo ella en voz baja, acercándose a él–. Ahora comprendo.

Hubo un silencio entre ambos y a través de la tensa cortina de lluvia les llegó una repentina explosión de risa.

–Últimamente te he visto muy poco –señaló ella después de un rato–. ¿Qué ha sucedido contigo?

–Me faltó tiempo, Ruth. Cooper me hizo memorizar trescientas páginas de texto y aún sé mucho menos acerca de la nave que los hombres bajo mis órdenes. Estudio intensamente.

–Creo adivinar que olvidaste escoger tu lugar en la nave –expresó Ruth nerviosamente–. La gente lo hizo ayer.

John permaneció en silencio.

–No te has acercado a ninguna mujer, John. Esto es extraño después de tu entusiasmo de los primeros días.

–Las circunstancias son extrañas –respondió él–. Pensé en alguien y también he leído tus reglas. Pero temo haber llegado muy tarde.

Ruth titubeó y luego señaló con voz ligeramente tensa: –Por la elección de los camarotes, te aconsejo hablar con aquella mujer.

Intentó ver su rostro en la oscuridad y agregó:

–Volveré ahora con los demás.

–Espera –pidió John, acercándose a ella–. Casi somos desconocidos, por esto es tan difícil hablar. Tú eres la mujer en la cual he estado pensando.

–Durante los años que permanecí aquí he tenido relaciones con varios hombres –advirtió ella en voz baja.

–¿Quieres ser mi compañera? –insistió él, borrando sus palabras con un gesto.

–Escogí un camarote para dos –dijo ella y enseguida rompió a llorar silenciosamente.

Él la rodeó con sus brazos hasta que ella se calmó.

–Soy celosa –murmuró luego–. Te quiero para mí sola.

–Entonces olvidaremos las reglas flexibles.

–Parecen ser una basura –expresó ella. Luego agregó pensativamente–: si solamente quieres acostarte conmigo, dímelo ahora. No quiero ser herida por ti.

–Esto significa más para mí que compartir un camarote –manifestó él–. Te quise cuando te vi, Ruth.

–A mí me ha sucedido lo mismo –dijo ella–. Lo más extraño es que no sé por qué. Habitualmente no me gustan los hombres súper inteligentes.

Él intentó inútilmente secar su rostro con una mano y luego

la besó por primera vez, mientras aumentaba la lluvia y un viento helado remecía el roble haciendo caer un diluvio de gruesas gotas y de hojas secas.

–Es tiempo de volver –murmuró ella de pronto–, se acerca otra tormenta.

Él la retuvo en la oscuridad preocupado por su tono de voz.

–No hay razón para sentir miedo, Ruth. Te quiero para siempre. Cuando lleguemos al lugar que busquemos, levantaré una casa, viviremos de la tierra y esto será un principio para los dos.

Ella le rodeó el cuello y lo besó rápidamente y enseguida ambos corrieron. Cuando entraron a los comedores del centro habitacional se refugiaron en un rincón, escapando de comentarios y bromas. Ahí se encontraron con Cassandra en medio de un alegre grupo.

Ella pareció comprender cuando los vio a ambos y saludó a John con una enigmática sonrisa.

Ruth, que había recuperado su habitual serenidad, observó el lamentable estado de su compañero y le susurró al oído:

–Te doy tres minutos para cambiarte, no quiero compartir mi cama con un tuberculoso.

John se levantó sonriendo y abandonó el grupo. Cuando volvió algunos minutos más tarde advirtió que alguien le había servido un líquido caliente con fuerte olor a ron.

–Por prescripción de la doctora Towers –dijo un hombre joven sentado frente a él. Era bien parecido, con corto cabello rubio y pálidos ojos azules que escrutaban su rostro.

“Hay dureza en esos ojos”, pensó John, mientras devolvía la mirada.

–Yo soy Phillip Morrison –explicó el hombre con una sonrisa–. Quería conocerte.

Ruth vio con sorpresa como el rostro de John perdía por un momento su tranquila alegría, adquiriendo una expresión dura y ausente. Pero luego sonrió y dijo:

–Yo también quería conocerte, Cooper me habló de ti. Tenemos muchas cosas que conversar. Ahora tomaré mi medicina antes que se enfríe.

–Te acompañaré con whisky –expresó Morrison satisfecho–. Esto se puede considerar como un excelente principio de nuestras relaciones. Trae buena suerte tomar un trago con el compañero con quien se va a correr el Grand Prix. Me recuerda otros tiempos.

En la mesa había muerto la conversación y Morrison quedó preocupado.

–Pido perdón –dijo–. No volveré a mencionar esto.
–Sin embargo te impondré un castigo –expresó Cassandra sin inmutarse–. Debes traer whisky para todos. Hoy se permite una copa de más.
Ruth se había puesto pálida al comprender las palabras del ingeniero. Logró sonreír pero apretaba con fuerza el brazo de John, sin advertir que le enterraba las uñas.
–Hubo varios que no lograron llegar –dijo alguien en una mesa vecina–. Esto nos obligará a partir mañana temprano.

CAPÍTULO TERCERO

1

Hacia el interior de la sala de control entraba la luz pálida de un cielo gris y amenazador. Los hombres esperaban silenciosamente procurando ocultar su intranquilidad.

John se volvió hacia Cooper con una expresión decidida en su rostro.

–Los fosos han sido abiertos y el camino está libre. Afuera corre una suave brisa. ¡Creo que este es el momento!

Cooper asintió con una corta sonrisa y enseguida pidió en voz alta:

–Quiero el informe de energía.

–Disponemos de suficiente energía en todos los sistemas –respondió James Kirk sin dejar de observar con atención los indicadores de sus instrumentos.

La voz del capitán adquirió un timbre nuevo al dar la primera orden decisiva, iniciando así la maniobra de despegue.

–¡Encender motores uno, dos, tres, cuatro y seis!

Mitchell comenzó a operar sus controles y frente a él se prendieron en rápidas secuencias cuatro brillantes luces.

–¡Motores encendidos sin problemas!.

–Mantén derecha la nave o el edificio nos caerá encima –advirtió Cooper al piloto y enseguida ordenó: –¡Acelerar motores a posición 0 punto 7, preparar motores siete y ocho para encendido!

–Órdenes cumplidas –informó Mitchell al cabo de veinte segundos.

La nave vibraba ahora ligeramente y los propulsores direccionales emitían un ensordecedor ruido. Alrededor y por encima del edificio brotaban grandes nubes de vapor y los destellos de una luz blanca.

–Ahí vamos –avisó Cooper con voz ligeramente tensa–. ¡Todos los circuitos de neutralización a posición 17!

–Neutralización en posición 17 –confirmó Robinson, mientras la enorme nave comenzaba a elevarse metro por metro, casi sin peso, pero con su gran masa forcejeando contra los deslizadores.

Transcurrieron 15 ó 20 torturantes segundos, sintieron un

roce a un costado del casco y estaban fuera.

–¡Neutralización a posición 20! –ordenó Cooper rápidamente–. ¡Encender propulsores 7 y 8, preparar el resto de los motores para encendido! ¡Eleva aceleración a 1 punto 0!

John miró hacia abajo por la ventanilla más cercana y tuvo por un instante la borrosa visión del centro Morgan en medio de bosques y lagos, y enseguida estaban entre las nubes en plena tempestad.

–¡Encender todos los motores, acelerar lentamente a 3 punto 0! –ordenó Cooper.

–¡Quiero un informe de gravedad interior dentro de veinte segundos! –Robinson observaba su reloj y transcurrido el tiempo fijado respondió–: Sincronización y estabilización interior, normal en 1 punto 0.

Cooper pareció sentirse aliviado y se inclinó encima de uno de los intercomunicadores.

–¿Hay contacto por radio?

–Nada aún –contestó la voz de Morgan desde la sala de comunicaciones–. La tormenta es demasiado fuerte.

–Bien, Robert, ya sabes lo que tienes que hacer

–Nave en aceleración 3 punto 0 –confirmaba Mitchell en ese instante.

El altímetro indicaba que recién se hallaban a tres mil metros de altura, tomando velocidad. Al salir de las nubes escucharon la voz de Morgan anunciando contacto con el sistema de vigilancia. Pasaron algunos tensos minutos y John examinaba los instrumentos efectuando cálculos mentales.

–¡Ahora nos están amenazando! –informó repentinamente Morgan.

Cooper frunció las cejas.

–Diles que tenemos problemas por haber perdido contacto con nuestra base a causa de una extensa zona de turbulencias y que uno de nuestros motores funciona mal. Luego te conviene perder el contacto con ellos y observar la pantalla del radar. No hay nada más que hacer.

–¿Qué dice la computadora? –inquirió John súbitamente con

un cálculo incompleto en su cerebro.

–Con aceleración 6 punto 0 lograremos salir –afirmó Keller lacónicamente–. Ya no podrán alcanzarnos.

–Acelerar a 6 punto 0 –ordenó Cooper y enseguida miró hacia el operador de la computadora–. Deberías haber avisado antes, Conrad.

–Estaba finalizando la interpretación de los datos –explicó Keller sin quitar la vista de la máquina.

Sintieron entonces una repentina y asfixiante oleada de gravedad. Cooper levantó las cejas fijando su mirada en John.

–Tal como yo temía, los sincronizadores empezaron a fallar.

–Gravedad interior 1 punto 4 –informó Robinson–. El primer circuito se está calentando.

–¡Ralph! –ordenó el capitán apresuradamente–: ¡Averigua abajo durante cuanto tiempo podremos mantener esta aceleración hasta que se reviente el circuito N° 1!

–Nos dan 15 minutos como límite –avisó Robinson después de una breve conversación con los ingenieros de control de gravedad.

–Bajaremos la aceleración a 4 punto 5 apenas entremos al segundo circuito –señaló Cooper.

–Comprendido –confirmó el piloto desde su puesto de control.

–No hay nada en la pantalla del radar –interrumpió súbitamente la voz de Morgan.

–Puedes bajar ahora –replicó Cooper–. Deja a alguien vigilando.

Luego reflexionó por un instante y expresó: –Rectifico mi orden anterior. Cuando el primer circuito haya quedado fuera de acción, seguiremos manteniendo la misma aceleración y veremos lo que sucede.

–Entendido –contestaron Robinson y Mitchell simultáneamente.

Ahora había que esperar. Los hombres en la sala de control permanecían quietos vigilando sus instrumentos, mientras el tiempo pasaba con exasperante lentitud.

John miraba hacia abajo por una de las ventanillas y desde esta altura la Tierra le parecía joven y esplendorosa, con sus bancos de

nubes blancas, manchas oscuras de vegetación y el Atlántico brillando al sol. A su derecha veía el resplandor de los motores direccionales y la nave se levantaba ahora silenciosamente.

–La gravedad interior subió a 1 punto 6 –informó Robinson súbitamente, mientras en su tablero de control comenzaba a palpar una luz de emergencia–. Ahora quedó fuera el sistema N° 1 –continuó con voz monótona–. El N° 2 está funcionando y la gravedad interior retrocedió a 1 punto 4.

–Dentro de algunos minutos bajaremos la aceleración –señaló Cooper sin inmutarse.

–De acuerdo, jefe –contestó Mitchell.

El capitán se acercó al puesto de Robinson y examinó atentamente los instrumentos. La neutralización seguía normal y los indicadores que marcaban la estabilización se mantenían aún inmóviles.

Dos minutos más tarde se escuchó un insistente zumbido y Cooper levantó un auricular. Sintió la voz enojada de Heinemann que era el responsable de los dos jardines botánicos, situados en los niveles 32 y 33.

–¿Saben lo que está sucediendo a mis plantas? Si siguen acelerando así van a quedar completamente destrozadas.

Cooper lanzó una maldición entre dientes. Evidentemente debía haber advertido al Botánico que tomara sus precauciones.

–Solamente dos minutos más y todo habrá pasado –prometió en tono de disculpa.

–Bien –dijo Heinemann, resignado–, el daño ya está hecho. Tendré que podar y clausurar los jardines durante dos meses.

Enseguida cortó la comunicación.

–En 47 segundos más estaremos fuera de alcance de un proyectil –avisó Keller en voz alta.

–Estas son buenas noticias. –Cooper se sentó y empezó a observar su reloj.

–El segundo circuito se calienta con mayor lentitud –informó Robinson.

–Debe ser porque estamos saliendo del campo gravitacional de la Tierra y los sincronizadores luchan solamente contra los efectos de la aceleración.

–Estamos fuera –anunció Keller inmediatamente después–. Ya pueden disminuir la aceleración.

Entonces desapareció la tensión en la sala de control y los hombres comenzaban a conversar en voz baja.

Cooper sonreía por primera vez.

–Cálmense amigos, aún queda mucho por hacer.

–¡Bajar aceleración a 4 punto 5! –ordenó enseguida.

Transcurrieron algunos segundos y Robinson informó: – Gravedad interior normal, el circuito N° 2 se está enfriando.

Cooper se volvió hacia John y dijo: –Llama a los de abajo y pregunta si nos pueden informar cuánto tiempo necesitan para reemplazar el circuito quemado. Averigua también cuál es la aceleración efectiva sin que se presenten alteraciones en los estabilizadores.

John asintió y comenzó a hablar por uno de los intercomunicadores y luego hubo nuevamente silencio en la sala de control.

Abajo se veía el enorme globo de la Tierra alejándose, con el borde oeste iluminado por el sol.

Cooper observó pensativamente los rostros pálidos de algunos hombres y se dirigió a ellos con el mayor tacto posible: –No les recomiendo mirar demasiado al exterior, fíjense en sus instrumentos. Lo que sienten ahora es normal, yo también he pasado por esto. En un par de días serán veteranos del espacio.

Enseguida fijó su vista en Morgan, el cual había permanecido en silencio al fondo de la sala:

–Ahora comienza tu tarea, Robert. Preocúpate de la gente y avísales que pueden iniciar la rutina de la nave.

John volvió a hablar por un intercomunicador y enseguida miró al capitán:

–Precisarán tres días para reparar los daños y consideran que 4 punto 0 es el límite seguro de aceleración continua.

–¡Bajar aceleración a 4 punto 0! –ordenó Cooper. Después se acomodó en su asiento–. Esto es mucho mejor de lo que yo esperaba, así llegaremos a alguna parte.

Enseguida comenzó a dar órdenes en rápida sucesión.

–¡Ralph, ahora puedes poner fuera de acción la neutralización! ¡David, vira la nave a simple vista al sur, en dirección general a Alfa Centauro, aún no tiene sentido utilizar la computadora!

–¡James, avisa a todos los niveles que pueden disponer de la energía y poner en marcha el resto de los equipos!

Escucharon repentinamente la voz de David, entrando desde la sección científica de astronavegación:

–Alfa Centauro a la vista, ahora deben tenerla en la pantalla.

Cooper oprimió un botón en su puesto de control y en la gran pantalla aparecieron lentamente las estrellas y la más luminosa, Alfa Centauro, en un extremo.

–¡David! –ordenó–. ¡Conecta el rumbo automático!

–Rumbo automático conectado –confirmó Mitchell, observando con atención la pantalla, donde se destacaba ahora con nitidez un círculo blanco y en su interior una pequeña cruz.

–Ha llegado el momento de comprobar como responden los instrumentos –murmuró Cooper, mientras comenzaba a girar dos diales, trasladando lentamente la fina cruz hacia el extremo de la pantalla, hasta que la luz lejana de Alfa Centauro palpitaba en su centro.

Entonces movió un conmutador y se reclinó en su asiento. Una computadora de vuelo comenzó a emitir inmediatamente prolongadas secuencias de susurros metálicos y Keller vigilaba atentamente.

La cruz iniciaba ahora un lento recorrido, inseparablemente unida a la luz de Alfa Centauro, hasta permanecer finalmente quieta en el interior del círculo blanco.

En la sala de control habían tenido durante toda la operación la sensación que la nave no alteraba el rumbo, mientras afuera en el espacio giraban las constelaciones.

–Todo parece funcionar bien –observó Cooper con satisfacción y los hombres contemplaban emocionados como el espacio y las estrellas parecían penetrar al interior de la nave a través de la gran ventana repentinamente abierta ante ellos.

–¡David! –ordenó Cooper–. ¡Apaga los motores dos, tres, cuatro, cinco, siete y ocho! ¡Baja la aceleración a 2 punto 0!

Enseguida se volvió hacia John:

–Quiero demorar algunos meses antes de acercarnos a la velocidad luz. La gente y la nave deben pasar un período de prueba y de adaptación. Mañana fijaremos la aceleración para nuestra primera etapa de vuelo.

Luego Cooper se dirigió a los demás con un tono de voz que delataba su profunda emoción:

–¡Compañeros! Nuestra nave es una maravilla y vamos ahora en camino a los soles de Alfa Centauro.

En el último nivel reinaba el silencio y afuera, veinte metros más abajo, se destacaban los oscuros contornos de las alas contra la brillante luz que emitían los motores direccionales.

Habían efectuado pruebas con los equipos de radio durante toda la tarde y comprobaron con satisfacción que las fuentes naturales de la galaxia entraban con claridad. Los sistemas de frecuencia cuatro, cinco y seis, conectados a distintos receptores, estaban abiertos y permanecían sin vida. Ahora era preciso esperar.

John levantó su mirada de las instalaciones y contempló pensativamente a las tres jóvenes que le habían acompañado durante las últimas horas.

–Bien muchachas –dijo–. Ya son ustedes expertas manejando el equipo y saben como actuar al producirse un contacto. Ahora deseo saber quien de Uds. hará el primer turno de vigilancia.

–Yo me quedo –respondió Jenny, una hermosa joven de 18 años–. Una de mis compañeras me relevará dentro de cuatro horas.

–De acuerdo –dijo John mirando su reloj, mientras las otras jóvenes abandonaban la sala de comunicaciones conversando en voz baja–. Apenas me haya ido, llamas a la cocina y te subirán comida por el ascensor de servicio.

Recién entonces advirtió que los labios de la muchacha temblaban y vio el terror en sus ojos.

“La mayoría de la gente siente temor”, pensó preocupado, “saben que han emprendido un viaje sin retorno, dejando atrás todo lo conocido y les asustan las insondables profundidades del exterior”.

–No hay razón para sentir miedo –aseguró suavemente–. Por ahora y durante muchos años estaremos seguros en la nave.

Ella logró dominarse y sonrió débilmente mostrando unos dientes perfectos.

–No debes sonreírme así –bromeó John–, eres demasiado bonita para ser radiooperadora. Yo hubiera preferido algunas viejas, son eficientes y totalmente dignas de confianza.

–Lo siento, jefe –replicó ella–. Existen algunas viejas a bordo, pero tienen como 26 años y ninguna es fea.

–Se me había olvidado este detalle –reconoció él, examinando su rostro.

–Ven, Jenny, siéntate conmigo a observar cómo se aleja la Tierra.

Ella se acercó y luego ambos contemplaron en silencio, con la cara muy junta a la ventanilla, como un pálido disco amarillo se hundía lentamente en un abismo de estrellas.

–Ya no siento temor –aseguró Jenny repentinamente–. He perdido esa desesperante sensación que la nave puede caerse.

Enseguida se volvió con curiosidad hacia John y preguntó: – ¿Puedo saber en qué estás pensando?

–En la Tierra –explicó él en voz baja–. Durante las próximas horas se reducirá a un punto de luz y luego desaparecerá para siempre en el espacio.

–No merece ser recordada –dijo ella con amargura–. Está contaminada por una infección incurable y pronto va a morir.

–Pensaba –murmuró él– que la Tierra es demasiado joven para perecer y que aún conserva huellas de su antigua belleza. Un día sucedió algo incomprensible: El hombre dio un paso hacia delante y todo a su alrededor comenzó a marchitarse. Fue cuando abandonó las sombras de los árboles para irse a vivir en bosques de piedras.

–Se supone que tú debes darme ánimos, John, porque estoy asustada. Pero si sigues así me veré obligada a consolarte.

Él buscó en el rostro de la muchacha y advirtió que el miedo se había ido de sus ojos. Luego ambos sonrieron.

–Ahora tengo que irme, Jenny. Daré una vuelta por aquí más tarde, cuando estés sola no debes acercarte a la ventanilla.

–Como tú ordenes –dijo ella–. Pero ya no siento temor.

3

Eran las 5 P.M., hora de la nave y un turno recién había vuelto de sus labores ocupando casi totalmente las mesas de la cafetería del nivel 41.

—Ambos deseamos té —decía Ruth mientras John examinaba con aprobación la figura de Jane Novak, que se encontraba detrás del mesón de servicio enteramente vestida de blanco.

—Jane —observó él sonriendo amistosamente—. Te ves hermosa con este color.

Ella replicó con una mirada llena de indignación, derramando parte del té que servía.

—¿Te he ofendido? —preguntó él confundido por su actitud—. Esta no fue mi intención.

—Todos me dicen la misma estupidez —se quejó ella—, incluso Morgan cuando me ordenó trabajar en este lugar cinco horas al día.

—No estás tan mal, Jane —aseguró John—. Arriba en la sala de control no sucede nada hace meses y las horas transcurren lentamente frente a los tableros de instrumentos.

Ella sonrió con resignación.

—Comparto el destino de muchos especialistas y científicos, la Antropología y la Paleontología son inútiles a bordo de la nave. Morgan me insinuó que estudiara Antropología observando los clientes de este lugar.

—¿Van a ir a la fiesta de esta noche? —preguntó volviéndose hacia Ruth, que trataba de ocultar una sonrisa.

—Sí —contestó la psicóloga—. He logrado convencer a John.

—Tendré que acostumbrarme —murmuró él—. Nunca he ido por propia voluntad a un lugar lleno de personas.

—Pobre John —observó Jane—. Aún huye de la gente civilizada. Aquí tienen sus bandejas. Bates y Heinemann los están llamando desde aquella mesa.

Ambos se acercaron lentamente a la mesa de sus amigos y tomaron asiento.

—¿Cuándo nos permitirás caminar bajo los árboles? —preguntó Ruth a Bobby Heinemann, el científico encargado de los parques-jardines cuya función era servir como pulmones en un reducido mundo metálico.

—Los abriré en dos semanas más —prometió el botánico—, entonces podrán hacerse el amor en un ambiente que imita una noche de luna.

—Esto va a ser hermoso —dijo Ruth en voz baja—, principalmente para varios pacientes que necesitan una ilusión.

Heinemann se volvió hacia John.

—Esta mañana visité la sección científica y miré por el telescopio. Noté entonces que ya no se ven bien las estrellas y que apareció una mancha visual en el espacio, al frente de la nave.

—Ya hemos llegado a 7/10 de la velocidad luz —respondió John—, y creo que la comunicación hacia el exterior va a ser muy limitada cuando la sobrepasemos.

—¿Sabes? —dijo el botánico—, recién he tenido una discusión con Jeremías respecto a una distorsión del tiempo a tan altas velocidades.

—Yo creo que la hay —opinó Bates lacónicamente.

—Pienso que el tiempo es una manifestación inalterable de la eternidad —expresó John mirando alternativamente a sus dos amigos.

—¿Entonces tú no aceptas la idea de una posible contracción? —inquirió el ingeniero.

—No —contestó John tranquilamente—, no creo en esto. Meditó por un instante y después agregó: —Si estás enterado de lo que sucede en tus secciones, podremos comprobar en esta mesa si hubo alguna contracción progresiva desde que abandonamos la Tierra.

El ingeniero levantó las cejas y aguardó sin inmutarse.

—Te haré una pregunta precisa, Jeremías: ¿Estás al tanto de las revoluciones de los motores eléctricos?

—¡Completamente! —aseguró Bates.

—¿Has notado variaciones en las revoluciones midiendo con tacómetros en cuyo mecanismo no interviene el tiempo?

—No, no hubo variaciones —murmuró el ingeniero mientras una luz de comprensión aparecía en sus ojos—. Entiendo ahora adonde quieres llegar, si aquellos motores movieran un reloj, el tiempo transcurrido en la Tierra sería el mismo de la nave y si existiera una contracción, todos los mecanismos a bordo alterarían su ritmo. La idea es simple y no se me había ocurrido.

—Es tan simple que me han convencido —manifestó Heinemann.

—Partiendo de ciertos razonamientos se puede llegar a conclusiones sorprendentes acerca del tiempo —aseguró John—. Las ideas básicas aparecen en cualquier enciclopedia.

—Estamos escuchando —observó Bates.

John sonrió: —El tiempo nace cuando lo perecedero comienza a ver morir su reflejo en la eternidad.

Enseguida, al ver la expresión de sus amigos, lanzó una breve carcajada y continuó: —No digan nada, intentaré explicarme de otra manera.

Ruth movía su cabeza con preocupación.

—Me temo, John, que te has metido en honduras.

—Saldré —aseguró él tranquilamente—. ¡Escúchenme ahora!

—El reloj es la imitación del aparente movimiento del sol alrededor de la Tierra y representa a una eternidad en movimiento que mide lo perecedero. Imaginémonos ahora la eternidad como a un obelisco, inmóvil en medio de un desierto sin límites comprensibles.

—Lo distinguimos a la distancia, e incapaces de correr o de detenernos, seguimos hasta que entre paso y paso creemos encontrarnos frente a él, para luego continuar por un invisible sendero hacia delante.

—Recién entonces advertimos que nuestra marcha genera el tiempo y que las manecillas del reloj cuentan las pisadas en la arena.

John meditó un rato en silencio pero aún no había terminado de hablar.

—Siempre he pensado —siguió—. Si un piloto volviese un día a su base con una contracción de seis horas de su tiempo, tendría que enfrentarse a un tremendo problema, si nuestras oscuras teorías fuesen verdaderas. Para él y sus compañeros de la base brillaba un sol de mediodía al momento de partir. Ahora me pregunto: ¿A su retorno habría dos soles en el cielo, uno de mediodía y otro del crepúsculo? ¿Le sería posible volver a ver alguna vez a sus compañeros a la luz del sol, que es nuestro reloj?

—Para asumir —dijo Bates pensativamente—, tú consideras que el tiempo equivale a la duración de la conciencia del ser, mientras pienso existe el tiempo.

—Exacto —aprobó John—. Una distorsión podría existir solamente en nuestra imaginación, pero no en nuestros pasos, porque

los relojes de la eternidad controlan el ritmo de su inexorable marcha. Aunque ustedes, no me crean —agregó con una indescifrable mirada hacia Bates—. Éstas sencillas conclusiones me hicieron pensar en los motores.

El pequeño grupo estalló en una leve carcajada y Ruth fue la primera en adoptar una actitud seria.

—¿Y que piensan ustedes de la vida en el universo? —preguntó.

—Hablar de la vida en el universo es hablar de la vida misma, desde que poseemos la evidencia de la presencia de otra inteligencia en esta galaxia —dijo Heinemann con lentitud—. Tal certeza me ha llevado a la conclusión de que la vida es el estado supremo de la materia imperecedera, sometida a ciclos de continuas transformaciones en el universo.

—Yo pienso lo mismo —expresó John después de un breve silencio—. Voy más lejos aún. Incluso las mentes más frías dan por cierto que algo no puede proceder de nada, ni desaparecer en nada y esta certeza me hace pensar que la conciencia de mi ser no puede disolverse para siempre en partículas de masa-energía. Por esto creo que algún día volveré.

Ruth se mostraba extrañamente conmovida por aquellas palabras y John tomó su mano y la retuvo.

—Con tales razonamientos, Jeremías —continuó enseguida, volviéndose hacia el ingeniero—, es posible reunir los símbolos para desarrollar la más grande de las ecuaciones.

—Habría que agregar —dijo Bates— que el hombre apareció en la Tierra un minuto antes de medianoche del último día de la creación, y por esto nuestras mayores posibilidades consisten en hallar un planeta habitable, sin la presencia de una raza inteligente.

Un extraño pensamiento acudió a la mente de John y sin saber por qué dijo: –A menos que no sigamos una huella misteriosa que se cruce en nuestro camino.

4

–Captas el ritmo instintivamente –dijo Ruth–. Antes de que termine la noche, serás un bailarín aceptable.

–Me distrae el contacto con tu cuerpo –respondió John.

–Lo que yo pensaba –murmuró Ruth–. Eres demasiado primitivo para dejarte bailar con otra mujer.

–Soy fiel –le recordó él–. No debes olvidar que el hombre primitivo adoraba a la mujer como divinidad. Además era un refugio para curar sus heridas, por esto te necesito tanto.

–Muchas veces logras confundirme con tu lógica –susurró ella–. Lo único que sé es que te quiero de verdad, ahora que hemos vivido juntos.

–Te quiero por muchas cosas –dijo él, mirándola con serenidad–. Por tu manera de ser y también por como me miras cuando crees que no te estoy observando, y por otras cosas. Tú sabes cuáles.

–¡Cállate, tonto! –respondió ella, poniéndose ligeramente colorada.

Bailaban en silencio, cuando la música fue sobrepasada por una voz y el chirrido de un parlante: “¡John Miller urgente a comunicaciones, John Miller urgente a comunicaciones!”

–Debe ser importante –murmuró él–. ¡Acompáñame Ruth!

Abandonaron apresuradamente la sala y a sus espaldas se levantaron voces excitadas. Arriba se encontraron con Cooper y todos los hombres de la sección científica apiñados frente a los receptores y en el aire vibraban las nítidas pulsaciones de una señal.

John advirtió de inmediato que la emisión entraba a un ritmo muy rápido y sin el característico zumbido de la señal captada en la Tierra. Guardaron silencio y el registrador trabajó como enloquecido hasta que el receptor enmudeció. Entonces todos comenzaron a hablar al mismo tiempo, mientras John hacía señas a Jenny que trajera la cinta.

Él vio con sorpresa que las puntuaciones formaban casi una línea continua, pero alcanzaba a distinguir las separaciones.

El hecho de haber captado una señal, expuestos a las perturbaciones del efecto Doppler a una velocidad cercana a la de la luz, era extraño e indicaba que se debía haber cruzado en un ángulo casi recto con la ruta de la nave. No existía otra explicación.

–Se trata de dos emisiones –señaló, levantando la cabeza–. La primera consiste en la clave 3 – 1 – 4 – 4 – 2 y la segunda en 4 – 2 – 5 – 2 – 2.

–No intenté determinar la procedencia de la señal –explicó Davy–. Tomé esta decisión cuando la emisión cambió de ritmo y no me atreví a desconectar los diferentes sectores de la antena.

–Hiciste bien –murmuró John–. Pero debes proporcionarme los datos sobre nuestra posición.

–Ya los tengo.

Davy hizo callar a los demás y John reflexionaba mientras examinaba nuevamente la cinta.

–La primera señal se inicia en forma idéntica como la que capté en la Tierra –dijo en voz alta–. Distingo un mayor distanciamiento de los primeros dos números y el resto del mensaje, o lo que sea. Esto parece indicar la dirección hacia donde va dirigido.

Cooper había guardado silencio. Se encontraba cerca de la ventanilla dando las espaldas a los demás.

–Para mí nada va a ser igual desde ahora –aseguró lentamente sin dejar de observar las borrosas imágenes de las constelaciones en el exterior–, ¡hay alguien ahí afuera!

–¡Jenny! –ordenó John–. ¡Quiero que clasifiques las señales en el orden que han sido captadas, incluyendo la de la Tierra! Davy te proporcionará las posiciones ¡Esperaremos antes de sacar conclusiones!

Observó a la muchacha y agregó:

–Hiciste un buen trabajo.

–Gracias, jefe –respondió ella. La excitación hacía brillar sus ojos.

Los receptores continuaban en silencio y captaban ahora solamente la fría soledad del exterior. Los hombres abandonaron uno a uno la sala de comunicaciones y Cooper seguía esperando cerca de la ventanilla. Fijó su mirada en el rostro de John y dijo con voz ligeramente tensa:

–Ha llegado el momento de iniciar los preparativos para salir con el Explorer I. Quedas relevado de todas tus actividades y te presentarás mañana con Morrison en el nivel 4. Yo estaré ahí. Jenny se hará cargo de comunicaciones y nosotros la controlaremos

Ruth había permanecido en silencio y sus ojos se llenaron repentinamente de sombras.

–No te preocupes –la tranquilizó John en voz baja–, sé que de alguna manera volveré.

CAPÍTULO CUARTO

1

Transcurrieron algunos días y aquella mañana John había terminado temprano su entrenamiento en el cuarto nivel. Se sentía bien después de su ducha semanal de dos minutos y se encontraba con ánimo para explorar la nave. Era la primera vez que disponía de tiempo.

Hasta ahora había rechazado las numerosas invitaciones para jugar ajedrez, evitando así que su vida a bordo se transformara en un infierno especial para un campeón retirado. Pero se comprometió a jugar una partida diaria con límite de tiempo de 30 minutos por lado, apenas pasaran la velocidad de la luz. También tomaría lecciones de piano, era algo que siempre había deseado.

Decidió visitar a Morgan, quien parecía hallarse en aquel momento en alguna parte entre los niveles 10 y 14, donde estaban situadas las bodegas principales. Bajó al penumbroso nivel 14 y preguntó al encargado por Morgan.

–Tienes suerte –le respondió el hombre– se encuentra allá al fondo ubicando algunos ítems extraviados.

John avanzó por un espacio libre entre hileras de cajas y bultos firmemente asegurados en estanterías metálicas, marcados con visibles números de identificación.

Súbitamente tuvo la rara sensación de que algo acababa de suceder, pero enseguida pensó que su imaginación lo estaba engañando y siguió adelante. Una puerta con la ventanilla cubierta de escarcha despertó su curiosidad y alcanzó a ver a través del vidrio que se trataba de una enorme sección de alimentos congelados. En un espacio libre, cerca de la puerta del montacargas, halló a Morgan revisando los números de algunas cajas. De vez en cuando consultaba una lista que llevaba en la mano. Saludó a John con una sonrisa.

–Veo que ya dispones de tiempo para vagar por la nave. Aguarda un momento, estoy ubicando las últimas cajas. Los muchachos armaron un lío con el apuro de los últimos días en la Tierra.

–¿Existen más cámaras de congelación en la nave? –preguntó John cuando Morgan había terminado.

–Sí, todo el nivel 10 y parte del 11 es un enorme congelador.

Los biólogos en el 15 también disponen de uno. Tienen allí todo lo necesario para transformar especies locales de un planeta en híbridos y jugar con las leyes de la herencia hasta obtener algo que se parezca a nuestros animales caseros.

–¿No tienes una buena botella de coñac entre tus curiosidades?

–Americano 12.000 botellas, francés 3.000 –detalló Morgan–. Nadie lo toma. ¿Cuál prefieres?

–El que tengas más a mano.

–De acuerdo, John, iremos por la escalera exterior al nivel 13. Allá podrás escoger.

John tuvo nuevamente una sensación rara y se detuvo desconcertado.

–Algo sucede –murmuró.

Entonces sintieron por breves momentos una oleada de disminución de gravedad. Simultáneamente bajó la iluminación y las pesadas cajas crujieron al recuperar su peso normal.

—Ahora comprendo —explicó John—. Creo que Cooper invirtió la posición de la nave y redujo la velocidad. Enseguida conectó el circuito N° 3 de energía. Estamos con gravedad artificial.

—Nos encontramos cerca de las plataformas exteriores del casco —dijo Morgan—. Allá se siente la vibración de los propulsores. ¡Sígueme!

Apresuradamente abandonaron la bodega por la puerta del fondo y afuera en la escalera traspasaron dos puertas de seguridad.

—Es imposible abrir una puerta, mientras la otra no esté cerrada —señaló Morgan—. Una protección efectiva, por si el casco sufre el impacto de un meteorito.

Penetraron a un mundo tenebroso, donde numerosas escaleras formaban laberintos verticales frente al casco de la nave.

—Hace frío por aquí —comentó John y se sorprendió al escuchar el eco de su voz entre los oscuros abismos.

De las gruesas paredes metálicas pendían las extrañas formas de las pantallas protectoras, enfocando en grupos de a cuatro un determinado sector del casco. Morgan tocó la fría pared y luego movió la cabeza.

—No siento vibraciones, los propulsores han sido apagados.

—Entonces ha llegado el momento —expresó John. Su rostro se había endurecido. Observó por un instante las pantallas que decidirían su destino y después dijo con voz tranquila—: Hemos llegado cerca del límite, Robert. Debo presentarme de inmediato en la sala de control. El coñac me lo guardas para mi retorno.

—Te esperaré con un festín árabe, compañero —prometió Morgan solemnemente.

2

Había gran actividad en el cuarto nivel. Las tres naves de exploración pendían de gruesos rieles frente a los tubos de expulsión y la más pequeña se asemejaba a un avión de combate, pero su grueso vientre indicaba la existencia de un gran espacio interior. Montado encima, sobresalía el cohete a propulsión atómica. Recién había sido abastecido con deuterio y los hombres estaban retirando los equipos. Otros inspeccionaban el pequeño Explorer bajo la atenta vigilancia de Cooper, mientras John y Morrison se colocaban sus trajes espaciales.

John escudriñó el rostro de su compañero y sonrió satisfecho.

—Veo que estás tranquilo, Phillip.

Morrison no se inmutó.

—Jamás he sentido miedo antes y durante una carrera. A veces después. Ahora me siento como siempre.

Cooper se acercó a ellos:

—Todo está listo y los equipos solicitados se encuentran a bordo. ¡Les deseo buena suerte!

Luego agregó con una sonrisa débil:

—Los dejo ahora, me necesitan en la sala de control.

Varios hombres aguardaban en silencio con la escalerilla a un costado del Explorer I y John ascendió lentamente por ella detrás de Morrison. Cerró y aseguró cuidadosamente la escotilla y se acomodó en su asiento. Su compañero ya estaba inspeccionando los instrumentos.

—¿Disponemos de energía?

—¡Todo listo! —contestó Morrison—. ¡Energía a nivel normal!

—¡Conecta los circuitos de protección! —ordenó John.

Morrison se inclinó hacia delante y en el tablero de control comenzaron a palpar luces verdes, azules y rojas.

—Todas las pantallas prendidas —informó luego—. El nivel de energía sigue normal.

–Atención Explorer –sintieron la voz de Cooper por la radio.
–Estamos preparados –informó John tranquilamente–. Pueden retirar las líneas de carga.
Esperaron.
–¡Quedan 20 segundos! –avisó Cooper desde la sala de control.
–¡Ahora va en serio! –advirtió John–. ¡Nos están entrando al tubo!
–Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero!

Sintieron un fuerte silbido cuando fueron expelidos al exterior. Vieron por un instante el resplandor de los propulsores de la gran nave, que se distanciaba rápidamente y enseguida advirtieron que las estrellas bailaban locamente a su alrededor.

–¡Condenados idiotas! –exclamó John indignado–. Esta no es la manera de expulsar una nave.
–¡Cuidado con lo que dices! –respondió la voz de Cooper–. Todos a bordo están escuchando. Me presionaron para conseguir mi permiso. Ahora estabiliza el Explorer hasta que los visores te indiquen la dirección correcta.

–¡No mires al exterior, Phillip! –ordenó John–. Esto es para marearse. Observa tus instrumentos.

Utilizó la mitad del gas disponible para lograr que las estrellas dejaran de girar.

Sintieron nuevamente la voz del capitán: –¿Cómo están ahora?

–Tengo la nave estabilizada –informó John–. Trato de ubicar una mancha negra. Parece que flotamos con la cabeza hacia abajo.

Maniobró durante varios minutos hasta que consiguió enfocar con los instrumentos una de las manchas visuales, que impedían distinguir el sector de Alfa Centauro al frente y el sol encajado en la constelación de Cassiopea a sus espaldas. Miró por la ventanilla y vio como a su izquierda fulguraban estrellas conocidas. Supo entonces que no flotaban al revés.

–¡Nave estabilizada! ¡Posición correcta! –anunció enseguida por radio.

–Relájense ahora –recomendó Cooper–. Disponen de 15 minutos.

Ambos hombres iniciaron una minuciosa revisión de los instrumentos. Todo parecía estar en orden.

–¿En qué piensas, Phillip? –inquirió John, preocupado por el silencio de su compañero.

–¡Es impresionante flotar así en el vacío! –expresó Morrison–. Me hace pensar que de alguna manera pasaremos cerca de Dios.

John miró al exterior, donde los lejanos soles centelleaban en la negrura y murmuró:

–Pasaremos cerca, tal vez muy cerca.

Afuera, en alguna parte, había un planeta con vida. Con bosques, montañas, mares y ríos, girando dentro de la ecosfera de un astro cálido. ¿Pero dónde en este mar de estrellas? ¿Cómo saberlo?

Una idea cruzó su mente y comenzó a luchar con ella, intentando retenerla, comprenderla, cuando interrumpió la voz de Cooper:

–¡Faltan 5 minutos! ¡Fija el ángulo del disparo en 10°!

John movió varios interruptores y enseguida advirtieron cómo el cohete cambiaba de posición encima del casco.

–¡Ángulo de disparo 10° hacia la derecha! –comunicó a continuación por radio. Con una mirada vio que su compañero seguía con la vista perdida en el espacio.

–¿Te sientes solo ahora, Phillip?

–Sí –reconoció Morrison–, la soledad pesa, pero en este momento no quisiera estar en otra parte.

John nunca se había sentido solo en el espacio. “Mi compañero no tiene miedo”, pensó, “pero tampoco conoce los peligros”.

–Me alegra tenerte conmigo, Phillip.

–Yo digo lo mismo –respondió el otro.

Esperaron.

–¿Cuántas pantallas de reserva tenemos? –preguntó John repentinamente.

–Veinte –respondió Morrison–. Las tengo aseguradas en el espacio libre detrás del reactor.

–Bien –dijo John y guardó nuevamente silencio.

–¡Quedan dos minutos! –avisó la voz de Cooper–. ¡Dispara al escuchar cero! Es tiempo de encender el propulsor del cohete y mantenerlo acelerado a cuatro punto cero.

–Entendido–John oprimió un botón en su tablero. Encima comenzó a rugir el motor electroatómico de deuterio, mientras él aceleraba lentamente, observando con atención los indicadores de los instrumentos. Casi simultáneamente activó los dos propulsores del Explorer, para mantenerlo estabilizado. El ruido era casi insoportable.

–¡Sesenta segundos! –anunció Cooper–. ¡Conectar todos los circuitos!

John obedeció y enseguida comenzó a prestar atención al conteo.

...21,20.....5,4,3,2,1, cero.

Cuando soltó al cohete, sintieron un fuerte remezón a causa de la repentina pérdida de aceleración. Vieron como una luz ennegecedora desaparecía lentamente al borde de la mancha visual del frente.

John comprobó que la nave aún seguía en su posición correcta y luego apagó los propulsores. Entonces volvió el silencio.

Ahora flotaban otra vez sin gravedad en el espacio. Las luces de control palpitaban en el tablero y percibían únicamente el suave zumbido del generador.

La radio empezó a chirriar.

–Cortaré el contacto con ustedes –avisó Cooper–. Toma el tiempo, John. El instante crítico se presentará dentro de 17 minutos.

Silencio. El tiempo transcurría con desesperante lentitud y la espera se hacía cada vez más insoportable. El frío comenzaba a invadir la pequeña nave.

–¡Aumenta un poco la calefacción! –ordenó John.

–Conforme, jefe –susurró Morrison.

John sonrió, era la primera vez que su compañero lo llamaba “jefe”. Parecía haber pasado una eternidad, cuando por fin el segundero del reloj se acercaba al punto crítico.

Faltaban 40 segundos, veinte, diez y luego cero.

–Debe haber pasado la barrera –opinó Morrison, escudriñando la oscuridad.

En aquel instante vieron crecer una débil luminosidad que transformaba lentamente la negrura del espacio en brillante claridad. En los rostros inmóviles de ambos hombres se reflejaba el nacimiento y la muerte de una inmensa estela luminosa, que apagaba con su resplandor las estrellas.

–Una muerte de luz a la velocidad luz –susurró John y apenas logró encontrar su voz.

En el exterior el camino luminoso empezaba a perder intensidad, hasta apagarse finalmente con una lluvia de chispas en oscuras profundidades.

–Todo ha sido tan rápido –murmuró Morrison–. ¿Qué hacemos ahora?

–Depende de ti, compañero –respondió John lentamente.

Advirtió que el fantasma del temor había desaparecido con la incertidumbre y esperó. El otro reflexionaba y después de un prolongado silencio contestó con voz firme:

–Nuestra búsqueda en el espacio carece de sentido si no logramos traspasar la barrera. Estoy dispuesto a seguir hasta el fin.

–Peligrará tu vida –advirtió John–. Pasaremos a una aceleración que hará pesar tu cuerpo 500 kilos. Yo seguiría solo, pero si retornamos a la nave, no me permitirán salir.

–Continuaré contigo –respondió el otro con dureza–. ¡No te preocupes más por mí y haz lo que tengas que hacer!

Con un chirrido se reanudó el contacto por radio.

–¿Explorer, nos escuchan?

–Hemos visto todo –contestó John con voz monótona.

–¡Vuelvan a la nave, los estamos esperando!

–¡Aún no, quiero todos los datos que han recogido!

–¿Por qué? –inquirió la voz del capitán–. La computadora demorará más de una hora para interpretarlos.

–Hemos decidido aguardar –insistió John con una rápida mirada hacia Morrison.

–Debes haberte vuelto loco –dijo la cansada voz de Cooper–. ¡Te ordeno que vuelvas inmediatamente!

–Henry –replicó John con suavidad–. Tú sabes que no eres mejor que yo, y lo que es bueno para ti, también lo es para mí. ¡Piensa cómo actuarías en mi lugar y luego dame tus malditas órdenes!

La radio permanecía silenciosa. Sentían la respiración del capitán y casi escuchaban sus pensamientos.

–¿Cómo está Morrison? –preguntó luego.

–El sabe lo que puede suceder, pero es mejor morir ahora, que después no poder vivir.

–Bien –expresó la distante voz de Cooper–, te saliste con la tuya. ¡Cuida la vida de tu compañero!

La voz en la radio vaciló y luego continuó: –¡Ahora esperaremos los datos!

Se sintió una discusión al otro extremo y enseguida

escucharon nuevamente al capitán: –La gente no quiere sacrificios, insisten en que deben volver. Disponemos de medios a bordo que permiten la construcción de otro cohete.

–Explícales que nosotros tomaremos las decisiones en el espacio. No existe otro camino que pasar la barrera. Si no lo logramos ahora, seremos ancianos antes de acercarnos a una segunda estrella y nuestras provisiones nos permitirán llegar apenas a Alfa Centauro.

–Ruth se encuentra a mi lado.

–¡No es momento de hablar con ella, corta el contacto!

–Como tú quieras –contestó Cooper y el receptor enmudeció.

–La noche que te conocí –dijo Morrison– tomamos un trago juntos. Creo que es el momento apropiado para otro.

Buscó en un bolsillo de su traje espacial y mostró una pequeña botella de whisky.

–Una excelente ocasión –aprobó John–. Tómate la cuarta parte y después me la pasas a mí. Guardaremos el resto. ¡Ten cuidado al destaparla!

Ambos habían perdido la noción del tiempo cuando la radio los despertó:

–¡John, aquí tengo los datos! El cohete estaba equipado con veinte pantallas. Fallaron todas las de la izquierda, pero al otro lado se quemaron solamente dos circuitos y un grupo resistió hasta el instante de la explosión.

–En esto he estado pensando –señaló John–. Creo que se cometió un error.

–Así es –reconoció la voz de Cooper–. Los ingenieros se están peleando en este momento con los científicos. Sin duda te refieres al ángulo del disparo.

–Exactamente. El comportamiento de las pantallas lo comprueba. Logramos una buena visibilidad, pero era una trayectoria muy rara, que dejaba al cohete acelerando a la deriva. Diles a los de la sección científica, que el error nos da una esperanza de vida y nos hizo ver dónde se oculta el peligro.

–¿Intentarás pasar con 8 punto 0? –inquirió Cooper.

–Me acercaré a 4 punto 0 y luego aceleraré al máximo un minuto antes del punto crítico.

–Ya efectuamos los cálculos –informó el capitán–. 14

minutos a cuatro punto cero y enseguida le das con todo. Mantenme informado, creo que te escucharemos durante gran parte de la operación.

–Espero que no nos vean brillar en la oscuridad –murmuró John.

–¡Buena suerte, muchachos! –la voz del capitán casi se quebró–. ¡Jamás me perdonaré no estar con ustedes!

Casi enseguida comenzaron a escuchar el implacable conteo desde la gran nave.

–¡Revisa tus cinturones! –ordenó John rápidamente.

–Sí, jefe –replicó Morrison–. Ahora debes olvidarte de mí. Sé lo que tengo que hacer.

–¡Activar los propulsores! –sintieron ordenar a Cooper.

John dio los contactos y el Explorer comenzó a rugir. El capitán sabía lo que hacía y no les daba tiempo para pensar. Todo sucedía rápidamente.

–Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

La aceleración hizo que los dos hombres se olvidaran de todo, excepto de los indicadores de los relojes que avanzaban inexorablemente. El terror aguardaba ahora silenciosamente en el interior de la cabina.

John miró por la ventanilla y profundamente impresionado, comenzó a hablar para sí mismo y para sus compañeros.

–En el exterior se apagan lentamente las estrellas y a nuestro alrededor aparecen fantasmas rojos y azules –dijo en voz alta–. ¡Estamos quedando solos!

La voz de Cooper ya no se entendía. El tiempo pasaba y una impenetrable oscuridad comenzaba a invadir el interior de la nave.

–¡Prepárate, Phillip! –exclamó John–. ¡Ahora viene lo duro!

Aceleró lentamente al máximo cuando faltaban 70 segundos y en el tablero de control empezó a bailar grotescamente una luz verde.

Una pantalla defectuosa, pensó, y enseguida se inició la lucha para que sus cuerpos y mentes sobrevivieran bajo el terrible peso que los aplastaba a los asientos. Con dificultad advirtió a través de una neblina que faltaban pocos segundos, solamente tres, ahora dos y luego cero.

–¡En el primer circuito el cuatro y el tres fuera! –articuló con voz metálica por la silenciosa radio–. ¡Fuera el siete y el nueve! ¡Debiéramos haber pasado!

La nave comenzaba a llenarse de humo.

–¡Cierra tu casco! –gritó John en dirección a su compañero y enseguida continuó informando sin saber si alguien escuchaba– ¡Pantalla 5 fuera, ahora la trece!

Observaba hipnotizado el tablero, cuando una gran esperanza apareció en su mente. Una luz que había empezado a fallar, comenzó a brillar nuevamente como una promesa de seguir viviendo. ¡Sí! ¡Esto era la vida y Ruth y todas las cosas!

Disminuyó lentamente la aceleración con la vista fija en las hileras de luces, hasta llegar al uno punto cero. ¡Nada sucedía!

Entonces apagó los propulsores y se reclinó agotado en su asiento, hasta que sus ojos pudieron enfocar nuevamente el interior de la cabina. Los latidos de su corazón se habían casi normalizado. El humo se estaba disipando, los equipos marchaban a la perfección.

Se libró de los cinturones y en aquel momento se acordó de su silencioso compañero.

Morrison colgaba semi consciente en su asiento, sostenido únicamente por los cinturones. No había logrado cerrar su casco. Tosía y volvía lentamente en sí, empezando a respirar con cierta regularidad. Pero evidentemente no estaba bien.

Esto complica las cosas, pensó John, preocupado por su compañero y por la vuelta. Buscó la botellita de whisky y le administró con cuidado una pequeña cantidad, evitando que el líquido sin peso se dispersara en el interior de la cabina.

Morrison volvió a toser y luego abrió los ojos. Necesitó algunos segundos para lograr reconocer a John.

–¡Ha sido horrible! –expresó con voz débil.

–¡Calma Phillip, respira, respira! Has tragado algo de humo.

–Me siento mejor ahora, pronto estaré bien.

“No resistirá otra vez todo el peso de la reducción de velocidad”, pensó John.

Los ojos de Morrison se iluminaron repentinamente y con sorpresiva fuerza apretó su brazo.

–¡Lo hemos logrado, pasamos!

–Sí, Phillip, pasamos. Ahora tenemos que pensar cómo volver. ¿Crees poder resistir una reducción de velocidad a cinco punto cero?

Morrison asintió con la cabeza mientras John le ayudaba a liberarse de los cinturones.

–Pronto estaremos con nuestra gente –murmuró–. ¡Ahora procura hacer circular tu sangre! Solamente falta un último esfuerzo. Cambiaré las pantallas y luego frenaremos, nos estamos alejando demasiado.

Trabajó en silencio hasta que la totalidad de las luces brillaban de nuevo en el tablero de control. También reemplazó la pantalla que casi había fallado.

Morrison se acercó a la ventanilla y miró por primera vez al exterior. En su rostro se reflejaron sucesivamente incredulidad, pavor y finalmente una fuerte excitación al ver la oscuridad y el baile de los tenues fantasmas de colores.

–Ahora el universo no llega más allá del casco de nuestra nave –susurró–. Nos hemos reducido a partículas en el interior de una célula.

John asintió con impaciencia, seguían alejándose más y más de la gran nave. Obligó a su compañero a sentarse, inspeccionó su traje y ajustó sus cinturones. Entonces advirtió que fuera de los dos cilindros de oxígeno en la parte trasera de sus asientos disponían solamente de uno de reserva. Empezó a maldecir en voz baja y se volvió hacia Morrison:

–Si sucede algo, debes llevar este cilindro contigo. ¡Nuestras vidas dependen de él!

–Entiendo, John –murmuró el otro.

Enseguida revisó el resto de los equipos. Comprobó la existencia de un radiotransmisor portátil y de una fuerte linterna de señalización intermitente en el interior de una bolsa de emergencia. En el caso de que algo sucediera, dispondrían entre los dos de cinco cilindros de oxígeno.

–Aquí vamos por última vez –dijo, mientras se aseguraba con los cinturones. Después activó los propulsores y escudriñó la oscuridad exterior a través del visor óptico. Advirtió con alivio que aún se divisaba la mancha visual en el espacio, lo que le permitió virar la nave con precisión en 180°.

Entonces se inició la pesadilla de la reducción de velocidad. Habían transcurrido uno, dos minutos cuando las primeras pantallas comenzaron a fallar. En rápida sucesión se apagaban hileras de luces verdes en el tablero y la cabina se volvió a llenar de humo. Súbitamente falló el grupo azul de la segunda protección y la muerte arañaba el casco del Explorer desde el exterior. No había tiempo para sentir miedo y ambos hombres se preparaban con frialdad a morir. John decidió aumentar la potencia a ocho punto cero, pensando angustiado

que su acción mataría tal vez a Morrison. Entonces vio con alivio que el ritmo de fallas decrecía encima del tablero. Estaban volviendo.

Cuando sintió la primera esperanza de seguir con vida, advirtió espantado como una solitaria luz roja iniciaba el baile de la muerte y de pronto se apagó. Se asomaba la primera estrella en el exterior y tenían que haber pasado, pero algo incomprensible estaba sucediendo. Disminuyó la potencia a cuatro punto cero y apretando los dientes, esperó.

—¡John! —gritó repentinamente Morrison a través del emisor de su casco.

—¡La nave se parece estar incendiando a un costado!

—¿Cómo te sientes, Phillip?

—Resistí bien, no fue tan duro esta vez.

—¡No te olvides del oxígeno, a lo mejor tenemos que abandonar la nave!

Afuera se desvanecían los fantasmas ultravioletas e infrarrojos y vieron emocionados como volvían a aparecer las estrellas. Transcurrió otro minuto y el indicador del contador de radiación interior comenzaba a avanzar y en el rostro de John se reflejaban una intermitente luz roja de emergencia. Se volvió en su asiento y advirtió la aparición de una diminuta mancha incandescente al costado derecho de la cabina.

Ahora contaba cada segundo de reducción de velocidad, de otro modo sería difícil recogerlos en el espacio.

—¡Corta la calefacción, Phillip!

—Ya lo hice —replicó Morrison.

Súbitamente la radio empezó a dar señales de vida.

—¡Explorer llamando, Explorer llamando! ¿Nos escuchan? —gritó John.

—¡Adelante Explorer! —respondió una débil voz.

—Todo ha salido casi bien —informó John apresuradamente—. ¿Me escuchan?

—Te escuchamos, John.

—Hay que pasar la barrera a ocho punto cero en ambos sentidos. ¿Tienen nuestra posición?

—Sí, la tenemos. ¿Qué sucede? —preguntó la voz de Cooper.

En aquel instante sintieron un fuerte silbido en el interior de la cabina.

—Perdimos la presión —informó Morrison con tranquilidad—. La mancha se está extendiendo.

—¡Quieren decirme qué diablos está sucediendo con ustedes! —insistió Cooper por radio.

—Henry, tenemos que abandonar la nave rápidamente. Algo está comiendo el casco como un cáncer y nos estamos incendiando. Perdimos la presión, los instrumentos se volvieron locos y la radiación aumenta cada vez más.

John examinó rápidamente el control y advirtió que el indicador marcaba en rojo. Ya no disponían de más tiempo.

—¡Ahora saldremos! —informó decididamente—. ¿Cuánto demorarás en recogerlos?

—Están muy lejos, tal vez 3 horas —dijo Cooper.

—¡Encontrarás dos cadáveres, Henry! Disponemos de oxígeno para 2 horas.

—¡Entonces iré a buscarte, John! ¡Tranquilo, saldré en el Explorer II dentro de tres minutos!

John disminuyó la potencia al mínimo, viró la nave y se deshizo de sus cinturones.

Enseguida se colocó sus cilindros de oxígeno y abrió sin dificultades la escotilla. Vio a su compañero acercarse flotando. Lo tomó del brazo y con un fuerte impulso salieron al exterior. Se unió a él asegurando los cierres de un delgado cable y después hizo lo mismo con el cilindro de reserva.

—¡Phillip!

—Sí, John, te escucho.

—¡Ahora seguirás mis ordenes o moriremos! Tenemos poco oxígeno. Debes respirar ahorrando al máximo. El cilindro de reserva

es para ti porque soy más apto para sobrevivir que tú. Si pierdo el conocimiento debes mantener la calma. He pasado pruebas y resisto 45 minutos con un mínimo.

—Entendido, compañero —susurró Morrison.

Ambos hombres giraban lentamente en el vacío y a su alrededor bailaban las estrellas. De la nave quedaba solamente un débil resplandor a la distancia y transcurrida la primera hora, la vieron morir en una explosión de luz. John reemplazó el primer cilindro vacío de su compañero, lo que le garantizaba sobrevivir por casi dos horas más. A él le quedaba aún el 10% del primero.

—¡Silencio, silencio y fría soledad!

Ahora soñaba. Respiraba con lentitud y luchaba para seguir viviendo. Todo lo demás había dejado de existir. ¡Respirar lentamente, lentamente! Súbitamente sintió como se ahogaba y abrió con un esfuerzo la válvula de su reserva.

—Ahora debes cuidar de mí, Phillip —murmuró—. ¡Vigila el paso de mi oxígeno, tiene que pasar poco, muy poco! Es tiempo de emitir la señal de emergencia y tratar de establecer contacto con el Explorer II. Dormiré ahora.

—Confía en mí, John. No fallaré —sintió la lejana voz de Morrison.

Entonces cerró los ojos y volvió a soñar. Creyó ver por un instante el rostro del viejo Schulz, tratando de decirle algo, pero no entendía sus palabras.

¡Silencio! ¡Soledad!

Suspiró. Soñaba que caminaba con Ruth por un oscuro sendero en medio de un hermoso bosque cuyos árboles no tenían nombre. Sonreía. Prestó atención cuando escuchó susurrar el viento y enseguida advirtió en un horrible instante de lucidez que era su propia respiración.

—Ven conmigo —murmuró más tarde—, quiero seguir caminando.

Luego las imágenes se hicieron borrosas y perdió el conocimiento.

Quedaban Morrison y el silencio.

3

John creyó despertar en la noche y a su alrededor se movían sombras difusas. Percibió atormentado como se acercaban y lo contemplaban en silencio.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? —susurró con voz sin sonido.

Enseguida se olvidó de ellas y cerró los ojos.

—¡Las luces se apagan! —dijo lentamente con terrible calma—. ¡El cinco fuera, el cuatro y el treinta y uno! ¡Todas las luces se apagan!

Calló al sentir un sollozo en la oscuridad. Comenzó a escuchar con atención e intentó incorporarse, pero manos invisibles lo mantuvieron en su lugar con suave firmeza.

—¡Tú estás ahí! —dijo—. ¡Sé que estás ahí! Vuelvo a escuchar el viento. ¡No te quedes atrás!

Una mano lo tocó y las pesadillas comenzaron a retirarse. Sintió un instante de paz y empezó a respirar con regularidad.

—Las células del cerebro no han sufrido daños —dijo alguien—. ¡Retiren los equipos! Lo peor ha pasado y pronto despertará.

—¡Respira, John, respira! —rogó la sombra más cercana—. ¡Estoy a tu lado y te cuidaré!

John sonrió.

Más tarde despertó y supo sin abrir los ojos que las pesadillas se habían ido. Sintió correr agua y el contacto con aire puro que venía de alguna parte. Debe ser otro sueño, pensó, un hermoso sueño.

—¿Estas aún ahí, Ruth? —susurró sin moverse.

—Estoy contigo —contestó ella casi llorando—. Por fin volviste. Estabas tan lejos, tan lejos. Casi te habías ido.

El abrió los ojos y vio los contornos borrosos del pálido y querido rostro de ella.

—La próxima vez otros tendrán que salir —dijo ella en voz baja—. Ya hiciste lo que tenías que hacer.

John volvió a cerrar los ojos y buscó su mano.

—Tuve miedo esta vez. Nunca lo he sentido tan fuerte. No quería morir sin ver el final del camino. ¿Cómo está Morrison?

—Se encuentra bien y ya anda por la nave, pero los médicos

no permitirán que vuelva a salir en un vehículo sin estabilizadores de gravedad interior. Él tiene el corazón de un hombre normal y no una resistencia de burro como tú. Escuchamos todo lo que hablaron, nunca desconectaste la radio. Cooper me juró con tus propias palabras que cumplirá la próxima misión peligrosa. Me dijo: Lo que es bueno para él, también lo es para mí.

Lo besó con suavidad y contempló su rostro con ternura. Después se levantó y empezó a correr su cama.

—¡Mira, John! —exclamó feliz como una niña—. ¡Abre bien tus ojos!

Por una ventana abierta distinguió en el exterior grandes plantas de anchas hojas y las finas ramas de pequeños árboles que impedían ver el techo, dos niveles más arriba. Divisaba una pequeña fuente, rodeada de césped y flores. Escuchaba su suave murmullo, sin pensar que esta belleza era funcional y decisiva dentro del complejo sistema de purificación del agua y aire de la nave.

—Qué hermoso —dijo—. Heinemann es un genio.

Vio como varios hombres quitaban sostenes debajo de las ramas y los llevaban desarmados a alguna parte.

—¿Qué hacen? —preguntó extrañado—. La aceleración destrozará este jardín.

—Pasamos hace dos días la velocidad de la luz. Ahora no existe nada en el exterior. Nada a lo que se pueda dar un nombre.

Ella limpió cuidadosamente su cara y arregló la cama. Luego lo besó en la frente y de pronto comenzó a llorar en silencio.

John, sintiendo volver sus fuerzas, acarició su cabello sin hablar esperando a que el llanto cesara. Se incorporó y ambos miraron muy quietos la paz entre las verdes hojas.

—Cassandra te cuidó día y noche sin decir palabra. Fue muy duro para ella.

John sonrió con cierta tristeza y no respondió. Afuera en el jardín alguien apagaba las luces. Solamente quedó prendido un solitario foco.

Venía la noche de la nave.

CAPÍTULO QUINTO

1

Avanzando en la oscuridad aislado del universo, el pequeño grupo humano soportó los interminables meses de aceleración sin temores o incidentes serios, en una estrecha unión dentro del limitado mundo de la nave estelar.

Un día se encendieron luces rojas en el panel de la computadora de vuelo, coincidiendo aquel momento con los cálculos previos de los navegantes. Cooper silenció entonces temporalmente los poderosos propulsores y valiéndose de los instrumentos, viró la nave en 180°.

Con aquella maniobra se había iniciado la etapa de la reducción de velocidad y las secretas esperanzas de la tripulación aumentaron peligrosamente.

Un día, John advirtió a Ruth:

–Veo demasiada ansiedad en los rostros de la gente.

–Nos sentimos impotentes para actuar –respondió ella preocupada–. Incluso nosotros, los psicólogos, somos víctimas de un exagerado optimismo. Necesitamos algo para mantenernos sanos. La gente atraviesa ahora un período difícil, recordando las cosas buenas de la Tierra. Intentan construir con estas imágenes un nuevo futuro.

–Las cosas buenas de la Tierra eran imágenes –expresó John.

–Ellos piensan en cosas sencillas, amigos, lugares y noches como aquella cuando te encontré solo en la lluvia. ¡No somos astronautas como tú! Te veo tranquilo y completamente feliz. Pero a veces, cuando estás cerca de mí, advierto que tú también sueñas y que tu mente se va lejos.

–Te incluyo en mis sueños –respondió él suavemente–. Pero en este momento sé que vamos a penetrar a un mundo desconocido, tal vez hostil, pero siempre maravilloso. Por ahora no puedo permitirme soñar, sin pensar en una posible realidad. Tengo, sin embargo, la certeza de que hallaremos el lugar que buscamos, aún en el caso de que nos falle todo en nuestra primera exploración. No es momento de profundizar. Explicaré lo que pienso cuando las circunstancias lo exijan.

2

Un día emergieron de la oscuridad y los hombres, con sus pálidos rostros cerca de las ventanillas, observaron en silencio como en el exterior aparecían lentamente las estrellas.

–Estamos ligeramente fuera de rumbo –señaló John, con una mirada hacia el capitán–. Las constelaciones no se encuentran en su posición correcta. Antes de que se desvanezca la mancha visual del frente, veremos a Alfa Centauro a nuestra derecha.

–Ya no importa –expresó Cooper tranquilamente–. Perderemos uno o dos meses a causa de los instrumentos, pero hemos tenido un buen viaje.

La nave flotaba en el espacio con los propulsores inactivos y en el exterior brillaban los dos soles de Alfa Centauro. Muy lejos entre las estrellas, fulguraba el tercer sol como una manzana roja.

En la sala de comunicaciones habían captado varias radioemisiones durante los últimos días, pero se internaban lentamente a un sistema solar desconocido y John solamente se había preocupado por momentos de sus características y de la información de los científicos acerca de su procedencia. Sin embargo ya se había formado una opinión sobre su significado.

Atraídos por su fuerza gravitacional, penetraban lentamente a la ecosfera del sol mayor y en la sección científica buscaban ansiosamente un planeta. ¡Fue Davy quien lo encontró!

–Tenemos un planeta a la vista y se acerca desde arriba aproximadamente en nuestra dirección – sintieron su emocionada voz por el intercomunicador.

Simultáneamente se escuchó el zumbido intermitente de una llamada desde la sala de comunicaciones. John oprimió distraído una tecla y sintió la excitada voz de Jenny:

–John, no he querido interrumpir, porque estoy enterada de que están vueltos locos allá abajo, pero durante los últimos cinco minutos hemos estado flotando dentro de una señal.

–Es horrible, casi no puedo resistir sus vibraciones.

–Baja el volumen y clasifícala con las otras –recomendó él con impaciencia. Estaba apurado, porque Cooper estaba a punto de dar órdenes.

–Escúchame hombre –insistió ella irrespetuosamente–. No te enfades conmigo si estoy en un error. He estado alternando los sectores de la antena y todo indica que la señal va dirigida a este sistema.

–¿Cómo? –exclamó John, súbitamente atento–. ¿Estás segura?

–Casi segura –respondió ella–. La señal tiene una clave distinta a todas las demás, con puntuaciones 2 – 2 y luego una raya.

Él comenzó a reflexionar y sus facciones adquirieron una expresión sombría.

–Gracias, Jenny –dijo–. Subiré apenas pueda y examinaré todas las emisiones captadas hasta ahora.

Enseguida cortó la comunicación.

–¿Qué sucede? –preguntó Cooper escrutando su rostro–. ¿Por qué estás tan nervioso?

–Por varias razones. Prefiero no hablar en este momento. Nos acercamos a un planeta y arriba ya deben haber iniciado los exámenes espectroscópicos.

–¡Quiero saber lo que sucede! –insistió Cooper.

–De acuerdo –dijo John, fijando su mirada en él–. Ahora creo saber lo que significan las señales. Al terminar nuestra primera exploración, romperé la clave.

El capitán guardó silencio y esperó.

–Las radioemisiones proceden de un sol situado a 24 años luz de distancia. No figura en nuestros catálogos porque su luz, observando desde la Tierra, se confunde con otra estrella.

–¿Y qué más?

–He llegado a la conclusión de que las señales son caminos estelares. Rutas que una nave interestelar puede seguir con ayuda de instrumentos adecuados en el aislamiento total de la supervelocidad.

Cooper empezaba a asentir con la cabeza a medida que John explicaba.

–Todo parece lógico –dijo finalmente–. Aquella civilización, o lo que sea debe conocer la ubicación exacta de todos los planetas habitados y habitables de este sector de la galaxia.

–Jenny me acaba de informar acerca de una emisión dirigida a Alfa Centauro.

Cooper silbó entre dientes y su cara se iluminó:

–¿Entonces supones que hay vida en uno de los planetas de este sistema?

–Si las señales tienen algún sentido, debe ser diferente a todo lo que conocemos.

–Distintas señales pueden significar distintos planetas y nada más.

–Es lo que pensaba hasta ahora –expresó John–, pero este 2 – 2 raya, característica de la emisión dirigida hacia acá, parece destruir tal teoría. Con los datos reunidos hasta el momento y con aquellos que

recogeremos en este sistema, comprenderemos su significado. Si todas nuestras esperanzas mueren, nos permitirá buscar un planeta habitable o habitado semejante a la tierra, cuya clave se inicie con 3 – 1.

Cooper sonrió:

–Todo lo que acabas de afirmar ha sido positivo y me hace sentir mejor. En este sistema debe haber un planeta lo suficientemente importante para que justifique la presencia de una ruta hacia él.

Sintieron nuevamente la voz de Davy por el intercomunicador:

–Hemos efectuado un primer análisis espectroscópico del planeta y los resultados indican que posee atmósfera y una enorme cantidad de agua. Recomendando acercarnos rápidamente, porque los dos soles principales del sistema se mueven uno alrededor del otro en compañía de sus respectivos planetas, lo que podría significar una larga persecución.

–Gracias, Bill –replicó Cooper–. Comenzaremos a movernos de inmediato. ¡John empieza a dar órdenes! ¡Quiero ver como lo haces!

John asintió y se volvió hacia los demás:

–¡Conrad, quiero rumbo y aceleración para interceptar su órbita!–. Miró su reloj.–¡Lo quiero dentro de media hora!

–¡James, necesito energía dentro de 25 minutos!

4

A medida que se aproximaban al planeta, comenzaron a reunir datos de observación directa y continuaron analizando su espectro de luz. Encontraron atmósfera, nubes, polos, mares y ríos. No parecía estar habitado y los datos sobre la presencia de vegetación eran aún contradictorios. Detectaron otro planeta girando alrededor del sol mayor, pero era demasiado pequeño para retener una atmósfera.

Expectantes vieron crecer día a día un diminuto punto de luz, hasta transformarse en una enorme esfera iluminada, que cubría la mitad del campo visual. Antes de entrar en órbita de lo que era el segundo planeta de Alfa Centauro A, divisaron un tercero muy cerca del sol.

Ahora flotaban con la nave silenciosa y observaban al frente extensas manchas de vegetación.

–¡Es increíblemente hermoso! –murmuró Cooper–. ¿Qué opinas, compañero?

John se acercó a la ventanilla y dirigió su mirada hacia el segundo sol, que colgaba como una pálida luna a la distancia.

–No sé qué pensar, Henry. Me sigue preocupando esta maldita señal. Por ella me es difícil compartir la alegría de los demás. ¡Quiero bajar de inmediato!

–Esta vez no –replicó Cooper moviendo su cabeza–. ¡Yo bajaré y tú darás las ordenes! Después me seguirás con la nave aunque el lugar sea inhabitable. Si los expertos lo permiten, renovaremos aire y agua.

John sonreía. En el rostro del capitán, habitualmente impasible, se reflejaba la ansiedad. Comprendía. La misión era peligrosa y el otro quería cumplir su palabra.

–¡Morrison será tu segundo si algo me sucede!

John asintió: –¡Que esperas, Henry! ¡Adelante y buena suerte, para ti y todos nosotros!

Cooper se despidió de los presentes levantando una mano y abandonó apresuradamente la sala de control. Media hora más tarde vieron como se hundía el Explorer II hacia la superficie del planeta.

CAPÍTULO SEXTO

1

La gran nave descansaba al borde de una extensa planicie, apoyada por sus soportes semejantes a las patas de una gigantesca araña. Cerca bajaba un río de tierras altas y desembocaba en un océano de tranquilas aguas verdosas.

Anocheecía.

Afuera se hundía el sol en el mar sin nombre. El segundo sol se levantaría pronto como una pequeña luna llena de intensa luminosidad. Iba a ser otra noche clara y hermosa.

John se hallaba en la sala de reuniones del nivel 45 y era en aquel momento el único que permanecía a bordo. Había buscado la soledad para examinar con calma los datos acumulados sobre las radioemisiones y

ahora comprendía su significado. La expresión de su rostro era seria, pero tranquila, cuando cerró su libro de anotaciones. Su informe estaba listo. Miró su reloj y advirtió que aún faltaba media hora para que se iniciara la reunión. Dejo vagar su mirada por las hileras de sillones vacíos. Enseguida se reclinó en su asiento, cerró los ojos y comenzó a meditar.

El planeta tenía una gravedad de 0,93 y un día de aproximadamente 21 horas. La atmósfera era algo tenue, pero muy parecida a la terrestre a unos 2.500 metros de altura. Salvo escasas especies de insectos aparentemente inofensivos, no existía vida animal en tierra firme. En su exploración por islas y continentes, Cooper había encontrado lo mismo en todas partes: Estepas de extraños arbustos, mares de hierba y flores en las zonas fértiles, tierra resquebrajada y arbustos secos en las zonas áridas. No había hallado bosques, o animales pastando en las llanuras, ni bandadas de pájaros en el cielo.

Se encontraban en un hermoso lugar lleno de paz que se parecía a una playa de descanso fuera de temporada, donde las gaviotas se habían ido misteriosamente con los últimos visitantes. ¿Pero cómo establecer una civilización en un lugar de veraneo? El hombre necesitaba diferentes condiciones de vida que las hermosas flores silvestres.

La gente se sentía feliz. Una vez comprobado que no existían

monstruos marinos ni microorganismos mortales, empezaron a jugar como niños en la arena blanca y a bañarse en las cálidas olas, sin hacer preguntas, relajándose y librándose de tensiones acumuladas en la gran cárcel de acero. Vivieron hermosos días sin pensar y noches luminosas junto al silencioso mar.

Los desconcertados científicos comenzaron sin embargo a investigar. Era un planeta lleno de enigmas. Comprobaron la existencia de una abundante y variada fauna marina, resultado de una evolución de más de mil millones de años. Los astrónomos entraron en sospecha y empezaron a observar el cielo.

John despertó de sus pensamientos cuando sintió el lejano ruido del ascensor. Advirtió con una mirada a su reloj que había llegado el momento de la reunión. La puerta de la sala se abrió y entraron Heinemann, Davy, el biólogo y ecólogo Charles Createau, Cooper, Morgan y varios hombres más, todos ellos jefes de secciones científicas. Más tarde entró Ruth y cuando sintió la mirada de John, se acercó a él y explicó:

—Quiero estar presente y enterarme de lo que sucede. Sospecho que tendré la desagradable tarea de informar a los demás.

Todos se acomodaron en silencio alrededor de una mesa redonda y de acuerdo a una sugestión de Cooper decidieron que John presidiera la reunión. Él observó los rostros de sus compañeros, quemados por el sol, y dijo:

—Comenzaremos de inmediato. Propongo que Davy dé primero su informe.

El jefe de la sección científica de astronáutica asintió. Empujó sus anotaciones a un lado, como si fueran inútiles, y observó a los demás con ojos en los cuales se notaba una profunda preocupación.

Enseguida empezó a hablar:

—Mis cálculos tienen escaso valor, porque necesitaría años de observación para disponer de datos exactos. Daré mi opinión ignorando lo que dirán geólogos, biólogos y botánicos. Al final uniremos las piezas del rompecabezas. Los astrónomos nos hemos visto frente a un problema intrincado. Nos hallamos en un sistema donde dos estrellas se mueven en forma elíptica alrededor de un centro común de gravedad y en un planeta que gira en un mismo plano con órbita elíptica alrededor de la primaria. Para nosotros es

preciso hallar la contestación a dos interrogantes: La primera, si la órbita de este planeta es estable, la segunda, si existen variaciones climáticas imprevisibles a causa de la presencia del segundo sol.

Davy guardó silencio por un instante y miró hacia John, el cual, como miembro del equipo de astrónomos, sabía lo que iba a decir. Luego prosiguió con una expresión sombría en su rostro.

—Sabemos que Centauro A y B entran en periastro aproximadamente cada cuarenta años terrestres. De acuerdo a nuestros cálculos hemos llegado a la conclusión de que la órbita de este planeta es inestable y que varía de manera imprevisible a causa de la gravitación de los dos soles, que no es nunca la misma. Suponemos que cuando ambos se encuentran en periastro y el planeta en perihelio, la radiación se eleva a niveles casi insoportables y su órbita tiende a perder excentricidad. Lo contrario sucede cuando los soles se encuentran en periastro y el planeta en afelio, entonces su órbita aumenta en excentricidad por el efecto de la acción gravitatoria de Centauro B. En resumen: En este bello planeta las estaciones y las temperaturas sufren cambios imprevisibles y su eje de rotación puede ser variable.

Davy movió su cabeza e indicó con una mueca que esto había sido todo y John fijó su mirada en Heinemann.

–Cavé en la planicie –dijo el botánico lentamente–, y encontré raíces carbonizadas a poca profundidad. Las ramas de los arbustos poseen una corteza gruesa y aún no he terminado mis investigaciones sobre su estructura. Esta madera resiste en forma increíble la acción del fuego. La tierra es fértil y apta para plantar, pero es evidente que hubo épocas de grandes incendios. Me imaginaba que se debía a una reciente actividad del sol.

Heinemann terminó su corto informe y Davy seguía moviendo su cabeza. Createau tomó la palabra.

–Hemos encontrado únicamente tres especies de insectos primitivos que habitan en grietas rocosas en la cercanía del río. La fauna marina es tan variada y abundante como la terrestre lo era en el siglo pasado, y ha tenido una larga evolución. La ausencia de vida en tierra firme es incomprensible para nosotros. Hemos cavado en busca de fósiles sin resultados positivos. Nunca en el pasado hubo vida fuera del agua.

El biólogo guardó silencio y el siguiente científico continuó. Así transcurrieron dos horas y en el exterior había llegado la brillante noche del planeta.

John se levantó al último.

–Tengo algo que decir e intentaré ser objetivo. Aquí las condiciones de vida son evidentemente superiores a cualquiera encontrada en el sistema solar, exceptuando desde luego la Tierra. Henry halló una isla alejada de la zona ecuatorial, con valles profundos, ríos y tierra rocosa cubierta por hierba y una especie distinta de arbustos. En ella tal vez sería posible establecer una extraña civilización, cuyo destino dependería de la lucha entre dos soles. Siento igual como ustedes la belleza de este lugar, pero algo me dice que en él peligra nuestra supervivencia. A continuación daré mi informe que incluye una alternativa. Mañana haremos saber a los demás el resultado final de nuestras investigaciones y enseguida votaremos entre permanecer aquí o emprender el viaje por última vez. He aquí mi informe: Ustedes ya están enterados de que una civilización a 24 años luz distante de este planeta, emite señales que no pueden ser otra cosa que rutas interestelares. Cuando inicié la tarea de interpretar su significado, comparé la emisión dirigida al sol de la Tierra con aquella que captamos en este sistema, y las condiciones existentes en ambos planetas. Me refiero a las claves 3 – 1 – 7 – 4 – 2 y 2 – 2. Llegué finalmente a la conclusión de que los primeros dos números indican en este orden, primero el tipo de planeta y luego una clasificación general de sus condiciones de vida. Pienso que el tercero se refiere al nivel de vida inteligente y aún no logro comprender el significado de los dos últimos. Creo que la ausencia de un tercer número en la clave dirigida a este planeta significa ausencia de vida inteligente y el dos al medio de la clave, malas condiciones de vida. A causa de las perturbaciones del efecto Doppler a altas velocidades hemos logrado captar solamente ocho de estas misteriosas señales y existe la posibilidad de que mis deducciones no sean acertadas.

El rostro de John adquirió una expresión ausente y siguió hablando con mayor lentitud.

–Una de las emisiones captadas en el espacio tiene algo en común con las dos claves que comparé, comienza con 3 – 1, lo que indicaría un planeta tipo Tierra y sus condiciones de vida, termina con una raya que parece indicar ausencia de vida inteligente.

Un murmullo recorrió la sala y todos empezaron a hablar simultáneamente. John esperó con paciencia hasta que se restableciera el silencio.

–Se trata de Delta Pavonis, una estrella aislada a 16 años luz de distancia. Sabemos muy poco sobre ella. Ahora depende de ustedes tomar una decisión. Si cometemos un error pereceremos, el viaje duraría casi cinco años y sería imposible volver.

–¿Si la decisión dependiera de ti, que harías? –preguntó Morgan desde atrás.

–¡Seguir! –contestó John en voz baja.

2

Al día siguiente los miembros de la tripulación acordaron por gran mayoría emprender el viaje por última vez, luego de un prudente período de descanso. Inmediatamente se dieron órdenes para renovar el agua y aire de la nave y se iniciaron los preparativos para la partida.

Dos noches después, un silencioso grupo se encontraba en la playa. Cincuenta metros más abajo se movía la solitaria silueta de Simmons, ingeniero jefe de mantención. Lanzaba con una larga caña desde la orilla y parecía tener éxito.

Ruth se acercó a John en la oscuridad y murmuró:

–Acabo de hablar con Simmons. Vio anoche como una pareja de jóvenes nadó mar afuera, lo que no llamó mayormente la atención. Últimamente muchas parejas han buscado la soledad. Me siento culpable. Hablé ayer temprano con la niña en presencia del muchacho, que no pronunciaba palabra. Ella esperaba un hijo y le dijimos que podía nacer.

–Simmons cree haber visto que el joven entró primero al agua –dijo Morgan.

–Es verdad –asintió Ruth–. Ella le siguió, no creo que haya querido morir. Fue a esta hora que dejaron su ropa en la orilla y entraron al mar.

Silencio. El segundo sol se levantaba en aquel instante y la noche se hizo luminosa. Muy lejos fulguraba el tercer sol entre las estrellas. Permanecieron quietos, impresionados por el ambiente de fascinante belleza extraterrestre y pensaban en la muerte de los que habían decidido permanecer en este lugar. La silueta de Simmons se destacaba, inmóvil ahora, contra el plateado mar y el lento ir y venir de las olas.

Ruth suspiró:

–Para mí también será difícil partir. En los mares de la Tierra las olas no tienen esta transparencia de jade. Tendré que acostumbrarme a la idea de miraras por última vez.

–Allá –señaló Keller desde la semi oscuridad–, no existe un sol como luna.

–Una luna hermosa –dijo alguien en voz baja.

–Un maldito sol –sentenció Heinemann y después no volvió a hablar.

John había permanecido callado. Desde atrás rodeó a Ruth con sus brazos y advirtió que tenía los ojos húmedos.

–Creo que nuestra decisión ha sido acertada –murmuró–. En esta tierra perdurarán únicamente los arbustos y las flores, el bello mar y la playa silenciosa.

3

La nave, con su enorme altura, dominaba la planicie y apuntaba al cielo lista para partir. La gente se despedía de sol y mar cada uno a su manera, algunos nadando y otros sentados en la arena, pensando en los años de encierro que les esperaban.

Ruth encontró a John tendido en la playa después de haberlo buscado por largo tiempo. Parecía estar soñando, medio despierto, medio dormido. Lo observó pensativamente y se sentó en silencio a su lado.

–Te esperaba –murmuró él con los ojos cerrados–. ¿Por qué has tardado tanto?

–Eres como un vagabundo –le regañó ella–, siempre desapareces y debo buscarte por todas partes.

Se inclinó sobre él y lo besó.

–¡John, mírame!

Había algo especial en su voz que le hizo abrir los ojos, se incorporó a medias y la contempló sin hablar. Estaba más bella que nunca, vestida de blanco. Vio en su cara que lo necesitaba.

–Ven conmigo a caminar –pidió ella. Había ansiedad en sus ojos–. Iremos a recoger flores cerca del río.

–Pareces una niña blanca y hermosa –murmuró John.

Ella sonrió.

–Por favor acompáñame, es importante para mí.

–Desde luego que iremos –la tranquilizó él–. Siempre digo sí a todo lo que me pides.

–¿Vamos entonces?

–Ahora mismo –respondió él–. En realidad soy un vagabundo. Donde me siento a descansar, ahí está mi hogar. Cuando me levanto para partir, si tú me acompañas, llevo todo lo que tengo. Soy inmensamente rico.

Caminaron lentamente a lo largo de la solitaria playa y luego treparon a una suave colina. Atravesaron una zona de arbustos mientras oscurecía. Desde terreno elevado vieron como Alfa Centauro se hundía en el mar, tiñendo agua y cielo de rojo. De pronto vino una total oscuridad y caminaron como sombras entre la hierba.

—Enseguida saldrá la luna —dijo Ruth. John oprimió su mano y sonrió.

A sus espaldas empezó a salir el segundo sol y la noche se iluminó con brillante hermosura. Las flores silvestres se abrieron nuevamente y comenzaron a mirar hacia la creciente claridad. Contemplaron sin hablar el paraje nocturno y la llanura inundada por un misterioso resplandor.

De repente John se detuvo y escudriñó las sombras: —Siento algo que no logro explicar —susurró.

—No hay nada ni nadie más por aquí que nosotros, no seas tonto. Ven, quiero recordar para siempre esta noche. No la echas a perder.

Ruth levantó sus ojos al cielo.

—Mira hacia allá, John. Mira.

—Es el sol de la Tierra —explicó él—, después de Próxima Centauro la estrella más brillante en el cielo. Encima puedes ver la constelación de Cassiopea.

Desde el fondo de la llanura empezó a soplar una cálida brisa buscando la frescura del mar y el aire se llenó de susurros, no muy lejos percibían el ruido del río.

Ruth soltó la mano de John y comenzó a correr y saltar como una niña entre la hierba, recogiendo flores. Reía.

John aún creía escuchar extrañas voces en la oscuridad, que le impedían compartir la alegría del instante. Hubiese deseado volver.

—¡Ven, ven acá! —lo llamó ella—. ¡Acércate, John!

La encontró sentada juntando un collar de flores.

—Uno es para ti y haré otro para mí —dijo—. Siéntate a mi lado y seca tu camisa. No hace frío.

Él obedeció en silencio y ella le colocó las flores. Luego se despojó de su blusa mostrando el esplendor de sus hombros y senos. Hicieron el amor entre la hierba y después se tendieron de espaldas sin hablar. John sintió repentinamente un escalofrío, cuando torturantes pensamientos volvían a acudir a su mente. Esta bella quietud, pensó angustiado, es como una sala de espera, la llanura y todo el planeta se parecen a un jardín de la muerte. La angustia se hizo más y más fuerte dentro de él y lo obligó a incorporarse. Acarició los hombros de Ruth y en contra de su voluntad, murmuró: —Tú y yo somos lo único vivo en este paraje, todo lo demás está muerto. En mi interior crece algo espantoso. Quiero volver. Mañana partiremos en busca de la herencia

de nuestros hijos. Entonces volveremos a caminar por campos de flores, espantaremos pájaros a nuestro paso, cantarán los grillos y escucharemos el ruido de los bosques.

Ella lo contempló con expresión desconcertada y con cierta actitud profesional. Movía su cabeza preocupada.

—Es increíble —manifestó—. Tendrás que volver al horrible espacio para transformarte en un ser normal.

John vio repentinamente una diminuta mancha oscura en su hombro.

—Tienes una herida —dijo—. ¿Te la hice yo?

—No —rió ella—. No has sido tan rudo conmigo. Me picó un pequeño bicho mientras recogía flores. Como precaución hice sangrar la picadura.

Él besó su hombro y sonrió.

—¡Vamos! —ordenó Ruth, observándolo con repentina seriedad. Nunca le había visto perder la calma.

—Iremos a la playa y allí te ayudaré a espantar los fantasmas que te atormentan.

Horas más tarde volvieron a la nave. Ruth se detuvo en medio de la escalera y desde ahí observó por última vez el silencioso mar. Después entró, seguida por John, por la oscura abertura en la cola.

Alfa Centauro no era más que un pequeño sol amarillo en el espacio y la nave aceleraba rumbo a Delta Pavonis. La rutina había sido restablecida en la sala de control y John permanecía horas en el último nivel frente a los receptores, escuchando la invariable señal 3 – 1 – –, que captaban a intervalos regulares con su clave invertida.

Aquel día eran las 10 P.M, tiempo de la nave, cuando decidió bajar para juntarse con Ruth. Pero advirtió extrañado que ella no estaba en el camarote que ambos compartían. Siempre lo esperaba leyendo y enseguida iban a cenar. Encima de una mesita metálica halló una breve nota:

“Querido John.

*Regresé temprano de mi trabajo y me siento
algo mareada. Iré a Enfermería a ver a Cassandra.
Ven a buscarme abajo.*

Ruth”

La nota debió haber sido escrita hacía horas. Preocupado, bajó apresuradamente al nivel treinta y tres. Allí comenzó a discutir con una hermética enfermera. Cristie, el jefe médico, lo tomó del brazo y lo introdujo a su pequeña oficina. Su cara tenía una expresión seria.

–Ruth aún está aquí –dijo–. Antes que la veas, tengo que hablar contigo.

–¿Qué sucede? –inquirió John, súbitamente alarmado. El médico no logró resistir su mirada y bajo la cabeza.

–Ella no está bien –explicó nerviosamente–. Acabamos de efectuar los primeros exámenes y hemos comprobado que algo sucede con su sangre. La causa es la picadura de un maldito insecto. Trabajaremos día y noche en el laboratorio hasta hallar un medio para detener la infección.

John se puso pálido. Recordó aquella última noche en la llanura y la diminuta mancha en el hombro desnudo de ella.

–¿Dónde está? ¡Quiero verla, ahora!

–Habitación ocho al fondo –indicó Cristie en voz baja–. Cassandra la acompaña.

Ruth sonrió débilmente cuando lo vio entrar. Tenía la cara pálida y grandes ojos afiebrados. Cassandra abandonó silenciosamente el cuarto.

–Al principio pensé que estaba embarazada –explicó–. El hombro no me dolía ayer.

Él se sentó al borde de la cama y besó su mejilla.

–Una leve infección –dijo–. Pronto estarás bien.

Ella volvió a sonreír fugazmente, pero sus ojos permanecieron serios.

–No es así, John. Sé que tú lo sabes porque puedo leer en ti. Me siento cada vez más débil y ya me han hecho dos transfusiones.

–Es solamente una infección –insistió él–, ellos te curarán.

Acarició su hermoso cabello castaño.

–No es tan sencillo –advirtió ella–. Soy sicóloga y poseo algunos conocimientos básicos sobre infecciones. Los médicos se encuentran ahora frente al microscopio luchando contra el tiempo.

Lo miró con ternura y su voz comenzó a temblar.

–Pobre amor mío –prosiguió–, tú me has querido demasiado.

–No hables así –la riñó con suavidad–. En dos días más caminarás por la nave.

Ruth no parecía oírlo.

–¿John, crees que hay algo más en mí que arcilla?

–Mucho más, y es lo que amo en ti.

Ella respiró aliviada y fijó sus ojos afiebrados en él. De pronto adquirieron una expresión terriblemente seria.

–¡Quiero que me hagas una promesa! ¡Debes prometerme algo!

–Cualquier promesa –murmuró él, angustiado y desconcertado.

–¡Algún día quiero volver! ¡No permitas que me abandonen en el espacio! No soporto la idea de flotar eternidades en el vacío. ¡No permitas que lo hagan!

–¡Nadie te hará esto! –aseguró él con una expresión gris en el rostro–. ¡Tú irás conmigo donde yo vaya! ¡Te lo prometo!

Ruth cerró los ojos, tranquilizada.

–Si algo me sucede, no permitas que tu alma se transforme en hielo. Debes tomar otra mujer.

John guardó silencio sin saber qué decir. Lo que sucedía le parecía irreal y su mente aún no lograba aceptar que Ruth se hallaba en peligro.

–Perdóname por haber hablado así, pero solamente te tengo a ti.

Abrió los ojos y se veía aún hermosa. Lo miraba ahora intentando ser valiente.

–Me siento mejor –aseguró–. Quédate conmigo. Debes quererme aunque me ponga fea y hable cosas sin sentido.

John tocó su frente afiebrada.

–Eres una paciente y no estás en condiciones de dar diagnósticos. Tienes algo de fiebre y no morirás a causa de una picadura.

–No es por esto que estoy asustada –contestó Ruth, repentinamente serena–. Es por tus extraños e incomprensibles presentimientos. Donde yo vi la felicidad, tú intuías la presencia de la muerte. Si algún día sientes lo mismo, vuelve tus pasos hacia atrás.

Lo contempló nuevamente con ternura y murmuró –¡Qué furiosa estaba contigo!

–Eras feliz, Ruth.

–¿Me encuentras bonita aún?

–Tú sabes leer en mí, la respuesta está en mis ojos.

Se inclinó sobre ella y la besó con suavidad. Después sintieron un ruido en la puerta y Cassandra estaba de vuelta en la habitación.

–Aquí viene mi enfermera particular –observó Ruth.

Cassandra contestó su mirada lo más profesionalmente que pudo, tratando de esconder sus sentimientos.

–Un buen intento, hemos ensayado juntas esas poses.

–Si ya tienes ánimo para iniciar una pelea, debes sentirte mejor. Ahora viene otra transfusión, luego te haré dormir. ¡Tienes que salir, John!

–Permaneceré aquí –contestó él con cierta rudeza.

–Muy bien, pero apártate del camino.

Cuando todo había terminado, Ruth lo llamó con voz débil:

–Apresúrate, John. Acércate antes que me quede dormida.

Él la besó y permaneció a su lado en silencio. Ella dijo

entonces algunas palabras ininteligibles y enseguida empezó a respirar con regularidad. Durante las 24 horas siguientes lo reconoció solamente por un instante y en la mañana del tercer día él estaba cerca cuando dejó de respirar.

Entonces se volvió hacia Cassandra, que estaba presente. Demoró en poder articular algunas palabras en voz ronca.

–Ahora necesito hablar con Cooper y Morgan.

–De acuerdo, John –contestó ella con suavidad–. Iremos a buscarlos.

–No saldré de aquí. No permitiré que nadie la toque hasta que ellos no hayan venido.

–Está bien –contestó Cassandra con labios temblorosos–. Iré y los traeré.

John pareció haber olvidado su presencia. Se acercó a la cama y contempló la inmóvil figura de Ruth. Tuvo que inclinarse para apartar un mechón de cabello caído sobre su frente. Nuevamente se veía hermosa, las manchas en su piel habían desaparecido. Despertó de sus confusos pensamientos cuando Cooper lo tomó del brazo. Morgan venía con él. Entonces se apartó de la cama y dio unos pasos vacilantes por la habitación. Permaneció largo tiempo dando las espaldas a sus compañeros. Después se volvió con lentitud. Había una expresión inalterable en su rostro.

–Le hice una promesa –explicó con terrible calma.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Morgan, confundido.

–¡No permitiré que la expulsen al exterior, la llevaremos con nosotros!

–¿Sabes lo que pides? –dijo Morgan en voz baja–. Te volverás loco, sabiéndola en el hielo algunos niveles más abajo.

–Su cuerpo flotaría eternidades en el vacío –murmuró John–. Ella reclamó el sagrado derecho de ser enterrada donde hay vida.

Morgan cambió una mirada con Cooper. El capitán se había puesto pálido y tenía los dientes apretados.

–¡La llevaremos! –dijo–. ¡Encontraremos un lugar para ella!

–Yo me encargaré –prometió Morgan, espantado.

John escrutó el rostro de sus compañeros.

–¡No me pueden fallar, no en algo como esto!

La voz de Cooper sonaba ronca:

–¡Nadie te fallará, John, puedes confiar en nosotros!

–Él tiene que comer algo y dormir –dijo Cassandra desde atrás–. Hace más de dos días que no abandona este cuarto.

–Ahora déjenme solo –dijo John –. Aún no me he despedido de ella.

5

Los días siguientes fueron como una pesadilla para él. Más de una vez comenzaba a bajar peldaño por peldaño la escalera exterior acercándose cada vez más a los congeladores, pero en la cercanía de los niveles inferiores lograba vencer esta horrible compulsión y retrocedía sin ser visto.

Constantemente le atormentaba la imagen de Ruth, recordando el momento cuando dejó de respirar. Se encontraban en el encierro absoluto de una nave y se preguntaba adonde había ido el misterioso hálito que la abandonó al morir. Aún la veía feliz corriendo de flor en flor aquella última noche luminosa. Su ser, su felicidad, su amor hacia él y todas las cosas, tenía que haber sido más, mucho más que efectos o impulsos originados por la electricidad química del cerebro. Supo entonces que jamás descifraría el impenetrable enigma que planteaba la muerte, menos aún, si era tan difícil entender a la vida.

Sentía fuertemente su presencia cuando entraba a su solitario camarote. Cada objeto era un doloroso recuerdo. El olor de ella aún quedaba en sus ropas y en su cama vacía.

El día después de su muerte se presentó como de costumbre en la sala de control. Respondía cuando se le preguntaba algo, pero jamás se dirigía a alguien excepto para dar una orden. Cassandra observaba su silenciosa lucha sintiéndose impotente para intervenir. Sabía que habría sido rechazada aun como amiga.

Así pasaron muchos meses y un día el dolor se había ido, dejándole solamente una sensación de gris soledad. Por entonces la tensión a bordo iba creciendo, sin que John, en su ensimismamiento, se percatara de ello. Habían transcurrido más de 16 largos meses de aceleración y las esperanzas en el futuro se debilitaban. Seguían una huella en el espacio hacia el otro lado de una insondable oscuridad, donde les esperaba un destino incierto. Pero un día todo cambió.

John leía en la soledad de la espaciosa biblioteca, cuando sintió un lejano timbre de alarma, que cesó casi de inmediato. Llamó a la sala de control y preguntó a Cooper que sucedía.

—Al parecer ha sido una falsa alarma —explicó el capitán—. Se quemaron inesperadamente dos pantallas de protección y como medida de precaución llamé a los tres turnos de mantención a sus puestos. Ahora todo está tranquilo.

—Pero es extraño —dijo John pensativamente—. Si algo sucede avísame. Permaneceré aquí en la biblioteca.

Distraído, apenas alcanzó a hojear algunas páginas de su libro, cuando sonó la alarma general. Simultáneamente sintió llamar el teléfono. Era Cooper.

—¡John, sube inmediatamente! La luces en el tablero de control se apagan en series. No tengo idea lo que sucede.

John reflexionó por un instante.

—Tenemos que estar en medio de algo. Puede ser una nube de gas o materia interestelar.

—Los instrumentos no indican nada.

—Henry, creo que debo bajar a mantención.

—Es mejor así —convino el capitán—. Estaré más tranquilo.

En mantención reinaba una enorme confusión. Los hombres iban y venían apresuradamente. Frente al gran tablero quedaba solamente Simmons, jefe de seguridad, y tres vigilantes. Observaban atentamente las luces y daban en forma continua órdenes e información acerca de los sectores afectados a través de las líneas de comunicación. El sudor les corría por la frente. Uno de los hombres atrajo la atención de John por su evidente agitación. Era joven y sus nervios iban a fallar en cualquier momento.

—Anda a tomar un café —le ordenó—, ocuparé tu puesto por algún tiempo.

El joven lo miró con la vista extraviada, sin contestar. Pero se dejó empujar a un lado y cedió su asiento.

Encima del tablero se volvían a prender lentamente las luces y Simmons respiró aliviado.

—Disponemos de un instante de paz, se han cambiado más de 700 pantallas en los últimos minutos.

—Empezará de nuevo —opinó John con una sombría mirada al frente—. ¿En qué sector se producen las fallas?

—Al frente y alrededor de los alerones.

—Esto confirma que estamos atravesando algo —señaló John, con la vista fija en las hileras de luces verdes, azules, naranjas y rojas. Brillaban en aquel instante con engañosa serenidad.

—¿Cómo andan las cosas? —inquirió súbitamente la voz de Cooper.

—Bien por el momento —respondió John—. ¿Está Morgan ahí?

—Sí, aquí a mi lado.

—Dile que quiero libres las escaleras y los ascensores. La gente debe permanecer en sus lugares. Necesitamos ayuda para transportar pantallas al nivel 40. Para este fin utilizaremos los ascensores pequeños. Un grupo de hombres debe aguardar arriba para descargar y otros 50 deben bajar inmediatamente.

—Entendido, Morgan hará una llamada por los parlantes.

—Mándame a alguien para llevar un hombre —pidió John en voz baja—. Tenemos uno a punto de estallar.

—De acuerdo —replicó Cooper y cortó.

John se volvió hacia Simmons: —¿De cuántos repuestos disponemos?

—Al empezar la emergencia teníamos 3.000 pantallas armadas y componentes para otras 25.000 —respondió el ingeniero, sin quitar la vista de las luces de control.

—Habrá que empezar a armar.

—¡Imposible! Necesitamos 24 horas para armar, probar y ajustar 1.000 de estos aparatos. Es un proceso demasiado lento. Esta situación termina en horas.

Simmons se puso pálido y levantó silenciosamente su mano. El brillante mar frente a ellos comenzaba a agitarse peligrosamente y tras un agónico bailoteo oscurecían las primeras luces. A sus espaldas sentían llegar los refuerzos mandados por Morgan.

—¡Rápido, muchachos! —ordenó el ingeniero—. ¡Saquen las cajas de la bodega y llévenlas a los ascensores!

John vigilaba el ritmo de fallas y comprendió que la situación era grave. Las pantallas del primer sistema de protección se habían quemado en seis sectores y el grupo azul empezaba a fallar. Desde arriba escucharon una desesperada voz pidiendo ayuda.

—¡Atención! —gritó Simmons—. ¡Saquen pantallas de los sectores 48, 49, 70, 72 y 74! Ahí disponen de 400 repuestos.

John se comunicó rápidamente con la sala de control.

—Henry, te recomiendo disminuir la aceleración a posición uno y bajar los propulsores direccionales a media potencia.

—¿Y qué más, John?

—La situación en el nivel 40 es infernal, dudo que los hombres puedan resistir mucho tiempo. Cuando veas fallar la primera luz del tercer grupo, debes virar la nave en 180°.

—Bien pensado, John, prepararé de inmediato la maniobra.

La cara de Simmons mostraba gran alivio y empezó a gritar órdenes por un intercomunicador.

—¡Que baje Feldmann con veinte hombres al nivel uno! ¡Rápido! ¡Saquen repuestos de los sectores 12 al 30! Disponen de cuatro minutos antes que el capitán invierta la posición de la nave.

Cambió una mirada con John.

—Así ganaremos 10 minutos de tiempo y 10 minutos de vida.

Ambos mantenían sus ojos en el tablero donde en los sectores afectados, oscurecían la últimas luces del segundo sistema de protección.

—He tomado el tiempo —explicó John—. La tercera protección en los sectores 114 y 116, de acuerdo al actual ritmo de fallas, quedará fuera de acción durante los próximos tres minutos.

Ahora sentían como la muerte penetraba silenciosamente al interior de la nave. Los hombres intuían su presencia, mientras amontonaban chatarra en los rincones de la sala. En el aire flotaba un acre olor a aislamiento quemado.

—¡Dejen las pantallas inutilizadas en los corredores, tírenlos en cualquier parte de las escaleras! —aulló Simmons—. ¡Nos estamos ahogando en basura!

Sintieron una oleada de gravedad, señal de que la aceleración había sido reemplazada por los estabilizadores. Simultáneamente advirtieron espantados que oscurecían sectores completos de luces naranjas, como apagadas por un viento maligno. Percibieron el estridente sonar de un timbre de alarma. Una pantalla, una sola pantalla defectuosa entre miles, pensó John con frialdad, y la nave estallará en un infierno de iones.

De pronto se apagaron las luces y la sala quedó a oscuras.

—Los malditos estabilizadores —murmuró Simmons y enseguida llamó a la central de energía.

Las luces se prendieron de nuevo y sintieron la voz impasible de Bates.

—Tranquilo, muchachos, el primer circuito de emergencia funciona normalmente.

Fue entonces cuando John advirtió que el joven a su lado perdía los nervios. Lo alcanzó a tomar del brazo para impedir que se abalanzara contra la pared iluminada. Aullaba de terror. Forcejeaba con él en posición incómoda mientras Simmons, ajeno al incidente, suministraba datos y daba órdenes como un robot hacia las zonas de emergencia. Entonces percibió el ruido seco de un golpe y el joven se deslizó lentamente entre sus manos. Al volverse vio a uno de los hombres junto a la figura inanimada en el suelo.

—Tal vez le pegué muy fuerte —murmuró—. Espero no haberlo matado.

—Resolviste el problema —dijo John—. Vuelve a tu trabajo.

El otro le observaba indeciso mientras recogía su caja.

—¿Te encuentras bien? —inquirió John.

—Estoy bien —respondió el hombre—, no he perdido los nervios. Pero me arrepiento de haberlo golpeado.

—Esta noche vaciaremos una botella de whisky entre los dos —dijo John en tono tranquilizador.

—Dos botellas entre los tres —intervino Simmons—. ¡Si aún estamos vivos!

Sintieron la voz de Cooper desde arriba.

–Comenzaré a reducir la velocidad con potencia 4 punto 0. Intentaré abrírnos paso con el calor de los propulsores a través de esta condenada cosa que nos rodea.

–Excelente idea, Henry. Veremos si disminuye el ritmo de fallas.

En aquel instante aparecieron los dos hombres mandados por Morgan.

–Bajamos un tramo por la escalera y luego tomamos el ascensor de carga –se disculpó uno de ellos–.

¿A quien tenemos que llevar?

John indicó hacia atrás, sin mirar el cuerpo retorcido en el piso.

–¡Sáquenlo rápido de aquí y vean qué pueden hacer por él!

–Las luces han dejado de bailar –dijo Simmons con voz ronca–, parece que nos acercamos a otro momento de calma. Utilizaremos el respiro para acumular repuestos en los sectores afectados.

John asintió con un movimiento de cabeza. Las fallas continuaban, pero el ritmo decrecía minuto a minuto.

Al cabo de cuatro horas de lucha permanecieron aún largo tiempo vigilando, hasta percatarse de que las luces brillaban con serenidad. Reinaba un gran silencio en la nave y poco a poco desaparecía el desagradable olor a aislante quemado, que se había filtrado a todos los niveles.

–Estoy demasiado agotado para sentirme aliviado –se quejó Simmons, cuando tenían la certeza de que la emergencia había llegado a su fin–. Si logro poner pie sobre un planeta que no sea más helado que Alaska o más caluroso que el Valle de la Muerte, me quedaré y nadie volverá a hacerme subir a una nave espacial.

En la puerta apareció Feldmann tosiendo, apenas conseguía sostenerse en pie. Examinó las decenas de miles de luces a lo largo de la pared con sus ojos enrojecidos, moviendo la cabeza con incredulidad.

–Fue horrible –dijo–. Deben haber quedado fuera de acción cerca del 10% de las pantallas.

–¿Cómo se encuentra tu gente? –inquirió Simmons.

–Mandé a la mayoría a sus camarotes, seis están en enfermería y dejé una guardia en el nivel 40. Ahora deben estar tendidos encima de las plataformas.

–Les haré llevar café y algo de comer –prometió John.

–¡Escuchen! –dijo Feldmann de repente–. ¡Escuchen!

Sentían crecer un lejano ruido hasta transformarse en los fragmentos de una canción.

–La gente grita, baila y canta en los corredores, es lo mismo en todos los niveles.

–Dentro de ocho meses habrá pasado lo peor –comentó John, emocionado por el lejano canto–, entonces empezaremos a reducir la velocidad.

Fue algunas horas más tarde, en compañía de amigos y de algunos vasos de whisky, cuando soñó por primera vez en mucho tiempo en un sendero inundado de luz y sombras entre extraños árboles, que aún pensaba recorrer.

Cerca de medianoche, tiempo de la nave, bajó a uno de los comedores. Quedaba poca gente que ya se iba. Retiró su bandeja del mesón de servicio y luego empezó a devorar la comida como un lobo hambriento.

–Tendrás problemas si siempre comes así.

Levantó la cabeza y vio sorprendido que Cassandra se hallaba a su lado. Tenía la cara algo pálida, pero su cercanía le causó el mismo impacto como aquel día cuando la conoció.

–Es curioso –explicó–. Hace meses que no sentía hambre. Siéntate conmigo.

–Ya me iba –dijo ella.

–¿Tienes algo que hacer?

–Nada excepto dormir. Ha sido un día pesado para todos. Tuve que atender a un muchacho inconsciente y varios casos de asfixia.

John titubeó sin dejar de mirarla.

–Me gustaría que te quedaras, quiero hablar contigo.

–Esta bien. Termina de comer, te esperaré.

Parecía confundida. Lo contemplaba pensativamente mientras comía y conversaban de cosas triviales. Se veía agotado. Cuando terminó, la miró con cierta timidez y preguntó:

–¿Te parece bien bajar a los jardines? Aún tengo los pulmones llenos de este asqueroso humo.

Cassandra sonrió fugazmente.

–Vamos –dijo–, bajaremos por la escalera.

La nave estaba silenciosa y en los jardines dormidos quedaba solamente la tenue iluminación nocturna.

–Siempre paso por aquí después que apagan los focos –observó Cassandra.

–Los límites parecen retroceder al infinito en la penumbra y tengo la sensación de caminar al exterior en una noche sin estrellas.

De pronto se detuvo y miró a John directamente a los ojos.

–¿Ahora dime por qué me has traído aquí?

–Seguiremos caminando y te explicaré –murmuró él–. No sé por dónde empezar. Ha pasado mucho tiempo desde que te vi por primera vez. Durante largos años hemos dejado parte de nuestra juventud en la nave y ya no somos los mismos que abandonamos la tierra. No sé nada de ti, Cassandra. Ignoro cómo y con quién has vivido.

–¿Qué me quieres decir? –insistió ella suavemente.

–Tú sabes donde está la mujer que amé –murmuró él.

–Sí sé, John, estuve ahí. ¿Recuerdas? También sé que no has vuelto a ser el mismo.

–Es verdad –admitió él.

Caminaron un rato en silencio.

–No es sencillo explicar porqué nunca intenté ser tu amigo. Ignoro la razón –añadió, buscando en vano las palabras precisas para expresarse–. No eres el tipo de mujer para ser solamente tu amigo.

–Porque eres un tonto –dijo ella lentamente.

–Hoy me di cuenta de que quiero vivir –continuó John con repentina serenidad–. Cassandra, no sé si es muy tarde para nosotros compartir nuestra vida, pero te ruego ahora que seas mi compañera.

–¿Estas seguro? –preguntó ella en voz baja.

–Estoy seguro.

–Demoraste en decidirte –dijo Cassandra estudiando su rostro. Luego sonrió misteriosamente y se aproximó a él.

–Sí, aún es tiempo. Te advierto que no te he estado esperando como una santa. Pero desde la muerte de Ruth pensé que algún día te acercarías a mí. Aquella noche en la enfermería, antes que entraras a verla, ella me preguntó si te quería y me hizo jurar que sería tu mujer. Me explicó que no estaba segura si llegarías a sentir algo por mí, algo más que una fuerte atracción física. Esto lo averiguaremos ahora.

Se acercó a él y lo besó.

–El beso es para no olvidar lo que me acabas de pedir. Estás muy agotado y has tomado bastante whisky.

John la rodeó con sus brazos y no la dejó ir. Sintieron el súbito susurro de motores eléctricos y las oscuras plantas comenzaron a mecerse bajo una suave corriente de aire cálido.

6

La nave emergió de la oscuridad casi tres años más tarde y una vez más aparecieron en el exterior las fulgurantes estrellas. Los cansados ojos de los hombres bebieron de la fría belleza del espacio como jamás lo habían hecho antes. Desde un mundo finito, encerrado en sí mismo, vislumbraron nuevamente las remotas profundidades y el transcurrir del tiempo volvía a recobrar lentamente su antiguo significado.

Al traspasar la barrera de la velocidad luz a la inversa, se quemaron en treinta horribles segundos miles de pantallas de protección. John y Morrison salieron al exterior por orden del capitán, para inspeccionar el casco. Advirtieron entonces que jamás volverían a pasar la barrera. El metal estaba carcomido como por un cáncer y el casco daba la impresión de ser increíblemente viejo. Se asemejaba a los restos de un naufragio que flotaban abandonados a través de las oscuras soledades del espacio.

Mientras tanto, un diminuto sol iba creciendo día a día y la señal 3 – 1 – – aumentaba de volumen, hasta transformarse en vibraciones insoportables.

–Allá terminará nuestro viaje –expresó Cooper un día, con la vista clavada en la pantalla–. Disponemos de provisiones para tres años y no hay manera de volver.

–Tengo la certeza de que nos espera un principio –aseguró John, observando con ansiedad a Delta Pavonis, que brillaba como una naranja dorada en la negrura.

Habían transcurrido más de ocho años desde que abandonaron la Tierra.

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

Altura, 18.000 metros.

Un extenso mar de nubes ocultaba la superficie del planeta y en el cielo profundamente azul brillaba un sol amarillo de la clase espectral G. La atmósfera aumentaba cada vez más en tensidad y siseaba contra las ventanillas y las aletas móviles de los propulsores direccionales del Explorer II. Se hundían, atravesando zonas turbulentas, atraídos por el segundo planeta del sistema Delta Pavonis.

–Es horrible –se quejó Heinemann en voz débil–. Tengo la sensación de hallarme en un ascensor que cae con sus cables cortados.

John sonrió y miró hacia Cassandra, pero ella tampoco parecía sentirse bien y con un gesto declinó hablar. Advirtió que se había olvidado del resto de la reducida tripulación y observó con atención a sus compañeros, a Morrison, segundo piloto, a Harris, bacteriólogo y a Carter, biólogo, ecólogo y experto tirador con un rifle. Todos colgaban más o menos mareados en sus asientos, excepto Morrison, que trataba de penetrar con su mirada a través de los espesos bancos de nubes. Sintiéndose responsable, aumentó la energía de neutralización y con la vista clavada en los instrumentos frenó la caída con los propulsores. Ahora descendían en forma oblicua a una velocidad moderada de cuatro metros por segundo.

–Seguiremos así durante media hora –explicó enseguida–. Cuando tengamos más aire bajo las alas pilotaré el Explorer de la mejor manera posible. Esta nave no es precisamente un avión de pasajeros. ¡Cassandra, haz algo para mejorar el ánimo!

Ella contestó su mirada con una mueca y comenzó a destapar un termo.

–Es lo único que se me ocurre, nos dejaste en un estado lamentable. No somos tripulantes de un avión de combate.

Altura, 13.000 metros.

–Mi mente rechaza cualquier pensamiento sobre lo que encontraremos abajo –expresó Harris–. Pero después de atravesar las nubes, tendremos por única vez en nuestras vidas el raro don de ver el futuro.

–Desde el espacio, el planeta tiene un aspecto idéntico a la

Tierra –dijo John tranquilamente–, pero hemos sido demasiado impacientes. Debiéramos haber esperado mejores condiciones atmosféricas.

–¿Qué clase de armas traemos? –preguntó Heinemann a Carter.

–Dos escopetas calibre 12 y dos rifles de caza mayor con balas explosivas. Con ellas se puede tumbar a un dinosaurio.

Carter miró a los demás y se sintió obligado a explicar:

–Hablo así pensando en nuestra seguridad, ignoramos si debemos enfrentarnos a monstruos en un mundo de pesadillas.

–Nadie pensó mal –le tranquilizó Heinemann–. Tienes razón, es muy probable que nos encontremos con sorpresas.

–Tengo fe –afirmó John, sin quitar la vista del altímetro–. Tengo fe en las señales.

–Todos compartimos idéntica fe –manifestó Carter–. Descenderemos en un planeta parecido a la Tierra, pero no podemos adivinar si un mundo triásico o devónico nos espera abajo. Solamente podemos suponer que las estrellas de este sector de la galaxia tengan aproximadamente la misma edad que el sol de la Tierra, en otras palabras, tiempo suficiente para una larga evolución.

Luego ya nadie sintió deseos de hablar. John siguió pensando por un instante en la Tierra, que era algo lejano, tal vez sin vida, girando alrededor de un para siempre inalcanzable punto de luz en el espacio.

Altura, 5.000 metros.

Un fuerte viento estrellaba jirones de nubes despedazadas contra las ventanillas y el Explorer comenzó a ser remecido con fuerza. Algunos cientos de metros más abajo se acercaban enormes cúmulos de nubes y la sombra de la nave se proyectaba encima de cumbres y abismos de una extensa cordillera blanca.

John aceleró y comprobó que la nave obedecía a los mandos. Descendían rápidamente entre el silbido de la tempestad y el ensordecedor bramido de los propulsores.

—La tormenta es un buen augurio —gritó Morrison—, así nos despedimos de la Tierra.

Nadie le respondió.

Altura, 4300 metros. Ahora descendían en silencio y se acercaban a las primeras nubes.

—¡Phillip! —ordenó John, activando un dispositivo de seguridad, que les indicaría la proximidad de una cumbre peligrosa durante el vuelo ciego—, es tiempo de informar a Cooper, debe estar preocupado por nosotros.

Morrison se colocó los auriculares. Estableció contacto sin dificultad y comenzó a hablar en voz baja.

El sol empezó a flotar como un disco pálido entre brumas y súbitamente se vieron envueltos por una silenciosa y esponjosa semi oscuridad. El altímetro indicaba 3.000 metros cuando la luz comenzó a filtrarse nuevamente al interior de la nave. La visibilidad aumentaba minuto por minuto y entonces distinguieron finalmente, por entre dos escarpados abismos blancos, la superficie del planeta.

—¡Veo bosques! —exclamó Heinemann—. ¡De horizonte a horizonte, bosques!

—Diviso un ancho río a mi derecha —informó Carter—, y allá al fondo una franja despejada.

Altura 1.500 metros. John había guardado un prolongado silencio y ahora indicaba con un brazo levantado hacia el frente. Un gran pájaro de plumaje oscuro planeaba majestuosamente a la misma altura del Explorer. Por un rato lo siguió con arrogancia en su caída y luego se lanzó en picada hacia la masa oscura de los bosques.

—Nos acercamos al terreno despejado —avisó John. El tono de su voz mostraba parte de su profunda emoción. Volaban algunos cientos de metros por encima de una selva, que parecía impenetrable, y la nave se posó veinte minutos más tarde suavemente sobre una colina, situada cerca del gran río.

Entonces todos se libraron apresuradamente de sus cinturones y se apiñaron tras los asientos de los pilotos, para escudriñar ansiosamente a través de la ancha ventanilla frontal. John desactivó rápidamente todos los sistemas y la nave quedó en silencio.

—Temperatura exterior 23° —murmuró Morrison.

Afuera un pálido sol lograba romper a ratos el manto de nubes grises, iluminando parte del paisaje con sus oblicuos y débiles rayos. Bandadas de pájaros aleteaban encima de verdes colinas y mas allá se levantaba la tensa oscuridad de los bosques. Creyeron ver por un instante los contornos de grandes animales entre la alta hierba al otro lado del río.

—¡Henry! —decía Morrison con voz ronca por radio—. ¡Hemos llegado! ¡Dile a la gente que hemos llegado! ¡Parece una buena tierra!

Un movimiento atrajo la atención de John. Miró hacia abajo y advirtió con pena que la presencia del hombre ya había exigido su primera víctima. Sobre la tierra calcinada por el calor de los propulsores direccionales se debatía un pequeño pájaro y luego dejó de moverse.

Movió la cabeza y abrió el cierre de su cinturón. Luego se levantó y se acercó a la puerta de salida.

—¿Qué te propones hacer? —exclamó Cassandra—. ¡Es peligroso!

—Deseo salir, alguien tiene que ser el primero. De aquí no iremos a ninguna otra parte.

Todos miraron a Harris. Él tendría que decidir.

—Es una imprudencia —sentenció el bacteriólogo—, pero yo también deseo salir. ¡Al diablo con los estudios previos y las precauciones! Nos han llenado de inyecciones y esto debe ser suficiente. Abre la puerta y saldremos, efectuaré mis exámenes en el exterior. No puedo creer que exista un real peligro.

—¡Phillip! —ordenó John—. ¡Informa a Cooper lo que pensamos hacer y que sintonice bien nuestras señales de posición!

—Las escucha con claridad —respondió Morrison, transcurrido un minuto.

—Dice que nos va a dar un entierro cristiano y que ya no somos indispensables.

—Recomiéndale descender mañana al otro lado de la colina

—dijo John acercándose decididamente a la salida y recorriendo el mecanismo de seguridad. Miró un instante a sus expectantes compañeros y abrió la puerta interior. Luego abrió la exterior y oprimió un pequeño botón rojo. Se sintió el ruido de un motor eléctrico y una escalera metálica comenzó a deslizarse hacia el suelo.

Carter fue el primer hombre que pisó el planeta armado con un rifle. Rápidamente le siguieron Harris, Cassandra y Heinemann con otra arma.

—¡Avisa a Cooper que nos comunicaremos con él dentro de cuatro horas! —ordenó John.

Morrison asintió con la cabeza, habló rápidamente por radio

y enseguida cortó la comunicación. Se percibía ahora únicamente el “pip-pip” de la pequeña emisora que indicaba la posición del Explorer.

John examinó las dos armas que quedaban a bordo y se decidió finalmente por una escopeta automática calibre 12. La cargó con un cartucho de perdigones y cinco de posta. Después bajó lentamente a tierra.

Abajo esperaba Cassandra. La tomó de la mano y caminaron por la espalda de la colina alejándose de la nave. Comenzó a llover y ambos extendieron sus brazos, permitiendo que el agua se deslizara por sus rostros levantados hacia el cielo. John recordó entonces la última noche en la Tierra y la suave voz de Ruth llamándolo a través de la lluvia. Enseguida se rompieron las nubes y el sol inundó con sus rayos el agreste panorama. El viento ondulaba suavemente la hierba de las colinas y acercaba los ruidos de la selva. De acuerdo a datos proporcionados por la sección científica, habían descendido en una tierra que se hallaba a principios de verano.

—No hemos llegado solamente a un lugar —expresó John, rodeando con un brazo a Cassandra—. Es un planeta con continentes, mares, islas tropicales y playas silenciosas como las de Alfa Centauro, pero con el grito de las gaviotas encima de las olas. Escogeremos una bella tierra en una región hospitalaria, que tenga los recursos indispensables para establecer una sencilla civilización.

El viento había amainado y en el aire flotaba un suave aroma a flores y bosques. Sentían zumbidos de insectos y sobre las lentas aguas del río bailaban suaves destellos de luz.

—Pronto tendré hijos —murmuró Cassandra.

—Uno cada 10 meses —dijo John con una sonrisa.

—Dos juntos y uno cada dos años —rectificó ella seriamente—, no quiero vivir preñada el resto de mis días.

Las últimas nubes se alejaban tronando encima de los bosques y empezaba a hacer calor. Cassandra levantó una mano y señaló hacia el frente, donde el terreno caía en suaves ondulaciones.

—¿Bajemos por ahí, John?

—Vamos —asintió él, distraído—. Quiero ver la selva de cerca.

La presencia de algo extraño hizo que Cassandra lo observara de reojo. Intuyó que luchaba con una sombra, porque había una expresión de amargura en su rostro.

—Ahora podrán salir los muertos del hielo y descansar en la tierra —dijo en voz baja—. No han sido muchos.

Ella desvió la vista sin hablar, solamente apretó su mano. “Aún la quiere”, pensó, “pero tiene razón. Ahora podrán descansar los muertos y vivir los vivos”.

Bajaron lentamente la colina y espantaban aves entre la hierba, que les llegaba hasta las rodillas. Era difícil para John dominar sus instintos que le impulsaban a levantar el arma y disparar. Anunciaría así a los moradores de los bosques y de las colinas la llegada del hombre, el animal más peligroso y mortífero de la creación.

Tras un aislado grupo de arbustos percibieron las excitadas voces de los demás. Al pasar junto a ellos, se les unió Heinemann con uno de sus rifles.

—¿Quieren estar solos?

—Ahora no, acompáñanos —contestó John sonriendo—. Tu arma nos dará seguridad en la proximidad de los bosques.

—Morrison está loco por explorar el planeta, quiere que vayas con él.

John hizo un movimiento negativo con la cabeza y siguió con la vista a dos grandes pájaros, que planeaban encima de la selva con sus alas extendidas al viento.

—Cooper estará ansioso de explorar, lo conozco. Entregaré rápidamente su autoridad a Morgan y emprenderá la búsqueda de una tierra apropiada para acogernos.

—¿Y que harás tú? —inquirió Cassandra—. Algo tienes en mente, no eres hombre para esperar sentado durante meses.

John titubeó y la contempló con cierto sentimiento de culpabilidad. Luego indicó hacia el frente.

—Los únicos caminos en esta tierra parecen ser ríos. Recorreré uno de ellos, dejándome arrastrar cien, doscientos kilómetros por la corriente y me internaré en bosques y praderas para observar la flora y la fauna.

Es preciso tomar contacto con la naturaleza de este mundo, así dejaremos de ser extraños y formaremos parte de ella. Ha sido mi sueño durante años y será mi única oportunidad. Nos espera una tarea larga y dura.

–Iré contigo –dijo Cassandra decididamente–. Sé disparar bien y no tengo miedo.

–¡Puede ser peligroso!

–Somos intrusos y cualquier lugar es igualmente peligroso para nosotros. Cien kilómetros más abajo no significan diferencia alguna.

–De acuerdo, te llevaré –replicó él con la mente ausente–. Al volver habremos aprendido a querer lo que de ahora en adelante será nuestro.

Se habían acercado lentamente al borde de la selva que se elevaba, formando una tensa bóveda de hojas, a treinta, cuarenta metros de altura. Verdes murallas de espesura crecían entre los gruesos troncos, cerrando el paso con una barrera infranqueable.

–Tendrás que entrar a golpes de machete –observó Heinemann.

–No es mi intención –aseguró John–. Me internaré por accidentes naturales del terreno, por colinas rocosas o cualquiera abertura en la vegetación. Seguiré el curso de la corriente remando, me detendré en el camino para explorar y volveré con un pequeño motor fuera de borda. Existen varios entre las interminables listas de Morgan.

Continuaron por el borde de la selva y cerca del río penetraron a una zona de espesos matorrales. Siguió un estrecho sendero, evidentemente formado por el paso de pesados animales. John había quitado el seguro de su escopeta e iba adelante. Caminaba semi agachado entre helechos y árboles retorcidos. Cuando llegó a distinguir el reflejo del río, levantaron vuelo varias aves acuáticas. Entonces apuntó automáticamente con el arma y su disparo rompió el silencio virgen, anunciando al fin la llegada del hombre. Bandadas de pájaros volaron gritando en la otra orilla y entre la espesura sintieron movimientos furtivos que se alejaban.

Cerca del agua yacía el cuerpo caído del animal entre los guijarros de la orilla. John se aproximó lentamente a su presa, dejó el arma en el suelo y se arrodilló. Cuando tomó el ave en sus manos, estas se tiñeron de sangre.

“Aquí la sangre también es roja”, pensó angustiado, recordando su última codorniz cazada en la Tierra. Miró a su alrededor con ojos que habían presenciado la lenta agonía de un planeta. Descendieron del cielo a un paraíso, sin poseer la inocencia de sus salvajes moradores. “Ya van dos muertes”, pensó, “¿cómo hallar una autojustificación para seguir matando?”

Era una hermosa ave de plumaje pardo y blanco. Su cuerpo aún retenía el calor de la vida. En el río lavó la sangre de sus manos y recogió el cartucho vacío. Sabía que era preciso guardarlo para la recarga. De repente encontró la contestación que buscaba, una verdad que se remontaba al origen de la especie, olvidada por una raza en decadencia.

El hombre era un hijo de la naturaleza y, como tal, había heredado el sagrado derecho de vivir según las leyes escritas en el subconsciente de las criaturas. Actuaría como los seres inocentes que matan para comer y comen únicamente para vivir. “¿Qué confuso es nuestro camino!”, pensó. “El saber nos impide para siempre retornar al antiguo orden y nuestra herencia nos liga irremediablemente a él.”

Finalmente se incorporó y se volvió hacia Heinemann y Cassandra, que aguardaban en silencio, adivinando tal vez parte de su lucha interna.

Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

–Este hermoso animal debe pesar más de dos kilos. Carter querrá examinarlo, pero luego lo comeremos.

–Es tiempo de volver con los demás –advirtió Cassandra–. Deben estar preocupados a causa del disparo.

John asintió y antes de iniciar el regreso dejó vagar su mirada por las aguas verdes y tranquilas, que se confundían un kilómetro más abajo con la penumbra de los bosques. El río parecía ser profundo y sería fácil seguir su curso.

El agudo grito de un pájaro en la otra orilla, rompió el silencio de muerte y pronto se reunieron los ruidos al interior de la selva.

–Vimos un animal semejante a un jabalí –contó Carter más tarde–. Le apunté, pero no pude disparar, no con esta clase de balas.

Al caer la noche se hallaban todos reunidos alrededor de una fogata. La selva estaba silenciosa. Cassandra descansaba tendida entre la hierba y observaba el cielo.

–Recién distinguí las luces de la nave –dijo–, y allí brilla Alfa Centauro junto al sol. Es difícil aceptar que hemos dado un salto de veinte años luz.

John no respondía. Ella se incorporó. Se acercó a él y lo observó con atención. Parecía tener escalofríos. Le tocó la frente y sus ojos adquirieron una expresión profesional.

–Tenemos problemas –murmuró–. Tienes fiebre.

–Parece que yo también –se quejó Morrison débilmente.

–¿Alguien más? –inquirió Cassandra.

–Estamos mejor que nunca –respondieron Harris, Carter y Heinemann.

–Se trata entonces solamente de nuestros dos héroes –observó ella pensativamente–. Bien, pasarán la noche en el Explorer. Si sucede algo, tendrá que bajar la otra nave, nos hemos quedado sin pilotos.

Morrison y John se dejaron empujar protestando hacia el Explorer, que era solamente una sombra inanimada en la oscuridad sin luna.

–Tengo entendido que no hallaste ningún microorganismo peligroso –señaló Cassandra a Harris en voz baja.

–Nada en absoluto –la tranquilizó el bacteriólogo–. Pienso que esta fiebre se irá pronto.

Seis horas más tarde, cuando la gran nave descendía sobre terreno rocoso, detrás de la colina, efectivamente había desaparecido.

Cassandra contempló a John con ternura, antes de ir a dormir. Pensó que en algunos aspectos era un hombre incomprensible y también que a pesar de ello lo amaba de verdad. Le haría olvidar a Ruth. Sonrió cansadamente en la semi oscuridad del amanecer y se comunicó con la nave. Informó a Cristie sobre lo sucedido y enseguida se reclinó en su asiento, quedando profundamente dormida.

2

Las verdes aguas del río y la infranqueable espesura en ambas orillas no habían cambiado durante los últimos días, pero la fauna y la flora de aquel limitado mundo acuático presentaba un fascinante y colorido contraste con la penumbra del interior.

John mantenía el bote en medio de la corriente. Así evitaba en parte los implacables ataques de pequeños insectos, que los picaban a pesar de un fuerte repelente con el cual él y Cassandra se habían cubierto la piel.

–Esta porquería es bastante inefectiva –se quejaba Cassandra, después de haber aplastado un mosquito–. Pero indudablemente da resultado con los humanos, en este momento me causas una fuerte repulsión.

–No hueles precisamente como una rosa –replicó John sonriendo–. No me explico cómo prestas atención a estos animalitos, con la emoción de estar penetrando a lo desconocido.

–Bien –dijo ella encogiéndose de hombros–, en este momento tienes un bicho sentado en tus espaldas. Si no tiene importancia, déjalo ahí. Únicamente te chupará un poco de sangre.

Él lo espantó apresuradamente y se rió en voz baja.

–Continuaremos durante dos horas y enseguida nos aproximaremos a la orilla izquierda para cazar algo. Acamparemos en alguna playa rocosa.

–Ya hemos bajado más de 150 km –observó Cassandra–. Nuestros cálculos son incorrectos, nos faltará combustible para volver. Tenemos que tomar una decisión.

–Solamente hay dos caminos –replicó John–, volver o seguir adelante.

–Algo me dice –manifestó ella con resignación–, que a la vuelta mis manos se cubrirán de ampollas.

–Si hay que remar, yo lo haré –la tranquilizó él.

–¡John, creo ver algo allá abajo!

Él miró en la dirección indicada, sin soltar los remos, Cassandra escudriñaba el oscuro horizonte.

–Debe ser una islita en medio del río –señaló luego, bajando los anteojos de larga vista.

John comenzó a dirigir el bote y diez minutos más tarde tocaron tierra. La islita estaba formada por algunas grandes rocas cubiertas de musgo y un cañaveral. De allí salió gritando una pareja de aves acuáticas.

–Es mejor seguir –opinó Cassandra–. Aquí no hay nada.

–No comprendes, la isla le da un real significado a mi mapa. Es lo más importante que hemos descubierto y me permite agregar un pequeño círculo a dos líneas rectas.

–¡Deja de bromear! –le riñó ella.

–Intentaré comunicarme con la nave.
Empezó a manipular la radio y logró establecer contacto.
–¿Están en dificultades? –preguntó una voz desconocida.
–Hasta el momento no hemos tenido mucha suerte, pero estamos bien. Quiero pasar un mensaje a Cooper.
–¡Adelante con el mensaje!
–150 km río abajo encontramos una pequeña isla. ¿Me escuchan?
–Sí, John, pero con dificultades. ¡Apresúrate, se acerca una fuerte tempestad!
–Dile a Cooper que me deje algunos galones de combustible con el Explorer II, si las circunstancias lo permiten.
–Pasaré tu mensaje, tendrán el combustible en un plazo de 10 días, ambas naves salieron de exploración. Buena suerte.
La comunicación se interrumpió con un chasquido. Cassandra había trepado a una de las rocas y examinaba el horizonte.
–¿Ves algo? –preguntó John mientras cubría cuidadosamente el equipo.
–Distingo a lo lejos una planicie en la orilla izquierda y algo, que no estoy segura si son montañas o nubes.
–Las cosas parecen estar mejorando –comentó él con excelente ánimo.
Una repentina ráfaga de viento los hizo mirar hacia atrás. Por encima de la selva amenazaban nubes hostiles y el agua del río comenzó a formar pequeñas olas, cambiando su transparente verde esmeralda a una fea tonalidad gris. Cassandra volvió apresuradamente al bote y con un fuerte empujón entraron a la suave corriente. John bajó el pequeño motor fuera de borda y lo hizo partir al segundo intento.
Llegaron a la planicie antes de que estallara la tempestad. Arrastraron el bote a una elevación arenosa cerca de la orilla mientras caían las primeras gotas. Luego armaron la carpa bajo las ramas protectoras de un frondoso árbol.
Llovió torrencialmente durante el resto del día y a la mañana siguiente despertaron en medio de un gran silencio. John se levantó y abrió el cierre de la carpa. Afuera flotaba una tenue niebla y a su alrededor percibían extraños ruidos, que se desplazaban con lentitud por el borde de la selva.
–¿Qué será esto? –murmuró Cassandra.
–No sé –replicó John en voz baja–. Pásame el rifle y el cinturón de municiones. En el caso de que algo se nos venga encima, usa la escopeta. Está cargada con posta.
Esperaron dos horas y finalmente penetró el sol en la bruma y la disolvió. Fue entonces cuando tuvieron su primer encuentro con los moradores de las llanuras. Advirtieron con intensa sorpresa y algo de temor que se hallaban casi en medio de una manada de animales cornudos.
–Son herbívoros y se asemejan a pequeños búfalos, pero sus cuernos son más rectos. Los mayores deben pesar cerca de 500 kilos.
–No son tan pequeños –susurró Cassandra nerviosamente–. Mira lentamente detrás de ti.
John se volvió. Vio un gran animal de oscuro pelaje a menos de seis metros de distancia. Le observaba con cierta curiosidad, pero aquel ser sin garras ni colmillos, no parecía llamar mayormente su atención. Agachó tranquilamente su majestuosa cabeza y comenzó a arrancar hierba con indiferencia.
John sentía los latidos de su corazón. ¿Sería posible hacerse amigo de aquel herbívoro? No conocía al hombre, la oportunidad era única. Llamó su atención con un ligero ruido e intentó acercarse un paso. Esto irritó al gran animal y se vio obligado a retirarse con la mayor dignidad posible, cuando empezó a gruñir y mover con intranquilidad su cabeza. Al cabo de algunos tensos segundos siguió pastando, pero de pronto comenzó a sentirse molesto. Volvió a examinar a los intrusos y a continuación les dio las espaldas, para alejarse trotando en dirección a la manada.
–No le agradó nuestra presencia –opinó John.
–Sí –respondió Cassandra con alivio–. Debías haber comenzado a gruñir y comer hierba, a lo mejor habrían simpatizado.
Él le dirigió una mirada indignada. Pero enseguida sonrió y dijo:
–Ahora seguiremos bajando por el río, a la vuelta exploraremos la planicie.
–Quiero tomar café y comer carne, tengo hambre. Debes cazar una de estas gallinas acuáticas en la orilla. Después te seguiré a todas partes.
En su rostro se notaba el cansancio, habían comido y dormido mal durante los últimos días.
–Hoy o mañana abandonaremos el río –prometió John, rodeándola con un brazo–, de ahí en adelante todo será más fácil.

Durante las horas siguientes el paisaje comenzó a cambiar repentinamente. Divisaban montañas nevadas detrás de la selva, que retrocedía en ambas orillas. El río empezó a dar muestras de intranquilidad y llevaba el bote a una velocidad cada vez mayor a través de una región de colinas rocosas. De pronto penetraron a la penumbra de un cañón y la corriente de aguas blancas, los arrastraban con un rugido salvaje por entre escarpadas paredes grises hacía un creciente resplandor. Las aguas eran profundas y no parecía existir peligro de embestir una roca sumergida. John mantenía el bote en el medio y lo dirigía con relativa facilidad.

–¡Afírmate bien, Cassandra! –aulló–. Creo que estamos llegando a la desembocadura.

El horizonte retrocedió a la lejanía y entraron a un río de enorme anchura, que fluía majestuosamente. Apenas alcanzaban a vislumbrar la orilla opuesta.

–El río divide a todo el territorio en dos –expresó John.

Ambos contemplaron maravillados el grandioso panorama.

–Tenemos un día hermoso y tranquilo, no hay una nube en el cielo. Cruzaremos remando para dejar intacto el combustible.

Demoraron tres horas en la travesía. Al tocar tierra en la otra orilla, advirtieron asombrados que la vegetación era diferente y extrañamente familiar. La selva se había transformado en bosques de hermosos árboles puntiagudos, que se erguían derechos por encima de escasos arbustos y matorrales. En el fondo distinguían los picos nevados de una cordillera y un centenar de metros a su derecha, desembocaba un alegre riachuelo proveniente de tierras altas.

–En libros antiguos he visto paisajes semejantes –expresó Cassandra profundamente conmovida–, incluso los árboles se parecen. Un botánico los clasificaría entre las coníferas.

Mientras armaban el campamento en un lugar protegido, divisaban varios animales, que se escondieron apresuradamente ante su presencia.

–Que extraño –observó John repentinamente–. Esta tierra es hermosa, pero tengo la impresión como si al cruzar el río, hubiéramos llegado a otro planeta. La vegetación es distinta y los animales desconfían, como si conocieran el significado de la aparición del hombre.

Cassandra asintió silenciosamente.

–Desde ahora debes andar armada –continuó él–. Es posible que algunos animales se sientan en peligro y nos ataquen. Acamparemos aquí, cazaremos, pescaremos y luego seguiremos el curso del riachuelo internándonos a los bosques.

Se pusieron en camino dos días más tarde, temprano en la mañana. El terreno ascendía ligeramente, pero en forma continua. A veces vadeaban el río, rodeando rocas o matorrales que dificultaban el paso y continuaban subiendo por la otra orilla.

Al mediodía emergieron de la penumbra del bosque al sol y ante ellos se abrió el más bello paisaje que habían encontrado en su exploración. Un apacible valle con praderas cubiertas de flores fragantes descendía suavemente hacia un lago de aguas transparentes. En él se reflejaban el bosque y los picos nevados de las cercanas montañas con intensos colores. Flores acuáticas blancas, con anchas hojas en forma de espadas, crecían cerca de la orilla y entre troncos semi sumergidos se movían las sombras de los peces.

–Es un lugar para quedarse –dijo John extasiado y dejó su carga en el suelo. Cassandra se sentó en la hierba y frunció el entrecejo pensativamente.

–John –dijo–. Creo haber observado un cierto desequilibrio ecológico en las tierras que hemos recorrido. En los bosques habitan únicamente moradores pacíficos y no existen fieras que sean sus enemigos naturales. Toda la región se asemeja a nuestros antiguos parques nacionales, antes de que fueran ocupados por la fuerza.

Él dio muestras de intranquilidad.

–Comparto tu opinión. Nos hallamos en presencia de algo misterioso. Algo que debe ser evidente y no logramos comprender por ser intrusos en este planeta.

Dejó vagar su mirada por los alrededores y su expresión se suavizó.

–Nunca pensé que la naturaleza pudiera ser tan bella, así debe haber sido la Tierra en el pasado.

Guardó silencio por un rato.

–Aquí estableceremos el campamento definitivo e iniciaremos exploraciones de uno o dos días por los alrededores. Mañana subiremos hacia las montañas para tener una vista de toda la región.

–Entrégame el machete, John –pidió Cassandra más tarde–. Cortaré leña para la noche. Cuando vuelvas con carne o pescado, cocinaré. Quedan galletas y algo de tocino.

–Pero no quiero cazar ahora –protestó él, somnoliento.

–Me dejas continuamente con hambre, compañero. Te estás volviendo perezoso.

Lo observó con una extraña sonrisa.

—Mientras tú te preocupas de la comida me bañaré en el lago. Me siento muy sucia.

Empezó a despojarse de su ropa. Después entró lentamente al agua, con la morena y fascinante hermosura de su desnudez. Él no pudo resistir esto. Se desvistió tirando sus ropas, entró al agua y empezó a nadar en dirección a ella. Cassandra era una excelente nadadora, así que lo hizo sufrir antes de dejarse alcanzar. Terminaron en la orilla haciéndose el amor bajo el radiante sol.

—¿Sabes, mi amor? —dijo ella finalmente—. Estoy cansada y tengo más hambre que antes.

Él se incorporó rezongando. Se puso su ropa y luego se alejó en dirección al río, cargando la escopeta.

Al ponerse el sol, vieron cómo rojos destellos de luz se apagaban lentamente en las aguas oscuras y a su alrededor creció el imponente murmullo de los bosques. Más tarde amainó la cálida brisa del anochecer y quedó un sacro silencio en el valle. El cielo era tan claro, que la luz de las estrellas iluminaban débilmente la noche y sus reflejos plateados bailaban en el lago dormido.

Estaban sentados junto al fuego, sin hablar. Miraban hipnotizados las llamas, que limpiaban la mente y traían antiguas imágenes sin palabras, aún presentes en el subconsciente de la raza. John se levantó finalmente. Se apartó del fuego y cuando sus ojos cegados se acostumbraron a la oscuridad, escudriñó a través de la noche. Cassandra se juntó a él como una sombra.

—Esta noche —empezó a decir él en voz baja— me siento profundamente agradecido de existir y a alguien o algo, debo darle las gracias. En este momento y por primera vez en mi vida, siento la presencia de los antiguos dioses. Los hemos traído con nosotros desde la tierra. ¿No los sientes, Cassandra?

—Algo siento, John; pero no sé que es.

—Recién estaba ahí el dios de la luz dibujando con letras de fuego encima del lago. Ahora se ha ido y siento el murmullo de los dioses de la noche. Los he creado en mi mente.

—Pero, John —dijo Cassandra, tratando de no herir sus sentimientos—, si tú creas a tus dioses, entonces son falsos.

—No sé —murmuró él distraído—, los buenos dioses han sido la creación más grande del hombre.

—Pero son falsos —insistió ella, hablando como se habla a un niño.

—Y qué importa y cómo saberlo. Nuestra fuerza creadora puede ser una de sus manifestaciones, creamos solamente lo que logramos comprender.

Cassandra guardó silencio. Se acercó más a él y rodeó su cintura con un brazo.

—Si, esto es —murmuró John—, hay una sola pregunta que debe ser contestada: ¿Quién o qué es aquella misteriosa fuerza que nos impulsa crear una imagen y darle un nombre? ¿No has creado nunca una imagen, Cassandra?

—Comprendo ahora tus pensamientos —dijo ella en voz queda. Lo dijo seriamente.

A medianoche los despertó una fuerte tormenta y los bosques y el lago rugieron hasta el amanecer.

—Los dioses están furiosos —murmuró ella, media dormida—. Tendrás que ofrecer un sacrificio.

—¡Tú eres la culpable, tú debes ser sacrificada! —replicó John indignado.

Cassandra despertó totalmente y estalló en carcajadas.

—Si haces esto, los ofenderás terriblemente para siempre.

—Ellos ignoran que no eres virgen —murmuró John— porque eres de otro planeta—. Luego se enrolló como un gato y siguió durmiendo.

Hacía horas que erraban perdidos por las oscuras profundidades del bosque. Los enormes troncos se erguían como columnas a gran altura y sostenían allí una tensa bóveda de hojas y ramas, que apenas permitían el paso a difusos y amortiguados fantasmas de luz. En el aire flotaba una áspera fragancia y un imponente susurro llenaba el silencio como el eterno ir y venir de una misteriosa marea.

Eran dos seres insignificantes que caminaban impresionados por el embrujo del ambiente y sobrecogidos por una dolorosa sensación de soledad.

—Me siento atemorizada —expresó Cassandra en voz baja—. Mi razón me dice que es ridículo, pero sola aquí, correría y correría sin saber por qué.

John sonrió. La observó como si intentara transmitirle un pensamiento. Ella sintió su mirada.

—Sigo insistiendo que tus dioses son falsos, pero me has traído a un lugar donde parecen estar vigilándonos.

—Nos encontramos en un santuario de la naturaleza —manifestó él—. Aquí el tiempo se detiene ante una poderosa voz que nos hace sentir extrañamente vulnerables, incluso los animales callan. Bajo árboles como estos rezaron innumerables generaciones de antepasados nuestros, un millón de años antes de que se construyeran templos en Caldea y Egipto.

Siguieron caminando en silencio y al mediodía se acercaron a una tenue claridad. De lejos percibían el canto de pájaros y los árboles comenzaban a distanciarse. Luego salieron del bosque y se vieron frente a un terreno despejado con abruptas elevaciones, una pequeña laguna rodeada por árboles retorcidos y una montaña con el pico mutilado por una gran herida.

—Que lugar tan salvaje —exclamó Cassandra sorprendida.

—Un extraño paisaje —murmuró John. Comenzó a escudriñar los alrededores mientras terribles pensamientos crecían en su interior. Despertó como de una pesadilla, cuando Cassandra lo asió del brazo y empezó a remecerlo con fuerza.

—¡Dime qué sucede! —exclamó—. Veo que estás temblando. ¡Habla, John!

Su rostro se había puesto pálido y lo observaba con gran preocupación.

—Siento lo mismo que cuando ella murió, escucho voces —balbuceó él, pero sabía que tendría que seguir adelante.

—¡Entonces debemos volver! —exigió ella con voz dura—. ¡No permitiré que des un solo paso más!

—¡Tengo que saber por qué! —insistió él angustiado—. Tú aguardarás aquí y continuaré solo. Estamos en terreno abierto y mataré cualquier cosa que se me acerque.

Cassandra escuchaba con una expresión severa.

—¡Si sientes algo por mí, te imploro que no sigas! Es la primera vez que te pido algo. ¡Por favor, John, no me dejes sola!

—¡Toma la escopeta! —dijo él con voz ronca—. Con seis tiros de posta pesada no puedes fallar. Ningún animal podrá acercarse a ti.

Había recuperado parte de su habitual serenidad. Abrió el cerrojo del rifle, revisó las balas y volvió a cargar. Enseguida empezó a caminar con intensa cautela en dirección a la laguna, dejándola herida y atemorizada por él, al borde del bosque. Una fuerte compulsión guiaba sus pasos y sentía la presencia de la muerte. “Esta vez voy solo”, pensó, “el peligro es solamente para mí”. No advirtió que Cassandra lo seguía a treinta pasos de distancia. Percibió un quebrar de ramas secas y un cuerpo de pelaje negro apareció entre matas de helechos que crecían cerca de la laguna.

“He aquí el peligro”, pensó. Alzó rápidamente el rifle y disparó. Escuchó el impacto seco de la bala en la masa oscura de carne y el animal vaciló. Avanzó algunos pasos, apuntó fríamente y lo remató con un segundo tiro que lo hizo caer entre la maleza. La montaña devolvió un distorsionado eco de los disparos y después quedó un profundo silencio.

Se aproximó lentamente y entonces advirtió que había cometido un inútil asesinato. Su víctima era un inofensivo herbívoro que se escondía ante la presencia de los hombres, habían tropezado con muchos en su exploración. La sensación de peligro persistía.

Cassandra se había acercado con una expresión inescrutable en su cara morena. Traía la escopeta y el machete.

—Más tarde cortaré carne y grasa para freír —murmuró él.

Nuevamente dejó vagar su mirada por los alrededores y veía

solamente la laguna, la montaña con su gran cicatriz y nada más, no había nada más. Con lentitud siguió caminando por la desigualdad del terreno. Tropezó con una piedra y lanzó nerviosamente una maldición.

–Dame el machete –pidió repentinamente.

Cassandra se lo entregó en silencio. Entonces se arrodilló frente a un montículo y comenzó a remover la tierra blanda con la ancha hoja. Ella le observaba desconcertada, pero casi de inmediato comprendió. John continuó cavando y súbitamente empezó a penetrar en una capa de tierra negra. De pronto tocó algo duro. Entonces utilizó sus manos y vio lo que era. En su mente se desvaneció la sensación de peligro y Cassandra lanzó una exclamación a sus espaldas. Comprendían ahora los misterios de aquella región.

Él siguió quitando la tierra quemada alrededor de su hallazgo y contemplaron nudos e impresionados cómo surgían los restos de una muralla roja del suelo. Ambos respiraban ahora con alivio.

–En el interior de estas extrañas ondulaciones del terreno yace una ciudad –expresó John–. Estamos en medio de un cementerio de una raza desaparecida. De acuerdo a nuestras observaciones no existe vida inteligente en este planeta.

Palpó conmovido los viejos ladrillos.

–No hemos venido a profanar –dijo y enseguida tomó el machete y comenzó a rellenar el agujero.

–¿Cómo habrán sido ellos? –murmuró Cassandra–. ¿Por qué habrán perecido?

–Pienso que tenían aspecto de hombres –señaló John–. Observa los alrededores. Murieron violentamente. La montaña tiene el pico partido y la laguna es el cráter de una poderosa explosión. La naturaleza se ha encargado de cicatrizar las heridas.

–Me pregunto si desaparecieron recientemente.

–Es difícil dar una opinión, pero los animales parecen recordar los habitantes de aquella ciudad y en el paisaje aún se nota el orden de seres inteligentes.

–Y la mano de implacables exterminadores –añadió Cassandra.

Observó a John con una mirada extraña. “Te castigaré un poco”, pensó, “solamente un poco por haberme dejado sola. Tendrás que buscarme si me quieres tener. Tendrás que mostrarme que me quieres”.

Se sentía aún herida.

–Te advertí que podía haber peligro –dijo él, leyendo en sus ojos.

–No me gustaría tener tus presentimientos, no podría vivir tranquila.

–Cálmate, Cassandra, ya todo pasó. Te pido perdón por mi modo de actuar, pero tenía que enterarme. Ella parecía no haber escuchado sus palabras.

–¿Aún quieres subir hacia las montañas? –preguntó mirando hacia la blanca cordillera del trasfondo.

John movió la cabeza con un gesto negativo.

–Volveremos al gran río y descansaremos. Los nuestros deben ser informados de inmediato. Ahora se plantea otro enigma: ¿Quiénes fueron los exterminadores?

CAPÍTULO OCTAVO

1

John se encontraba cerca de la orilla del gran río, sentado encima de una roca plana. Desde allí observaba desde hacía horas el embrujo de un mundo vivo. A veces soñaba, pero entonces llamaba su atención el salto de un pez cerca del cañaveral, el vuelo rasante de blancas aves acuáticas o el zumbido de los insectos entre las flores silvestres.

Su intención había sido cazar, pero la escopeta yacía olvidada en la hierba. Estaba vagamente consciente del extraño comportamiento de su compañera, parecía estar cansada y con la mente en otro sitio. Esta noche hablaría con ella. Pero aún así sentía en aquellos momentos una gran paz interior. Con todos sus sentidos había estado tomando posesión de lo que él consideraba su herencia. Lo que veían sus ojos, lo que experimentaba y respiraba era idéntico a su sueño de siempre, nacido de antiguas descripciones y fotografías de cómo la tierra había sido antes.

Al mirar su reloj recordó que no le servía. Entonces levantó sus ojos hacia el sol y advirtió que era mediodía. Flotaba olor a humo en el aire, Cassandra parecía estar cocinando. Tal vez le reñiría porque volvía otra vez sin caza. Buscó la escopeta y empezó a caminar en dirección al campamento. Aquel se encontraba sobre una colina en un claro del bosque. Desde allí dominaban el grandioso panorama del río.

Súbitamente despertó de su ensimismamiento. Algo había llamado su atención, algo que no podía estar sucediendo. Bajaba una suave brisa de las colinas y con ello venía un leve murmullo y a ratos fragmentos incomprensibles de una conversación. La radio estaba en el bote y nadie pudo haber cruzado el río. Tenía que ser una ilusión, en este planeta quedaban solamente los fantasmas de una raza olvidada. Pero alguien conversaba con Cassandra.

Corrió el seguro de su arma y comenzó a acercarse silenciosamente. Exploró su mente y no encontró en ella alguna sensación de peligro. Con cautela llegó sin ser visto y observó una escena que lo dejó atónito. ¿Será posible, pensó, que haya podido suceder de un modo tan simple?

A la sombra divisó la figura de una mujer y al lado de

Cassandra un hombre de pelo amarillo, de atractivas e inteligentes facciones semejantes a una antigua escultura. Ambos visitantes eran indudablemente humanos, pero su manera de vestir y la asombrosa perfección de sus rasgos faciales parecía indicar que provenían de una civilización de otro mundo, presumiblemente superior a la terrestre.

“¿Qué buscan aquí?”, pensó, “¿cómo nos encontraron? ¿Pertenerán a la raza de los exterminadores?” Pero habían llegado abiertamente a la luz del día y el hombre daba la impresión de ser amistoso e incapaz de matar. Se encontraba muy cerca de Cassandra, demasiado cerca. Parecía excitado por su belleza morena y le hablaba con cierta vehemencia, sin ocultar su admiración, en un idioma suave e incomprensible. Ella le observaba paralizada por una gran sorpresa, sin responder.

John bajó el arma. Decidió dejarse ver y abandonó las sombras. Se acercó con lentitud, escrutando el rostro del visitante. Pero su primera impresión no varió, él inspiraba respeto y sentimientos amistosos. Dejó el arma en el suelo y saludó amablemente a la mujer. El hombre respondió a su saludo con una sonrisa e

inclinando su cabeza. La escena parecía irreal. Sin saber cómo comunicarse con él, puso suavemente una mano en su hombro y lo separó de Cassandra, sin dejar de sonreír con amabilidad.

Entonces ella actuó de un modo extraño, precipitando una serie de hechos que le avergonzaron por toda su vida. Aún muchos años después no pudo recordar nunca con claridad lo sucedido. Ella no pensó en la importancia y la lógica tensión del momento. Pero necesitaba escuchar de sus labios que la quería. Los muertos habían sido sepultados un día antes de que bajaran por el río y durante la mañana recordó la gris desesperación de su rostro, cuando sacaron a Ruth del hielo.

Puso una mano en su pecho y le empujó hacia atrás.

—¡Deja que este hombre hable conmigo!

Cuando vio la expresión de sus ojos, se arrepintió enseguida. Él intentaba explicar algo, algo que le parecía evidente, pero no tuvo tiempo. El visitante sonrió con cierta confusión y tal vez sin querer, se interpuso entre él y su compañera. Hubo un forcejeo y súbitamente, por primera vez en su vida de adulto, John se vio peleando con otro hombre.

Sabía cómo pelear, formaba parte de su entrenamiento. No quiso hacer daño e intentó tomar al extraño firmemente de la muñeca. ¿Y que haría luego? Todo era un error lamentable. Sorpresivamente se encontró sentado en el suelo. Se incorporó avergonzado y rápidamente entró a liquidar a su adversario. El otro, sin dejar de sonreír, le lanzó un golpe que casi le paralizó un brazo. John retrocedió un paso y observó con fijeza a su contrincante.

“Es demasiado rápido”, pensó, “no he podido tocarle. Recibiré su próximo golpe y veremos quien es más duro”. Se aproximó semi agachado. Vio venir la mano del otro y lo cruzó con un violento golpe a las costillas. El extraño dejó escapar una involuntaria exclamación de dolor y John recuperó el dominio de sí mismo. Miró al hombre intentando decirle algo. Él pareció entender su intención.

Fue entonces cuando sintió un aterrador impacto que lo aturdió por completo. “La mujer me hirió”, pensó “profundamente humillado, me dio la misma chance que a un gorila”. Volvió su cabeza y vio que tenía un pequeño tubo reluciente en la mano. Se sentía incapaz de moverse y el hombro le dolía horriblemente.

Cassandra observaba horrorizada el incidente. Comprendió que había cometido un grave error. “Ahora tomaré la escopeta y lo defenderé”, pensó angustiada. Pero el hombre levantó la mano y habló a su compañera. Ella bajó el arma sin contestar.

John se deslizó al suelo, muy cerca de la escopeta. Esperó allí hasta que advirtió que podía mover su brazo derecho. Con una mueca rechazó la ayuda de Cassandra. Se desabotonó la camisa y no encontró herida, pero tenía la piel inflamada y sentía un fuerte escozor. Aguardó tranquilamente. Sabía lo que tenía que hacer, había que darle una lección a la mujer.

Era increíblemente hermosa, de una perfecta y perturbadora belleza. Parecía ser joven. Su mirada recorrió deliberadamente su cara y su cuerpo. Ella sonrió casi imperceptiblemente. Su compañero observaba a John con expresión culpable.

John le cerró un ojo y ambos sonrieron. Enseguida se levantó penosamente, con la escopeta en la mano y corrió el seguro con el pulgar. Cassandra lanzó una exclamación. La miró con tanta frialdad, que ella bajó la vista y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No soy un asesino —expresó con severidad—. Todas mis

acciones de ahora en adelante serán para recuperar nuestra dignidad perdida, que también es la dignidad de nuestra raza. Exceptuando lo que voy a hacer ahora, no volveré a actuar en forma violenta. ¿Me comprendes?

—Sí, John, comprendí —murmuró ella.

—Nuestras relaciones son confusas para los visitantes, nos mantendremos a distancia.

Cassandra se encogió como por la fuerza de un golpe y John se maldijo interiormente por la excesiva dureza de sus palabras.

Levantó la vista hacia el cielo. A esta hora volaban numerosas aves del río, huyendo del calor. Volaban hacia sus escondrijos, aleteando por encima del claro. Apuntó rápidamente con el arma y disparó. El inesperado ruido de la detonación causó el efecto de dar un gran susto a los visitantes. Nerviosos, olfatearon el olor de la pólvora, mientras el eco del disparo se ahogaba en las profundidades del bosque. El animal cayó a poca distancia entre los matorrales. John se adelantó algunos pasos y luego apuntó con fría deliberación a la mujer, elevando el cañón a un metro de su cabeza. La miró con dureza y extendió su mano. De reojo observó al hombre. Aguardaba sin inmutarse y no daba señales de querer intervenir.

“¿Qué haré”, pensó, “si esta mujer me apunta otra vez con su maldito tubo? No podré apretar el gatillo, pero ella me cree capaz de hacerlo”. La contempló y se sintió avergonzado. No pudo dejar de admirar su fascinante belleza y el resplandor de sus ojos. Le observaban en aquel instante lleno de desprecio y con

bastante temor. Buscó entre sus ropas y sostuvo valientemente un breve duelo de miradas con él, luego le entregó el tubo encogiéndose de hombros. Era sorprendentemente pesado. Sin apenas mirarlo, tuvo cuidado de no tocar los indicadores y un diminuto interruptor, que sobresalía de la pulida superficie metálica. Dio las espaldas a la mujer y se acercó lentamente al hombre. Sonriendo le ofreció la pequeña arma como un símbolo de confianza y amistad.

El hombre estiró la mano con una expresión indescriptible en su rostro, pero luego de mirar a su compañera, dudó. Parecía tener sus problemas. Finalmente lo rechazó.

John se aproximó entonces al borde del claro, donde treinta, treinta y cinco metros más bajo, se deslizaban las aguas del río. Observó el tubo por un instante, enseguida movió el brazo hacia atrás y lo lanzó.

Brilló al sol mientras describía un arco por encima de los árboles, y finalmente cayó al agua.

Los dos extraños gritaron simultáneamente palabras de advertencia en su suave idioma y se tiraron al suelo. Cassandra, confundida, siguió su ejemplo.

Hubo una silenciosa detonación y una trompa de agua brotó del río, elevándose a gran altura. La tierra tembló, los árboles se batieron y una ráfaga de aire, mezclado con vapor, barrió la colina, pasando por encima de ellos. John se lanzó al suelo protegiéndose contra la oleada de calor que amenazaba quemar su piel. Luego todo se calmó.

“El peso del tubo”, pensó. El peso debe haber sido energía acumulada. Supo más tarde que el objeto no era un arma y que servía para múltiples usos.

El hombre se incorporó finalmente y desapareció entre los árboles en dirección al río. Advirtieron que chapoteaba en el agua y luego volvió sonriendo con tres peces muertos. Murmuró algo y después no se pudo contener y estalló en carcajadas. Su compañera lo miraba con desaprobación. Pero luego sonrió por primera vez.

Cassandra buscó el animal muerto entre los matorrales, pidió los peces al hombre y se dispuso a preparar la comida. La mujer se acercó a ella con la intención de ayudar.

John trajo su block de apuntes y se sentó en la hierba frente al visitante. Observó por primera vez que llevaba una insignia sobre su sencillo traje. Representaba un círculo con siete esferas concéntricas, repartidas simétricamente en su circunferencia.

Su atención se distrajo momentáneamente, cuando desde la copa de un árbol cercano comenzó a cantar un pájaro. Pensó que se acercaba otra noche quieta y hermosa y que ya había llegado el verano. Instintivamente supo que a causa del contacto con seres de otra civilización, su vida iba a cambiar, para bien o para mal. Examinó sus sentimientos hacia Cassandra y se dio cuenta de que no lograba pensar con claridad en lo sucedido entre ambos. Aún se sentía humillado. Comprendía lo que significaría el contacto con una raza superior y todos los problemas psicológicos que esto implicaba. Los

suponía superiores, porque era poco probable que fuera una raza como la terrestre, expuesta a una evolución regresiva y a punto de extinguirse. Recién ahora estaba preparado mentalmente para hablar.

Miró al hombre que aguardaba en silencio, se tocó el pecho y pronunció la palabra “John”. Luego indicó hacia Cassandra y dijo lentamente su nombre. “John”, “Cassandra”, repitió el otro con sorprendente exactitud. Enseguida imitó los gestos de John, señalando hacia su acompañante y dijo “Maro”. Después, con una breve inclinación de cabeza, se presentó a sí mismo con el nombre “Bor”. John repitió ambos nombres.

Bor señaló hacia el cielo, con una pregunta en sus ojos. John sonrió y meditó un rato. Luego tomó el block y formó con puntos los números $3 - 1 - 7 - 4 - 2$. El hombre contempló la hoja y pareció reconocer la clave. En su rostro apareció una intensa sorpresa. Miró incrédulamente a John. Aquel tomó el block de sus manos y dibujó la clave $3 - 1 - 9 - 5 - 3$. Era la señal emitida por la misteriosa estrella, situada a siete años luz de Delta Pavonis. Pasó el block nuevamente a Bor y él inclinó su cabeza afirmativamente, observándolo con respeto. Murmuró algunas palabras y parecía confundido. John no podía saber que ellos no escuchaban estas señales, eran vibraciones silenciosas que guiaban automáticamente sus naves.

Cuando percibió una mirada interesada del visitante, sacó su reloj y se lo pasó. Se trataba de un buen cronómetro impulsado por oscilaciones atómicas. Bor inclinó su cabeza, apreciando el gesto y a continuación le entregó su propio reloj. En su rostro apareció la expresión de un coleccionista en posesión de un objeto raro y valioso, haciendo comprender a John que habían efectuado un trueque. El extraño comenzó a hacer señas. Tocó la tierra a sus pies, indicó hacia el sol y al reloj que le había dado. John comprendió de inmediato. A cambio de un objeto inútil, el otro le había obsequiado un cronómetro que medía el tiempo del segundo planeta de Delta Pavonis, lo que implicaba la presencia habitual de aquella civilización en este sistema.

El reloj era de un diseño sencillo, muy parecido al terrestre y parecía indicar un día de veinte horas. Tenía otra característica: Un diminuto punto luminoso al exterior de la esfera señalaba siempre en la misma

dirección. Era una brújula. Se lo entregaré a Cooper, pensó. Ninguna brújula terrestre funcionaba en el planeta, aún no habían descubierto por qué. Agradeció a Bor el inesperado obsequio y el otro sonrió amablemente.

John indicó nuevamente hacia la clave de la Tierra y luego al cielo. Finalmente escarbó con la mano en la tierra húmeda del bosque y pronunció la palabra “Tierra”. Bor repitió claramente la palabra, quitó ceremoniosamente la tierra de sus manos y señaló en la dirección aproximada de su planeta y dijo “Tarn”. Ambos sonrieron. Luego Bor indicó las esferas en su insignia y pronunció siete veces la palabra “Tierra”. John comprendió que todos los hombres llamaban a su planeta por la tierra que les había dado la vida.

Demoró algún tiempo para entender, cuando Bor tomó la iniciativa haciendo una serie de gestos. Parecía preguntar qué hacían aquí, por que habían venido.

Reflexionó un rato y decidió decir la verdad. Tomó su block y dibujó un paisaje con casas, niños y campos de cultivo. Después levantó la mano hacia el cielo e hizo comprender al otro que no iban a venir más naves. Dibujó hombres peleando, muchos hombres. Bor miró pensativamente la escopeta y John movió su cabeza con tristeza. Empezó a dibujar un átomo de uranio. Pero cambió de opinión y se decidió por un protón, un neutrón y un electrón en órbita. Llenó un espacio con átomos de hidrógeno y finalmente reprodujo los efectos de una reacción en cadena. La mujer se acomodó junto a ellos, sin intervenir en el intercambio de gestos. John terminó su dibujo y lo entregó a Bor. Lo examinó por largo rato con gran concentración. Súbitamente su rostro se iluminó y su expresión cambió de la comprensión al espanto. Observaba el pequeño sistema planetario moviendo su cabeza y John intuyó que el concepto terrestre de un átomo debía parecerle erróneo y primitivo. Arrancó la hoja del block y la tiró al fuego, enseguida pidió el lápiz. John vio nacer sobre el papel un nuevo átomo de hidrógeno, complejo en su formación pero sencillo de entender. Veía y comprendía lo que veía. El otro le revelaba la llave de una nueva ciencia, sencilla y hermosa, pero un terrible peso para quien no la supiera emplear. Brotaba allí una inagotable fuente de energía en el elemento que encendía los soles en el espacio y principal constituyente de la materia existente en el universo. Bor se reiría con incredulidad si sospechara que gigantescas centrales nucleares contaminaban la Tierra.

Recibió hipnotizado la hoja cuando le fue entregada, pensando que valía más de la mitad de toda la ciencia terrestre. La examinó y sus pensamientos se reflejaban en su rostro. Inclínó la cabeza y no la volvió a levantar en mucho tiempo. Como en sueños escuchó el canto del bosque, sintió aletear a los pájaros y vio los rayos oblicuos del sol de la tarde reflejarse en la verde hierba a sus pies. Pensó que era fácil perder lo que recién había hallado. Sabía que a su gente aún no le debía ser revelada aquella ciencia. Resultaría tan peligrosa como los valores de la civilización occidental para tantos pueblos puros y primitivos, quienes dejaron de creer en la milenaria herencia de sus antepasados, para arrastrarse contaminados y despojados de su dignidad, a la sombra de un dios extraño. Al fin tomó la hoja, la arrugó y la tiró al fuego. Observó cómo se consumía rápidamente entre las llamas.

Cuando separó la vista del fuego, con el dolor de una raza en sus ojos, advirtió que la mujer lo observaba como si lo viera por primera vez. Los visitantes parecían comprender que se encontraban frente a un hombre de una civilización fracasada, que deseaba otra oportunidad, empezando por el principio. De algún modo compartían su dolor, no había necesidad de palabras. La mujer se sentó a su lado y puso una mano sobre su hombro. John respondió con una sonrisa débil.

—Actuaste bien —dijo Cassandra a sus espaldas—, ahora son nuestros amigos.

Había amargura en su voz de la cual John no se percató. Aún estaba pensando en la misteriosa balanza del destino, que desde que el hombre era hombre, hiciera lo que fuera, al final siempre equilibraba.

–El combustible espera en la isla –le explicó el capitán y a continuación escuchó en silencio el informe de John.

–Dejo las relaciones con los visitantes en tus manos –expresó luego–. Confío en tu criterio. Si piensas venir con ellos, avisa con cinco días de anticipación.

Su voz sonaba dura y por alguna razón evitaba hacer comentarios acerca del inesperado contacto con extraños.

–John –dijo como si nada hubiera sucedido–, hemos hallado la tierra que buscábamos. Es un paraíso. Prefiero que la veas, entonces comprenderás. También hallamos los restos de una aldea en aquella región. Ahora llevaré un grupo de científicos a la zona, volveré pasado mañana.

–Aún no es conveniente que los extraños conozcan a nuestra gente, primero aprenderé algo de su idioma. Buena suerte, Henry.

–Lo mismo para ti, espero que salga algo bueno de todo esto.

Demoró horas para convencer a Bor de que le enseñara a hablar su idioma, pero después de quince días ya era capaz de sostener una conversación sencilla. Tropezó con dificultades cuando tuvo que asimilar conceptos ajenos al pensar humano. Bor, sin embargo, quedó impresionado por la capacidad de su alumno.

–Posees un buen cerebro –le dijo una mañana–. Aprendiste en muy poco tiempo y sin la ayuda de equipos de enseñanza la base de nuestro idioma.

Enseguida lo observó con serenidad.

–¡John, ha llegado el momento de hablar! No has mostrado curiosidad de por qué y cómo llegamos aquí y quiénes somos. Te lo explicaré ahora. A poca distancia río abajo, se encuentra nuestra nave. Maro y yo pertenecemos temporalmente a las patrullas espaciales y captamos la presencia de vuestra nave cuando entró a este sistema.

Vaciló y John advirtió que le era difícil seguir hablando.

–Hemos llegado a ser amigos, John, pero nuestras leyes espaciales me obligan a comunicarte algo desagradable.

John observó a Bor con fijeza.

–¡Di lo que tengas que decir!

–Durante mucho tiempo nuestra raza no ha tenido contacto con otra en este sector de la galaxia y durante 180 de vuestros años hemos estado restableciendo las condiciones de vida en este planeta; entre nosotros viven los últimos descendientes de su antigua civilización. Es mi deber informarte que los superiores de mi pueblo deliberarán y decidirán si ustedes pueden permanecer aquí.

La expresión del rostro de John se hizo impenetrable.

–Me considero un habitante de este mundo. ¿Qué sucederá si tu pueblo decide que tengamos que volver a partir?

Sus ojos se endurecieron y pensó en una última y cruel lucha por sobrevivir. Era probable que su gente elegiría aquel camino en vez de volver a la oscuridad.

–Nosotros no matamos –aseguró Bor, leyendo sus sombríos pensamientos.

–¿Quién exterminó los habitantes de esta tierra?

–Mantenemos la paz en seis planetas –respondió el otro tranquilamente–. Somos los únicos que aún viajamos por el espacio. Vigilamos a numerosas civilizaciones, incluyendo a la tuya.

Inclinó pensativamente su cabeza.

–Aquí fallamos; eran muy distintos a nosotros y no aceptaron nuestra ayuda. Se mataron entre ellos con terribles armas.

–No aceptaremos abandonar una tierra hermosa y desocupada –insistió John–. Vuestra intervención pone en peligro nuestra supervivencia.

–Hay otros planetas habitables y existen muchas soluciones. Si tu gente es pacífica no tiene nada que temer. Debes comprender, mi pueblo ha sido atacado desde el espacio en el pasado y desde entonces velamos por nuestra seguridad.

–No comprendo cómo han logrado rechazar a un enemigo sin usar la violencia.

–En el pasado tuvimos que luchar, pero el último incidente se presentó hace siglos. Temo que hemos olvidado cómo utilizar las armas, pero la moral de mi pueblo no llega al extremo de no querer sobrevivir.

–Maro me atacó –murmuró John pensativamente.

–Solamente te paralizó –replicó Bor con serenidad–. Estaba

asustada, pero aún en peligro de muerte no sería capaz de causar daño permanente a otra persona. Hemos actuado de un modo extraño y nos sentimos avergonzados.

–También yo me siento avergonzado –dijo John, mientras observaba los reflejos del sol en el río, que parecía yacer inmóvil a la distancia. No había viento e incluso los bosques permanecían en silencio.

–No tenemos nada con qué luchar, solamente nuestro valor

–continuó en voz baja–. Nuestro tiempo se acaba y no podemos irnos. El casco de la nave no resistiría otro viaje y mi gente ya no quiere vagar por el espacio. Sé que preferirían morir.

Bor movió su cabeza con tristeza.

–No he conocido a nadie que quiera morir, no comprendo esta idea. Debes esperar, John. No nos juzgues sin entendernos. Espero no haberte ofendido con mis palabras.

–No me has ofendido –respondió John, poniéndole una mano en el hombro.

–Si tu gente es como tú, podemos confiar en el futuro. Pero no olvides que vuestras manos se pueden manchar con sangre.

Un silencio creció entre ambos pero luego continuó.

–Hablé con mi gente e iremos a verlos en pocos días más.

Bor asintió.

–Aquel día te mostrabas muy interesado en Cassandra

–siguió John–, siento curiosidad de saber por qué.

El tarniano se sonrojó.

–Temo que mi extraño comportamiento causó nuestra pelea.

–Olvidalo, pero explícame la razón de tu excitación.

Bor suspiró y comenzó a hablar con lentitud.

–Una vez llegaron numerosas naves, provenientes de las profundidades del espacio y atacaron nuestra antigua confederación de planetas. La vida en uno de ellos fue casi inmediatamente destruida, pero sus naves de guerra alcanzaron a salir al espacio abierto. Atacaron a la flota enemiga y la lucha duró muchos meses. Cuando la última de las naves defensoras se había desintegrado, a los invasores les quedaba solamente la mitad de sus fuerzas. Mi planeta fue casi destruido, pero finalmente logramos dispersar a los extraños. Desaparecieron para siempre en el espacio. Nos es posible retroceder a

tiempos muy antiguos de nuestra historia, basta recurrir a los archivos y ver los sucesos en una pantalla. La raza que se extinguió era morena y aún ahora, después de haber transcurrido más de mil de vuestros años, permanece viva en el recuerdo de mi pueblo. Por esto me sorprendió tanto la presencia de Cassandra, porque es morena y hermosa.

–Entiendo –dijo John–. Ahora comprendo todo.

No quiso desilusionar a Bor, explicándole que gran parte de su sangre era blanca. Contempló el perfil del otro y no pudo resistir formular una pregunta más.

–¿Poseen todos los tarnianos la misma perfección física?

Bor sonrió con cierta tristeza.

–Nuestra historia enseña que las guerras destruyen lo mejor de una raza. Es verdad que mueren en ellas los que odian, pero también perecen los que aman a su tierra y siempre sobreviven los peores hombres de una sociedad. Mi pueblo quedó debilitado y enfermo después de la última confrontación y nuestros científicos empezaron a controlar los nacimientos.

–No comprendo muy bien –dijo John, confundido.

–Muchos murieron, pero mi planeta estaba sobrepoblado. Desde entonces hombres y mujeres pueden ser padres de dos hijos y si aquellos son sobresalientes se les ruega tener un tercero. No me preguntes ahora el significado de la palabra sobresaliente, porque no comprenderías la respuesta.

–Pero creo comprender –murmuró John–. Evolución es el único progreso que puede tener una sociedad.

El tarniano lo miró con afecto.

–Ahora buscaremos mi bote entre los matorrales y me enseñarás a pescar en el río.

John asintió pensativamente.

El bote resultó ser una maravilla. Se deslizaba silenciosamente en el agua, impulsado por un pequeño motor que parecía generar su propia fuerza.

–Periódicamente se le alimenta con energía por medio de un tubo como aquel que quitaste a Maro –explicó Bor.

–Espero que no haya sido el único.

–Ella tenía dos –dijo el tarniano sonriendo–. Te dio uno para dejarte contento.

3

Faltaban pocos días para el retorno a la nave. Cassandra y Bor habían bajado aquella tarde a la desembocadura del gran río y John pescaba en una poza del riachuelo. Tenía dos hermosos peces para la comida, cuando una voz a sus espaldas espantó a otro a punto de morder el anzuelo. Era Maro que descendía por las rocas de la orilla.

–No me gustan tus modales –le dijo con una mueca–. Me abandonaste en el bosque y fue difícil encontrarte.

–El miedo te ha traído hacia acá –observó él, retirando la carnada con un suspiro. Sospechaba que la pesca había terminado.

–¡Así es, me puedo pasar sin tu compañía!

–Bor me explicó algo sobre la selección genética natural que practica tu pueblo –dijo él, levantando las cejas–, pero tu carácter demuestra que después de mil años no todos han quedado perfectos.

Maro sonrió en contra de su voluntad.

–No soy tan mala, pero eres un hombre extraño y me haces actuar de manera violenta.

John lanzó una carcajada.

–Solamente te falta experiencia. Posees todas las demás condiciones, pero sin el conocimiento de cierto código de honor. Jamás deben pelear dos contra uno.

–No comprendo este modo de pensar –murmuró ella.

Él la contempló sonriendo.

–Pensé que había paz entre los dos.

–Es verdad –reconoció ella–, pero me pones un poco nerviosa e ignoro lo que piensas o lo que vas a hacer. ¿Cuántos de vuestros años tienes tú? –inquirió sorprendidamente.

Por primera vez la miró a los ojos. Eran hermosos y había algo fascinante en ellos, que a ratos estaba allí y luego se escondía detrás de un velo. Este algo le hacía sentir un extraño dolor.

–Una sombra pasó por tus ojos –señaló la mujer–. Siempre veo pena en ellos.

–Tengo 35 años –dijo John en voz baja.

Maro le observaba pensativamente.

–Esto explica muchas cosas, eres casi un niño aún.

John sonrió.

–Dentro de cinco años mis cabellos comenzarán a teñirse ligeramente de blanco y en 30 años seré viejo. Nosotros viviremos hasta los 90 años, nuestros hijos alcanzarán los 70, porque ya no dispondrán de medios para prolongar su vida.

–Cumplí cuarenta de tus años –reveló ella.

John la contempló con incredulidad.

–Parece que tu matemática falla, Maro.

–Nosotros vivimos hasta los 150 años –respondió ella con suavidad.

–Entonces eres mucho más joven que yo –murmuró él desconcertado.

–¿Te gustaría alcanzar esta edad?

–Sí –respondió John–. Acabo de empezar a vivir, perdí mis mejores años viajando en la oscuridad.

–Mi pueblo decidirá –dijo Maro–, es algo que pueden recibir de nosotros.

Enseguida se sentó muy cerca de él, rozándole la cara con su cabello.

–Parece que me has tomado como un objeto de estudios

–manifestó él–. He notado que me tienes bajo constante observación.

Un diminuto diablo bailó por un breve instante en los oscuros ojos de la mujer.

–Debo informar acerca de ustedes, pero es una tarea difícil. No eres amistoso.

John estaba levemente irritado.

–Me agradaría efectuar una experiencia –dijo–, revelaría mucho sobre las costumbres de mi pueblo.

Maro examinó su rostro, intrigada.

–Siempre me han interesado los experimentos.

–Hay algo en ti que me hace recordar –murmuró John inconscientemente y la mujer percibió la soledad en sus ojos. La tomó en sus brazos sin pensar y la besó. Le abrió los labios con su beso y ella no resistió cuando puso una mano en su hombro, muy cerca de sus senos. Luego algo sucedió. Su cuerpo se puso rígido, se separó de él y le miró con creciente indignación.

–Esto también es violencia, John –le dijo severamente–, primero debes hablar a una mujer.

–Perdóname, actué sin pensar –se disculpó, desconcertado.
 –Ha sido un experimento –afirmó Maro.
 –Tal vez –replicó John con la mirada ausente–. Pero fue solamente esto y no resultó.
 Ella aún escrutaba su rostro, pero su expresión se había suavizado
 –No volverá a suceder, pero no debes vigilarme tan de cerca que llegue a sentir tu cuerpo. Así evitarás que despierte la violencia en mi interior. Es preciso que me dejes solo, Bor sabe todo acerca de mí.
 –Tengo entendido que dedica toda su atención a Cassandra
 –expresó ella con indiferencia.
 John inclinó su cabeza, pero luego la miró inexpresivamente.
 –Pediré a Bor que me lleve a Tarn para interceder en favor de mi gente.
 –Debe haber otro más indicado que tú, allá no puedes actuar en la forma que lo has hecho últimamente, sin perjudicar a los tuyos.
 –Ellos me estiman y confían en mí –replicó John sin inmutarse–. Necesito encontrar paz, Maro. ¿No me comprendes?
 –Intento hacerlo –respondió ella con inesperada suavidad–. Bor insistirá en que tu compañera nos acompañe, ella será una buena representante de tu raza.
 –Ella elegirá –murmuró John
 Caminando en silencio emprendieron el regreso al campamento.
 –¿Quién era ella? –preguntó Maro sorprendidamente.
 –Alguien que ya no existe –respondió él con cierta brusquedad.
 Al caer la noche, Cassandra se acercó a John. Estaba furiosa y se veía más hermosa que nunca.
 –Noté que Maro estaba pensativa y la obligué a decirme por qué. La besaste porque pensaste que era como Ruth. Ya han pasado más de cinco años, John. ¿Cuántas mujeres crees amar simultáneamente? De ahora en adelante seguiré mi propio camino.
 John no encontró las palabras precisas para apaciguarla. Cassandra retrocedió un paso cuando vio la expresión de su rostro.
 –No me mires así –dijo–. Tú no sabes lo que quieres.
 –Siempre lo supe –respondió él en voz baja–. Soy leal,
 Cassandra. ¿No lo comprendes? Leal con los vivos y con los muertos. Hace veinte días vago solo por la orilla del río. También pensé en Ruth, recién fue enterrada. ¿Dónde has estado cuando más te necesité?
 Ella intentó decirle algo, pero luego su expresión se endureció.
 –Los muertos están muertos –dijo con voz apagada. Enseguida se dio vuelta y se alejó de él.
 Dos días más tarde iniciaron el regreso a la nave.

4

Los terrestres recibieron a los tarnianos con una sencilla ceremonia de bienvenida y su presencia causó una fuerte impresión. Bor mostró de inmediato un enorme interés por la nave interestelar. Miró pensativamente el casco carcomido e inspeccionó su interior de cola a punta. John recorrió con él por última vez los familiares niveles y corredores, pronto se iniciaría un lento proceso de dismantelamiento. La tecnología del viaje espacial perduraría con la mantención de las dos pequeñas naves de exploración. Cooper y el equipo de mantención preparaban la gran nave para un último y difícil viaje de 600 kilómetros.

–Una vez más tendrás nuestro destino en tus manos –manifestó Morgan emocionado, arriba en la inanimada Sala de Control.

–Lucha por esta tierra y vuelve pronto. Entonces hallarás un hermoso pueblo rodeado de campos y bosques, esperándote. Desde allí se huele la cercanía del mar y gaviotas perdidas vuelan por encima del lugar. Encontrarás todo por lo cual has luchado tanto. Debes retornar pronto, estaremos contando los días.

Maro había aguardado cerca, esperando que dejaran de hablar.

–Bor me dijo que tú eres el segundo capitán de esta nave.

–Es cierto, Maro –respondió John–. Toda mi vida he sido un hombre del espacio, pero esto ya pertenece al pasado.

Un día volvieron a bajar el río y Cassandra los acompañaba. John se despidió de su nueva tierra antes de subir a la pequeña nave tarniana. No sospechaba que no la volvería a ver. Atrás quedaban sus compañeros de tantos años y el lugar donde descansaba Ruth.

CAPÍTULO NOVENO

1

La nave abandonaba velozmente el sistema de Delta Pavonis y del segundo planeta quedaba apenas un diminuto punto de luz en la negrura.

Durante horas, John había examinado con resignación el interior de la pequeña cabina de control. Le sorprendía la aparente sencillez del diseño de los mandos y la ausencia de complejos instrumentos, pero desistió formular preguntas porque intuía que no comprendería las respuestas.

–¿Cuánto tiempo demoraremos en llegar a tu planeta? –inquirió por primera vez.

–Nueve meses de tu tiempo o un instante –replicó Bor, sonriendo misteriosamente.

Oprimió uno de los escasos botones visibles en el panel de mando y en una oscura pantalla aparecieron cuatro hileras de señales luminosas, atravesándola en continua sucesión. John reconoció en ellas la clave de la ruta interestelar que conducía al planeta Tarn. Enseguida cambió algunos conmutadores de posición y se reclinó en su asiento, escudriñando el negro exterior mientras viraba la nave.

–Esto es todo, amigo –explicó luego, incorporándose–. Ahora debes acompañarme.

Entraron a la única otra sección existente en la silenciosa nave y allí encontraron a las dos mujeres acostadas inmóviles en literas herméticamente cerradas con un material transparente. John contempló pensativamente sus cuerpos inanimados y comprendió.

–Es tu turno ahora –le indicó Bor con suavidad–. Yo seré el último

Obedeció y se tendió en una litera desocupada y el tarniano la cerró.

–No temas –escuchó decir al otro–. No existe ningún peligro, solamente dormirás sin apenas envejecer. También tenemos la inconsciencia de la muerte para viajes a largas distancias, pero tratamos de evitar la pérdida de la memoria y algunas veces la muerte. Hasta pronto, amigo. ¡No te muevas!

John comenzó a sentir un irresistible deseo de cerrar los ojos

y muy pronto se quedó dormido. Más tarde despertó semi atontado. Inspeccionó por un rato el extraño lugar donde se encontraba y recordó. Enseguida se acomodó, pensando que era agradable descansar de aquel modo.

Entonces sintió la voz de Bor, que lo llamaba.

–¡Ven, John, ven! Quiero que mires por un instante al exterior.

Se incorporó con dificultad y se aproximó con pasos vacilantes a una ventanilla lateral. Allí abrió los ojos, súbitamente despierto. Frente a ellos brillaba una esfera dorada en la oscuridad y a sus espaldas comenzaban a moverse las dos mujeres.

–Estamos llegando –explicó Bor, extendiendo una mano–. ¡Esta es mi tierra!

CAPÍTULO DÉCIMO

1

Descendían lentamente encima de un pequeño espaciopuerto, situado al medio de una región agrícola, con pintorescos pueblos esparcidos entre zonas boscosas y simétricos campos de cultivo.

Cuando la nave había quedado en silencio, Bor dirigió algunas palabras a una placa metálica encima de su asiento. John alcanzó a escuchar solamente “Contacto amistoso” y “Presencia de hombres provenientes del sector 311”, mientras contemplaba a través de las ventanillas un área de verde césped y más allá una torre de señales.

Esperaron. Luego contestó una voz.

–Permiso concedido, los visitantes deberán presentarse mañana ante la autoridad.

Era evidente que la llegada de una nave no pasaba de ser un asunto de rutina, lo que explicaba que nadie acudiera a recibirlos. Con su fértil imaginación, John había creado las más fantásticas utopías acerca del aspecto exterior de una civilización superior. Cuando abandonaron el espaciopuerto se llevó una gran sorpresa.

Se hallaban al medio de una pequeña ciudad blanca bajo un pálido sol de temprana primavera. Buscó en vano edificios monumentales, de estructuras audaces o anchas avenidas rebosantes de gente y vehículos.

Creyó comprender por qué.

En Tarn ya no utilizaban lo monumental intentando alcanzar lo inalcanzable, tal vez lo perseguían recorriendo solitarios caminos entre los lejanos soles de la galaxia.

Era una ciudad de apacible apariencia, de casas con puertas sin cerraduras rodeadas por bellos jardines sin rejas. Rincones inesperados ofrecían detalles arquitectónicos que mostraban la personalidad de sus moradores. Calles y casas trepaban por suaves colinas entre árboles florecidos y en el aire vibraba el alegre canto de los pájaros.

–Ahora puedo ver cuánto aman ustedes la vida –manifestó John, extrañamente conmovido–. Vuestros constructores reemplazaron la simetría por sus sentimientos.

–A veces hablas bien –comentó Maro.

–Es difícil comprender para un visitante que desconoce nuestras costumbres.

–Tú lo haces aún más difícil –la regañó Bor con suavidad.

–Él ya no se enoja conmigo por mi franqueza –replicó ella y John sonreía débilmente, sin comprender completamente lo que veía. Se cruzaban con gente en el camino y la presencia de Cassandra llamaba poderosamente la atención.

–Maro y yo somos de otra ciudad –explicó Bor.

–Ahora nos dirigiremos a una gran casa donde reciben a los viajeros, la gente cuidará de nosotros.

Advirtió cómo la mirada de John recorría los desniveles de las calles y las escaleras subiendo por las colinas.

–Iremos a pie, ya no transitan vehículos por las ciudades. Además las distancias son cortas. No nos atrae pensar que la muerte ronda a un paso de nuestras puertas.

John pensó avergonzado en el maravilloso mecanismo de los coches del pasado, que habían segado más vidas que revoluciones en países con gobiernos inestables o los sacrificios humanos de antiguas civilizaciones. Pero aun así preguntó: –¿No es un modo algo primitivo para trasladarse de un lugar a otro?

–Así es –reconoció Bor con serenidad.

–Hemos tenido que recorrer un largo camino, antes de llegar a tener el valor para retornar a las cosas sencillas. Sin embargo existen rutas subterráneas que nos comunican con lugares alejados, por ellas transitan nuestros vehículos.

A medida que caminaban cambiaba el aspecto de las calles. Llegaron a una plazoleta pintoresca y aparentemente se hallaban en un sector comercial. Inmediatamente despertó la curiosidad de los terrestres.

–Vuestra manera de vestir llama demasiado la atención –señaló Bor después de haber explicado a sus amigos el uso y significado de numerosos objetos–. Aquí conseguiremos ropa adecuada.

Entraron a una tienda y allí eligió para John ropas de sencillo corte, pero de excelente hechura.

–Habrás advertido que en Tarn casi no existe la moda –dijo luego–. Es algo que se ha perdido hace siglos y nunca hemos intentado averiguar por qué, simplemente nos ha dejado de interesar.

A Cassandra le fue permitido escoger y se decidió por ropa de corte masculino. Se veía bella y el encargado la observaba con respetuosa consternación.

Recién en la calle, John recordó que no había visto pagar a su amigo. Bor sonreía, adivinando como siempre sus pensamientos.

–El dinero ya no existe entre nosotros, su poder corroe a los fuertes y destruye a los débiles.

–¿De qué modo recompensan a hombres de desigual capacidad?

–Existe una escala exacta de evaluación del trabajo, en dos niveles. Uno intelectual y especializado, el otro de simple labor. El que desempeña labores desagradables, como por ejemplo manejar máquinas que disponen de la basura, debe trabajar solamente tres meses al año, cinco horas diarias y un mes en el nivel especializado. La mayoría de nuestros poetas, escritores y artistas eligen aquellas actividades, para disponer de mucho tiempo libre. Si sus obras son aceptadas entran a la escala de evaluación. Quienes las reciben deben trabajar más, como me sucede a mí porque siento una fuerte atracción por el arte y colecciono objetos provenientes de otros planetas. Verás que nuestra tecnología es sencilla y todo lo producido es funcional sin carecer de belleza, diseñado en su forma más perfecta para una larga duración. Trabajamos así sin complicaciones.

–¿Y existe la propiedad privada, Bor?

–Desde luego, John. Todo lo que deseas será tuyo. Pero comprenderás que la propiedad de objetos fácilmente obtenibles, exceptuando tu hogar, no tiene mayor significado. He oído hablar de gente que acumula muchos objetos, se trata de raros casos de demencia entre nosotros.

John levantó las cejas y sonrió pensativamente. El tarniano lo observaba con fijeza.

–No te extrañes por mi actitud, pero esta demencia reinaba en mi mundo antes que los objetos se convirtieran en inútiles. La gente utilizaba todos los medios imaginables para obtenerlos, aprovechando luego con su poder la avaricia, demencia y pobreza de los demás.

Entonces la masa de pobres, soñadores y dementes se unía y se apoderaba con incontenible violencia de lo que quería poseer. Luego todo se les desvanecía como arena entre las manos, incluso su libertad manchada de sangre.

El tarniano había escuchado en silencio.

–Hemos superado esta etapa sin destruirnos. Pronto te llevaré a conocer las grandes ciudades abandonadas. En una de ellas aún se encuentra nuestro antiguo Centro Espacial y los archivos de todos los viajes desde tiempos remotos. Allí encontrarás contestación a muchas preguntas.

–¿Quién gobierna a tu pueblo?

–La Junta de los Superiores, los hombres más aptos del planeta y superiores en el sentido que hemos dado a esta complicada palabra. Proviene de tiempos antiguos y significa actualmente “Los mejores”. El padre de Maro es uno de ellos.

–¿Y su hija heredó algunas de sus cualidades? –inquirió John deliberadamente.

Bor se retorció bajo el peso de la pregunta y se puso colorado.

–Prefiero no contestar –dijo ingenuamente y Maro miró a ambos hombres de una manera indescriptible.

Cassandra no había hablado desde que bajaron a tierra, caminaba siempre muy junto a Bor. John creía adivinar algo sobre las costumbres sexuales de los tarnianos. Parecían ser sanas y libres, pero existía el matrimonio. Intuía que Cassandra tenía relaciones con Bor. Aquella sospecha le atormentaba constantemente. Se sentía solo y la imagen de Ruth había retornado de las sombras, abriendo sus antiguas heridas.

2

Se encontraban en una pequeña sala del edificio de la Junta de Superiores. Aguardaban ser recibidos oficialmente e interrogados en forma preliminar por la autoridad. Por una ventana entreabierta escuchaban las voces y el corretear de niños entre las arboledas. A medida que transcurría el tiempo, aumentaba su nerviosidad, ahora se verían obligados a encontrar las palabras precisas para defender a su raza. Bor y Maro no se hallaban presentes, los terrestres tendrían que enfrentarse solos a la autoridad. Esta era la ley.

Faltaban escasos segundos para la hora fijada, cuando se abrió una puerta y entró un hombre relativamente joven. Se aproximó y con cierta ceremoniosidad les estrechó las manos, dándoles oficialmente la bienvenida al planeta Tarn.

“He aquí a uno de ellos”, pensó John, observando al otro con curiosidad. Su aspecto no era diferente a los demás, solamente sus ojos mostraban una rara calidad penetrante. Pero la sinceridad de su bienvenida parecía ser genuina y se reflejaba en su rostro.

—¿Quién de ustedes representa a vuestro pueblo? —preguntó, contemplando impactado a Cassandra.

—No soy yo —respondió ella, buscando con dificultad las palabras para expresarse—. Mi compañero ha sido elegido.

—Mi nombre es Garb —se presentó el tarniano—. Fui designado para informar a la Junta acerca de ustedes. Tengo al mismo tiempo la autorización para tomar algunas decisiones inmediatas.

Ocultó su interés por Cassandra y los invitó cortésmente a tomar asiento. Enseguida observó a John con atención y se dirigió a él.

—Ambos tienen grandes defensores en Maro y Bor, ellos se presentaron hoy en mi casa. Una medida en vuestra contra sería considerado por ellos un acto indigno e injusto.

John no pudo ocultar su sorpresa. Sonrió débilmente y se sintió emocionado por la lealtad de quienes habían asegurado con sencillas palabras ser sus amigos.

—Su testimonio no me es útil. Según ellos son ustedes semi dioses del pasado, errando perdidos entre las estrellas. No intento ser ofensivo con las preguntas que debo formular a continuación, me veo obligado a actuar de acuerdo a nuestras antiguas leyes.

—Comprendo —murmuró John.

El superior lo observó con fijeza. Tal vez notaba la humillación que sentía por tener que demostrar la dignidad de los suyos, con el penoso conocimiento de que su raza ya no lo era.

La expresión del tarniano se suavizó.

—Entiendo que dominas bien nuestro idioma. ¿Estás dispuesto a responder?

—Me siento obligado porque las circunstancias nos hacen parecer como intrusos, pero nuestro contacto ha sido casual.

—Sé que la situación no es agradable para ti —dijo el otro con serenidad—. He aquí mi primera pregunta: ¿Cuál es la razón de vuestro largo viaje y la toma de posesión de uno de nuestros planetas?

John meditó y decidió responder con sinceridad. Sospechaba que sabían muchas cosas sobre la Tierra y no debía ocultar la verdad.

—Los habitantes de la Tierra han iniciado un penoso camino de evolución regresiva —empezó a decir—. Destruyeron su herencia y perdieron los valores naturales que poseen todos los seres vivos. Su religión, política, ciencia y algo misterioso que nunca alcanzaron a comprender, los ha llevado al borde de una inevitable autodestrucción. Los tripulantes de nuestra nave aún mantienen intactas las antiguas cualidades de las razas terrestres y hemos abandonado aquella civilización para encontrar un mundo nuevo o perecer en el espacio. Elegimos a un sol siguiendo una misteriosa ruta estelar, semejante a otra dirigida a nuestro sistema. Su clave parecía indicar la presencia de un planeta habitable sin vida inteligente. Ahora hemos llegado al final del camino.

El semblante de Garb era inescrutable.

—Nuestras leyes provienen de la necesidad de protegernos. Sabemos que tu raza es violenta, implacable y destructiva. La vida es algo muy diferente a una infección incurable y no debe consumir la belleza de lo que le pertenece.

Movió casi imperceptiblemente su cabeza.

—También sabemos que son formidables luchadores que no temen morir. Es fácil de comprender, para ustedes siempre ha sido difícil vivir porque olvidaron la dignidad de las especies inferiores de vuestro planeta.

John inclinó su cabeza para ocultar su humillación. Pero luego la volvió a levantar con una expresión ausente en su rostro.

—A través de los milenios, desde la oscuridad del principio de nuestra historia, existieron grandes hombres. Muchos de ellos sacrificaron sus vidas en el anonimato, trazando nuevos senderos. Pero los oscuros conductores se desvanecieron en el tiempo y sus pasos se han perdido.

—Comprendo —aseguró Garb—. Los archivos de nuestra historia están llenos de sufrimientos.

Respiró profundamente y pareció irritado consigo mismo.

–Dime si existen razones valederas para tolerar vuestra proximidad, sin el constante temor de que este pacífico planeta sea atacado por vuestros descendientes. Poseen suficientes conocimientos para viajar por el espacio y dañar seriamente a otra civilización.

–Es poco probable –respondió John sinceramente–. Creemos haber dado un paso hacia adelante, no nos separan ideas ni idiomas. Sin embargo no puedo predecir el lejano futuro.

–¿Cuál sería la reacción de los tuyos, si les exigiéramos que se fueran?

John resistió la mirada del superior con serenidad.

–Nuestro instinto primordial, como el de todas las especies y razas del universo, es el deseo de sobrevivir. Lucharíamos hasta morir. ¡Tu pregunta no es justa!

–¡Tu respuesta no es enteramente válida! Pero he sido injusto. Retiro la pregunta y olvidaré la respuesta.

–Tu pueblo nos quiere juzgar, pero nuestra culpabilidad proviene del pasado.

–No nos consideramos dignos para juzgar, intentamos evaluar la peligrosidad de tu gente.

–Hemos viajado por un decenio en la oscuridad y jamás hubo violencia.

–Deben tener el corazón fuerte para resistir tantos años despiertos en una nave. Bor me informó que es primitiva, pero maravillosa.

El rostro del superior adquirió nuevamente una expresión seria.

–¿Se opondrían ustedes a ser trasladados a otro planeta, con toda la ayuda necesaria para establecerse?

John reflexionó y tomó su tiempo en responder.

–Estamos cansados y aún no tenemos hijos. Los primeros deben estar por nacer en un pequeño pueblo recién terminado de construir. Mi gente habrá arado y sembrado la tierra, aguardando llenos de esperanza la primera cosecha. Nuestro tiempo se acaba y queremos perdurar.

Garb contempló por largo tiempo a los representantes del grupo terrestre y suspiró.

–¿Cuáles son vuestras aspiraciones?

–Les suplicamos que nos dejen vivir. Si es preciso renunciaremos a los conocimientos de astronavegación y les entregaremos nuestras naves. Sea cual sea la decisión, estamos obligados a retroceder. Deseamos otra oportunidad.

–Consideraremos esta posibilidad –respondió el superior. Su voz adquirió un timbre extraño–: ¿Tu raza se opondría a ser absorbida por la nuestra?

–Me sentiría honrado –dijo John sorprendido–, pero no me atrevo a responder por los demás.

–Entiendo –expresó Garb, contemplándolo nuevamente con severidad–. Debo advertirles que vuestra presencia nos hace recordar a nuestro lejano pasado, hemos sido como ustedes. Consideraremos la posibilidad de la absorción, por ciertas inquietudes que circulan últimamente entre algunos miembros de la Junta. Es indispensable averiguar más sobre los valores morales y la salud mental de tu gente. Mañana partiré en una nave rápida para una breve permanencia entre ellos. Ambos pueden acompañarme o permanecer aquí. La Junta de Superiores tomará una decisión definitiva en el plazo de un año, a partir de hoy.

–Nuestro deseo es permanecer en Tarn.

–De acuerdo –dijo el superior–, entonces la reunión ha terminado.

Se levantó y se aproximó amistosamente a los terrestres.

–Queda por decir que las casas de la ciudad están abiertas para entrar en ellas y convivir con mi pueblo sin ninguna clase de prohibiciones. Es muy importante que aprendan a conocernos. Dejen de pensar en la muerte, ninguna de nuestras decisiones les hará perecer. Vuestros amigos esperan afuera, saldré por otra puerta para

evitar un interrogatorio de parte de Maro. Les deseo buena vida, amigos. Enseguida el tarniano les dio la espalda y abandonó la sala.

3

Solían recorrer de noche las calles de la ciudad blanca, caminando por sus jardines dormidos. Subían y bajaban los senderos de las colinas y pasaban junto a viejas murallas cubiertas de hiedra que comenzaba a florecer. En las plazas silenciosas bebían de fuentes cristalinas, adornadas con esculturas cuya belleza les conmovía, sin que comprendieran plenamente su forma o expresión. El embrujo del ambiente impresionaba profundamente a John y le hacía sentir una inexplicable nostalgia. Fue en una de aquellas noches de primavera que percibió en el fragante y cálido aire un inesperado ruido familiar, mil veces escuchado y casi olvidado. Agudizó sus sentidos como un perro de caza frente a una antigua huella y se detuvo. Maro fue la primera que advirtió su curioso comportamiento.

–Algo te sucede, John, dime lo que es.

–Siento un ruido. ¡Allí está de nuevo! ¿Lo escuchas?

Bor sonrió.

–Iremos a satisfacer tu curiosidad. Procede del jardín de aquella casa. Nos acercaremos en silencio.

Entraron a un patio iluminado y John comprendió porqué había sido atraído por el lugar. Eran los sonidos apagados, fondo de un tenso silencio, que causaba el correr de sillas y las movidas de piezas sobre tableros, de muchos jugadores de ajedrez.

Pero ahí no se jugaba ajedrez.

Observó el ambiente con mezclados sentimientos. Se fijó en los concentrados jugadores, inclinados sobre grandes tableros con campos extrañamente irregulares y comprendió algo de la esencia del juego.

Las piezas parecían ser naves espaciales de distintos tamaños que luchaban en un espacio abierto entre dos planetas. Por la gran cantidad de figuras y las intrincadas divisiones del tablero, dedujo que se trataba de un juego complicado. La escena hizo retroceder sus pensamientos al pálido pasado. Recordó las implacables batallas que había librado sobre los campos negros y blancos del ajedrez, un juego donde se empleaba la lógica, incluso la belleza y el romanticismo, para la aniquilación del adversario, sacrificando peones, caballos, alfiles, torres y la orgullosa dama para defender a un huido y semi paralítico rey.

Un juego no exento de grandeza, que reflejaba sin duda gran parte de la historia humana escrita con sangrientas letras.

A su mente acudió un verso de Khayyam, donde Alá juega una misteriosa partida, mueve, detiene y vuelve a empujar a los hombres, para arrojarlos finalmente uno a uno a la caja de la nada.

Advirtió que dos tarnianos de cabello blanco jugaban frente a una computadora y dedujo que aquella estaba conectada con los campos del tablero. Ambos hombres debían ser campeones, les rodeaba un grupo de silenciosos espectadores.

Cassandra se acercó a él por primera vez en mucho tiempo y vio el rechazo en sus ojos. Bor comprendió que su amigo había visto todo lo que le interesaba y fue el primero en abandonar el lugar, seguido por los demás. Cassandra se sintió obligada a dar una explicación cuando se percató de la curiosidad de los tarnianos.

–John ha sido un gran maestro en un juego semejante. Cuando era muy joven aún ya se enfrentaba a las mentes más poderosas de la Tierra. Un día se retiró y nunca quiso explicar por qué.

–Somos tus amigos, John –dijo Maro–. Nos interesa saber algo de tu pasado.

–No le agrada hablar de sí mismo –explicó Cassandra, con un tono de amargura en su voz–. Parece haber dejado el juego para llegar a ser astronauta. Física y mentalmente eran los hombres mejor dotados de la tierra. Él resiste una aceleración que mata a otros.

–Durante el primer Imperio teníamos hombres así –murmuró Bor impresionado.

John sonreía pensativamente.

–Me sorprende ver que practiquen un juego que imita a una batalla en el espacio. Es una contradicción a vuestro modo de pensar.

–¡Te equivocas! –le contradijo Bor con seriedad–. Es verdad que el juego “Imperio” se asemeja a nuestra historia pasada, pero para vencer en él, es preciso actuar con los valores morales del presente. El enfrentamiento entre dos mentes crea sin duda un ambiente de lucha. Es entonces cuando la sabiduría debe dominar a la violencia y el suave dominio prevalecer sobre una destrucción ciega. El fin es la rendición honrosa y no el aniquilamiento del contrario. Durante el desarrollo de las movidas se presentan circunstancias imprevistas: Errores que

conducen a la destrucción, la violencia y el sacrificio. Pero la computadora juzga implacablemente los actos del jugador, incluso el respeto hacia el adversario, quien es como él mismo.

–Es difícil de comprender –murmuró John–. Los intentos de dominación desencadenan fuerzas incontrolables.

–Debes entenderlo así: La computadora juzga el comportamiento de un hombre bajo circunstancias adversas y cuyas únicas posibles soluciones no están de acuerdo a su modo de pensar. Aprendemos el juego desde niños en la escuela y jugando controlamos nuestro nivel de educación.

John había escuchado con creciente atención y en su mente empezó a formarse una idea.

–Garb, el superior, nos recomendó que aprendiéramos a conocer a tu pueblo. El mejor modo de conseguirlo sería si me enfrentara a tu gente con sus propias reglas.

–Lo que pretendes es casi imposible –manifestó Bor, moviendo la cabeza dubitativamente–. Si fracasas en tu intento, perjudicarías en cierta medida a los tuyos.

–Si existe un modo de aprender, y debo hacerlo, jugaré.
–Tendrías que asimilar nuestra filosofía paso a paso, como se enseña a caminar a un niño. Dispones de muy poco tiempo.
–No estás hablando con un niño –repuso John.
Bor suspiró.
–Se hará como tú deseas. Estarás obligado a aprender las reglas fundamentales en pocos meses. Todo dependerá de ti. Existen textos que analizan las movidas de los maestros, pero las posibilidades son ilimitadas.
–Mañana te llevaré con los niños –intervino Maro–. Te advierto que tienen apenas 15 años.
–Te lo agradeceré –dijo John con la mirada ausente. Ella lo contempló con compasión y algo de curiosidad, al advertir la remota e impenetrable expresión de su rostro.
–Todo esto llamará bastante la atención –dijo Bor con preocupación.
El rostro de Cassandra había adquirido la misma expresión que el de John.
–¡Irás a la escuela! –expresó con determinación–. Es el mejor de nuestra gente. Esta vez sabe lo que quiere.
Sus sorprendidas palabras impactaron a John. Intentó ver su cara bajo la brillante luz de las estrellas, pero ella se adelantó un paso y siguió caminando al lado de Bor.

4

Tres meses después, Maro volvió confundida de la escuela. Buscó a John y le dijo:

–El maestro me dio un informe final. Opina que eres uno de los mejores alumnos que ha tenido, pero estima que tendrás dificultades con la computadora. Estás fuera de la escuela y ahora comenzarás a jugar con los adultos. Soy mejor que Bor y esta noche veremos si eres capaz de vencerme frente a la computadora.

Varios reveses iniciales hicieron comprender a John que ella no era una niña. Pero la venció con relativa facilidad al cabo de tres horas de juego. Ella terminó agotada y pensativa. Lo miró con respeto y finalmente le hizo una advertencia.

–Debo reconocer que nunca llegaste a situaciones intrincadas conmigo. Me venciste con maestría y sencillez. Pero todos mis puntos a favor se deben a errores tuyos. Es preciso que aprendas mejor nuestra filosofía, porque en este juego gana el mejor, no el más inteligente. Mañana conocerás a buenos jugadores, te espera una tarea difícil.

Durante el mes siguiente sufrió imperturbablemente grandes derrotas y perdió numerosos juegos dominando a sus adversarios por medios ilícitos. Sentía a veces que la tarea era demasiado grande para él, luego se acordaba de los suyos y seguía en su solitaria lucha. Fue un día que tenía la mente clara por primera vez en semanas, que un hombre joven se sentó frente a él. Lo derrotó con cierta facilidad. El vencido lo felicitó con sinceridad y abandonó el recinto rodeado por un extraño silencio.

–Es difícil comprenderte –manifestó uno de los jugadores–. Apenas logras vencer algunas veces a uno de nosotros y ahora has dominado a un campeón. No existen más que algunos cientos como él en todo el planeta. Tu victoria honra a nuestro grupo.

Todos los presentes le estrecharon la mano y durante las semanas siguientes le fueron señalados y corregidos numerosos errores. A mediados del verano su juego se hizo tan fuerte que sus compañeros ya no lograban batirlo. Aún cometía grandes errores, pero la complejidad del juego le permitía recuperarse. Entonces se enfrentó a algunos adversarios de real categoría y consiguió derrotarlos esforzándose al máximo.

Un día Maro se acercó a él llena de orgullo.

–Lograste lo imposible, no creí que un hombre pudiera luchar tanto.

Apoyó una mano en su hombro y lo besó con naturalidad, dejándolo bastante confundido. Se sentía solo y necesitaba el calor de una mujer.

–Me queda poco tiempo –murmuró–. Tomaré un descanso y luego estudiaré intensivamente las movidas de los grandes jugadores. Tú eres mi representante ante tu pueblo. Te pido ahora que desafíes a vuestro campeón para la época de las festividades de otoño. Estaré preparado para entonces.

Maro lo contempló con incredulidad.

–Pienso que eres un demente –exclamó exasperada–. La gente habla bien de ti y eso pesará el día de la Junta de los Superiores.

–No comprendes –explicó él cansadamente–. Soy débil y común en muchos aspectos, pero para jugar soy un campeón. Debo enfrentarme al mejor para demostrarme a mí mismo si soy un mono o un hombre.

A Maro se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¡Esa ha sido una respuesta tonta! ¡Pobre John! ¡No tienes ninguna posibilidad, ninguna! Ahora iré donde Cassandra a explicarle todo. ¡Eres un demente!

Enseguida le dio la espalda y salió corriendo. En la noche del mismo día volvió a juntarse con él.

–Tuve una discusión con tu amiga. ¡Renuncio a comprender vuestra actitud! Apenas se dirigen la palabra y luego se defienden uno al otro. Ella demostró ser tan demente como tú.

John sonrió débilmente y se atrevió a besarla en la mejilla.

–Desafié al campeón en tu nombre y él aceptó. Es uno de los superiores, tiene 80 años de experiencia en el juego y no ha sido vencido en los últimos veinte. Lo siento por ti, John.

Le observó con serenidad y su mirada se suavizó.

–En realidad te ves muy cansado. Bor nos invita para un corto viaje al cuarto planeta de nuestro sol. Partiremos al anochecer.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

1

–El cuarto planeta es inhóspito, cubierto en su mayor parte por hielo eterno –explicaba Bor.

–Pero la zona ecuatorial es habitable. Existe un pequeño continente, donde vive una primitiva raza humanoide. Hemos evitado el contacto con ellos, pero sabemos que son cazadores y colectores pacíficos. Tenemos nuestra base en una isla, desde allí controlamos las estaciones emisoras de rutas interestelares. Esta nave lleva personal de relevo y abastecimientos, el viaje demorará cuatro días.

En la cabina de pasajeros empezó a palpar una luz intermitente y Bor se levantó.

–Ha llegado la hora de dormir.

John pensó en la paz y en la inconsciencia de las literas que esperaban en una sala contigua y movió la cabeza.

–Seré el último, debo estudiar, reflexionar y ordenar algunos confusos pensamientos.

Enseguida miró a Cassandra, que se había incorporado para acompañar a los demás.

–Deseo estar un rato a solas contigo, no tomará mucho tiempo.

Los ternianos se retiraron en silencio. Bor parecía preocupado y Maro sonreía misteriosamente. Cassandra se veía pálida y cansada.

–¿De qué quieres hablarme?

John la observaba con serenidad.

–Debo averiguar si aún sientes algo por mí. De un modo u otro, está será la última vez que te exigiré algo. De ahora en adelante se juntarán o se separarán para siempre nuestros caminos.

Su voz temblaba ligeramente.

–¿Qué eres tú de Bor?

–Lo ignoro, algo así como un amante a la manera de ellos. Supongo que tienes derecho a saberlo.

Escudriñó nerviosamente su rostro.

–Es fácil advertir que no eres muy feliz.

–¡Estoy cansada de todo, quiero irme a casa!

–¿Le has hecho saber que hemos vivido como marido y mujer durante cinco años?

–¿Lo fuimos? –preguntó Cassandra en voz baja.

–Tú sabes que sí –aseguró él con firmeza.

–Bor no sospecha nada, cree que somos solamente amigos.
 –Si tú me amas no necesito pedirte perdón por errores cometidos –dijo John–. Sé que el reciente entierro de Ruth afectó nuestras relaciones. Ella perdura como un dulce e inolvidable recuerdo para mí, pero ahora te quiero a ti. Es tiempo que dejes de portarte como una niña.
 En los ojos de Cassandra apareció una expresión de ternura. Sonreía débilmente.
 –Nunca has sido un poeta para hacer declaraciones de amor.
 John se levantó para sentarse a su lado. Luego la tomó en sus brazos y la besó. Ella trató de resistir, pero de pronto le rodeó el cuello con ambos brazos y comenzó a llorar.
 –Te necesito, John, no sé si podrás perdonarme que me haya comportado como una prostituta.
 –¡Olvidalo, esto ya pasó!
 –Fallé a Ruth, le juré que jamás te dejaría solo. Me advertió que sin mujer errarías sin rumbo.
 –He cambiado desde entonces. Sé lo que quiero, en realidad siempre lo supe.
 –Hablaré con Bor al término de este viaje –prometió ella–. ¿Puedes aguardar algunos días más? Debo pensar como decírselo. Nunca le quise, pero le estimo. ¿Por qué esperaste tanto, John?
 –A causa de este condenado juego no he tenido tiempo de pensar en mí.
 –¿Crees poder vencer?
 –Lo ignoro –respondió él con sinceridad–, pero al que me gane le presentaré una pelea para recordar.
 –¡Vencerás, sé que de alguna manera vencerás! Después volveremos a casa. Te prometo nunca más dudar de ti. Estaré contigo apenas pisemos nuevamente el planeta Tarn. Si insistes, se lo digo a Bor apenas despierte.
 –Hazlo a tu manera –respondió John–. Casi me he habituado a la castidad.

Ella lo besó.

–La nave está llena de gente –susurró–. Quedan algunos despiertos en la cabina de control. No existe ningún lugar.
 –Es verdad, ya pensé en esto.
 –Eres un degenerado –le riñó ella–. Pensaste todo el tiempo en una sola cosa.
 –Todo el tiempo y por largos meses –reconoció John.
 Cassandra lo besó nuevamente y luego se separó de él para levantarse.
 –No nos torturemos más –dijo retrocediendo–. Hasta pronto mi amor, ahora me hundiré en la inconsciencia. Son cuatro días de ida y tres de vuelta. Estaremos separados solamente por tres días de permanencia en la base.
 Lo miró con cariño y luego le dio las espaldas para entrar al compartimiento de las literas del sueño.
 John escudriñó por largo tiempo el exterior, pensando que pronto volvería con Cassandra a casa. Después abrió un libro y comenzó a estudiar en el silencio de la nave.

2

La base en el cuarto planeta era una gran torre metálica situada en las montañas de la isla. Desde allí se divisaba a lo lejos el mar y en las planicies una selva lujuriosa, semejante tal vez a las existentes en la tierra durante la era cenozoica. El planeta giraba cerca del límite exterior de la ecosfera del sol de Tarn, que brillaba pálido a la distancia.

Bor no tenía obligaciones en este viaje y habían bajado la montaña, acompañados por dos tripulantes de la nave de transporte, internándose a la selva primitiva. La flora de intensos colores, con sus múltiples manifestaciones en formas caprichosas, hizo olvidar a John la obsesión del juego por primera vez en mucho tiempo. Cassandra le observaba y se apoyaba en él cuando al caminar se hacía difícil, precaución innecesaria, porque ella andaba con la seguridad de un gato. Mares de helechos cerraban a veces el paso y Bor limpiaba el sendero a golpes de machete.

–¿Trae alguien un arma? –le preguntó John, mientras prestaba atención a los ruidos de la selva. Caminaban ahora entre enormes coníferas y árboles de gruesos troncos. De sus ramas pendían brillantes hojas y flores exóticas de desconocida hermosura.

–No necesitamos armas –explicó Bor–. No existen animales grandes en la isla, solamente roedores, muchas aves y pequeños reptiles que tienen su morada en las zonas pantanosas. La vida terrestre se ha desarrollado en forma superior en el continente, ahí el clima es más cálido. Escogimos la isla porque en ella casi no existen cambios perceptibles en las estaciones. El hielo en las montañas y la primavera en las planicies son eternos. ¿Sientes el ruido entre los árboles? Estamos llegando a las cataratas.

El río provenía de los glaciares del límite de la zona de los hielos y caía desde las alturas de un cajón rocoso hacia un abismo vertiginoso, luego se perdía rugiendo entre las empinadas paredes de un desfiladero. El ruido hacía difícil la conversación y tenían que entenderse a gritos.

–Volveremos por otro camino –exclamó Bor–. Es más largo, pero atraviesa el valle de las flores. Es el lugar que hemos venido a ver.

Enseguida iniciaron el regreso caminando por un terreno, que se hacía cada vez más pedregoso y los árboles se destacaban retorcidos contra el pálido cielo. Entraron a un bosque de enormes helechos y cruzaron numerosos arroyos, saltando de piedra en piedra. A lo lejos escuchaban el ruido del mar. Nuevamente les rodeó la selva y continuaron en silencio hasta llegar al borde de una caída abrupta del terreno. Vieron entonces un cuadro de indescriptible belleza: Millones de flores cubrían el espacio abierto entre los bosques y sus luminosos colores se reflejaban en las aguas del pantano.

–Algunas de estas bellas flores son venenosas –advirtió Bor–. El sendero es seguro pero nadie debe apartarse de él.

John empezó a dar muestras de intranquilidad y algo en el ambiente parecía llamar su atención.

–¿Estas seguro de que no hay nadie por aquí? –se dirigió a su amigo–. Creo haber escuchado movimientos en la selva y los pájaros vuelan de un modo extraño.

–Los únicos pasos que marcaron senderos en la isla desde los tiempos de la creación, fueron los de mi pueblo.

Al escuchar la palabra “creación”, John advirtió que nunca había averiguado si ellos aún creían en un dios. En su filosofía fundamental no se hablaba de religión, pero ciertas formas de expresión en su lenguaje parecían indicar una creencia en algo superior.

Repentinamente agudizó sus sentidos y dio unos pasos, luego retrocedió. Los helechos cobraron vida y se vieron rodeados por una veintena de hombrecillos silenciosos. Tenían aspecto simiesco y sus ojos hundidos no mostraban expresión humana. Andaban completamente desnudos, pero estaban armados con pequeños arcos y flechas. No había mujeres entre ellos.

–Ha sucedido entonces –murmuró Bor asombrado–. Por primera vez cruzaron el mar desde el continente. Nuestros informes indican que cazaban solamente con trampas. En el pasado un antropólogo intentó comunicarse con ellos, pero sus conceptos, aun en las cosas sencillas, no son humanos.

A John no le agradaba el aspecto de los humanoides y su expresión le parecía siniestra. Mostraban una impenetrable hostilidad, como si considerasen el pequeño grupo humano como intrusos.

–No sé por qué –dijo en voz baja–, pero tengo la impresión de que los hombrecillos creen haber tomado posesión de la isla.

Bor sonrió.

–Tranquilo amigo, es una raza inofensiva.

–Tenemos solamente dos machetes –insistió John, preocupado y consciente de que tenía uno en la mano derecha. Cassandra se colocó junto a él. Uno de los humanoides comenzó a emitir sonidos agudos y todos fijaron su atención en ella.

–Son blancos y parecen tener prejuicios raciales –susurró y él no pudo evitar sonreír, a pesar de que olfateaba peligro.

–¿Qué dice tu infalible y habitual premonición?

–Nada –replicó John confundido–. Me parece que me ha abandonado. Tengo la mente en blanco. Pero mis instintos de hombre primitivo me dicen que estamos en peligro. Nuestros amigos no parecen compartir mi opinión.

Bor había estado escuchando y agregó tranquilamente:

–Aún si tuviéramos armas no mataríamos. Si ellos nos atacan sería por alguna razón oculta e incomprensible. Pero lamento no haber traído uno de nuestros tubos para mantenerlos a distancia en caso de agresión.

El semi círculo de los humanoides se estrechaba lentamente y con sus sonidos agudos parecían sostener una conversación. El único de ellos armado con una lanza, de pronto se separó del grupo y se acercó con el rostro impasible a uno de los tripulantes de la nave. Levantó el arma y le empujó, enterrándole levemente la punta en el pecho. En su ropa apareció lentamente una mancha roja. El tarniano no hizo nada para defenderse, en su rostro había una expresión de incredulidad y de intensa sorpresa.

—Dentro de algunos instantes estaremos obligados a pelear para seguir con vida —murmuró John—. Esfuerza tu mente, Bor, y piensa si existe un medio de comunicarse con ellos.

El tarniano no parecía sentir miedo, pero era evidente que no sabía cómo actuar frente al peligro.

—Estos seres no son amistosos —insistió John apresuradamente—. Debes usar tu machete si es preciso. ¡Matar para sobrevivir es un sagrado derecho!

—¡No puedo y no debo! —replicó el otro con la cara impasible.

John lo contempló con expresión incrédula. Observó de reojo que el humanoide armado con lanza había retrocedido e intercambiaba nuevamente sonidos con los demás.

—¡Maro, Cassandra! —ordenó decididamente—. ¡Apenas estallen las hostilidades, corran! ¡Deben correr por sus vidas hacia la torre! No creo que los hombrecillos las puedan alcanzar con sus piernas cortas.

—¡No pienso huir! —anunció Cassandra—. ¡Dame tu machete, Bor! ¡Pelearé!

El tarniano se resistió a darle el arma y ella advirtió que apenas le conocía, comprendiendo que era inútil insistir.

John sintió un movimiento y enseguida recibió un doloroso impacto. Observó asombrado la flecha, que tenía clavada profundamente en su brazo derecho. Iba a gritar una orden cuando escuchó un siseo. Al volverse las palabras murieron en sus labios. Una flecha vibraba en el costado izquierdo del cuerpo de Cassandra, por debajo del seno. Ella vaciló y la sostuvo mientras se deslizaba hacia el suelo.

Entonces se libró un algo terrible e incontrolable en su mente. Observó que los humanoides estaban ahora muy cerca, esperando con frialdad la reacción de los humanos. Su rostro adquirió una expresión ausente y la sangre comenzó a rugir en su cuerpo. “Todo termina aquí”, alcanzó a pensar, “es el fin de nuestro peregrinaje”. Empezó a ver imágenes borrosas de los agresores a través de una neblina roja y cambió el machete de mano. No sentía miedo ni ninguna otra sensación conocida, solamente deseaba matar. Con un rápido movimiento quebró la flecha en su brazo y saltó silenciosamente hacia los pigmeos. A uno le partió el cráneo con un golpe ciego y violento, a otro le hundió la ancha hoja del arma en el vientre. Recibió un golpe en el pecho y quebró la flecha clavada en sus costillas con un aullido de animal herido, mientras otra le rozaba la garganta. Sentía morir su brazo derecho. Los humanoides tensaban sus pequeños arcos y el aire se llenó de un susurro mortal. Mató a tres más, obligando al resto a retroceder. Un hombrecillo se resbaló y cayó sentado al suelo. Cuando intentó levantarse, casi le seccionó la cabeza con su arma. Entonces los humanoides se dispersaron aullando de terror y desaparecieron como sombras en la selva.

Luego hubo silencio.

La bruma roja comenzó a disolverse y advirtió que su cuerpo estaba cubierto de sangre. Dejó vagar su mirada por encima de los cuerpos caídos y luego se volvió hacia Bor. Apenas había transcurrido medio minuto y ninguno de los tarnianos había luchado. Notó que Bor tenía clavada una flecha en una pierna y uno de los hombres yacía en el suelo con la garganta atravesada. Aún estaba vivo. Maro no había sido herida y lo contemplaba con indescriptible espanto. La miró con frío desprecio. Todavía no lograba pensar con claridad y se le hacía cada vez más difícil mantenerse de pie.

—¡Asqueroso cobarde! —increpó a Bor—. ¡Cobardes! ¡No tienen derecho a vivir!

El tarniano se había arrodillado al lado de Cassandra y recibió los insultos con muestras de confusión y dolor.

—¡Apártate o te mato! —le ordenó con voz de hielo y el otro devolvió su mirada sin comprender.

—Yo le pertenezco —susurró Cassandra—, déjame con él.

Bor retrocedió silenciosamente. John se arrodilló y al verla sospechó que estaba muriendo.

—Rápido, mi amor —murmuró ella—. Me queda muy poco tiempo. Pensé en tantas cosas que iba a decirte y ahora ya no podré. No los odies por mí, ellos son mejores que nosotros. Han olvidado lo que es el sufrimiento y la muerte violenta, conocen solamente juegos, risas y todas las cosas hermosas del universo. Recuerda, John, que hemos tenido que errar por las estrellas porque somos como somos y ellos son felices, dueños del espacio y de los planetas, porque son como son. Trata de comprender.

Él intentó hablar, pero algo en sus ojos le obligó a permanecer en silencio.

—No logro entender porqué todo tenía que suceder así —continuó con tristeza—. Aún percibo la fragancia de aquellas flores y la suave belleza de este sol.

Después calló y sus ojos se llenaron de lágrimas.
–Me iré contigo –dijo John–. Siento que me faltan las fuerzas y tengo una flecha clavada en mi corazón. Caminaremos juntos por senderos desconocidos, no quiero vivir sin ti.
Cassandra levantó una mano y acarició su rostro. Él advirtió que sonreía con dolor.
–No tienes idea donde está el corazón, tonto. Pobre John, sé cómo eres y soy feliz pensando cómo eres. Mientras vivas no moriré completamente, lo comprendo ahora. Tienes aún una tarea que cumplir, los nuestros están esperando.
Lo contempló con ternura y dijo: – Nunca te he dejado de amar.
Él tocó sus labios y mejillas con manos temblorosas.
–¡Bésame rápido! –pidió Cassandra mientras su mirada se hacía oscura. John se inclinó sobre ella y sintió como sus labios respondían. Luego la observó hasta que dejó de respirar.
Maro estaba arrodillada cerca, llorando. Él advirtió que alguien le tocaba el hombro y esto fue lo último que recordó.

3

Vivió los días siguientes en un tenebroso mundo de pesadillas. Intuía que se encontraba en el interior de la nave y despertó por instantes en un hospital. Reconoció las sombras de Maro y Bor. Los observó con frialdad, pero el odio se había ido.

–No merecen vivir –murmuró–. Piensan que soy un asesino, pero vuestras vidas me pertenecen desde ahora. Cada vez que vean el sol y cuando escuchen el murmullo de las fuentes en las plazas, cuando sean felices o hagan el amor durante las noches cálidas de vuestra tierra, deben recordar que yo lo quise así y que maté por esto. Vuestra filosofía no les ayudó a sobrevivir.

Luego perdió nuevamente el conocimiento. En un rincón del cuarto se levantó un hombre y se acercó a la cama. Contempló largamente al terrestre y en sus nobles facciones se reflejaba una lucha interior con extraños y olvidados sentimientos. Después se volvió, y sin mirar a Bor y a Maro, su hija, abandonó la habitación.

Era uno de los superiores.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

1

Un día John despertó sintiéndose bien, pero al mismo tiempo consciente de un gran vacío interior. Intuía que algo había cambiado en él, transformándolo para siempre en otro hombre. Permaneció inmóvil con los ojos cerrados, pensando y recordando. Después se incorporó lentamente y empezó a revisar sus heridas. Advirtió que le habían quitado los vendajes y que quedaban solamente dos feas cicatrices. Entonces escuchó la suave voz de Maro a sus espaldas.

–Te sentirás débil durante algunas semanas y por largo tiempo tendrás dificultades para mover tu brazo derecho. Pero te quedan muchos años de vida porque nuestros médicos tuvieron tu cuerpo en sus manos, eres igual que nosotros ahora.

–Solamente mi cuerpo –aseguró él con fría indiferencia–. ¿Qué haces tú aquí? ¡No te quiero ver!

–Puedes insultarme, si esto te causa placer –replicó ella–. Aún así me quedaré. De acuerdo a tus palabras mi vida te pertenece.

–Creo recordar –dijo John, observando su rostro. La encontró bella a pesar de su extraña palidez.

–Te devuelvo tu libertad. ¡ Ahora vete!

Maro permaneció inmóvil, pero sus ojos se humedecieron.

–Estás lleno de odio –murmuró–. Ya no quieres a nadie. Cuando estés bien, me iré.

John intentó bajar de la cama y la habitación empezó a bailar a su alrededor. Se acostó y aguardó hasta sentirse mejor. Afuera llovía.

Recordó entonces que se acercaba el otoño y lo que aún quedaba por hacer. Por un momento sintió un inmenso dolor. Luego pensó que su gente ya debía haber recogido la primera cosecha y se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Cuánto tiempo estuve aquí? –preguntó.

–Muchas semanas, John. Tu tratamiento ha sido largo y complicado. Estabas muy mal.

–Afuera hay una tormenta –murmuró él–. ¿Cuánto falta para las fiestas de otoño?

–¡No te lo diré!

–Si es preciso me levantaré y lo averiguaré en la calle.

–Realmente eres capaz de hacerlo –dijo ella–. Está bien. Falta un mes.

John empezó a respirar agitadamente. Luchó por largo tiempo para borrar la muerte de su mente. Maro se acercó y él permitió que tomara sus manos. Finalmente se tranquilizó y se sentó en la cama.

–Comenzaré a revisar mis textos desde mañana. ¡Jugaré!

–Ya conoces mi opinión –comentó ella con voz monótona.

Luego no había más que decir y escucharon en silencio como en el exterior arreciaba el temporal.

2

En el último día de su permanencia en el hospital le visitó uno de los superiores. Le preguntó como se sentía y luego le comunicó que Cassandra había sido enterrada en las afueras de la ciudad de acuerdo a la costumbre terrestre. Antes de despedirse dijo.

–Nuestros sentimientos hacia ti no han cambiado a causa del incidente ocurrido en el cuarto planeta, pero pensamos que los tuyos no son los mismos de antes. Confiamos en que un día nos comprenderás.

–He reflexionado en los últimos días –replicó John–. Sé que vuestra civilización es mejor que la nuestra. Pero aún me falta averiguar algo e ignoro lo que es.

3

Comenzó a jugar nuevamente, pero aún se sentía débil. Seguía viviendo en compañía de Bor, quien aceptó sus disculpas con una sonrisa. El tarniano intentó hablar de Cassandra, pero John solamente movió su cabeza y guardó silencio.

Caminaba mucho por entonces, vagando sin rumbo fijo y un día hubo un pequeño incidente. Se hallaba en un sector de la ciudad que no conocía, cuando una joven le dirigió la palabra.

–Te ves enfermo –le dijo–. ¿Necesitas ayuda?

John sonrió.

–No me siento tan mal –respondió amablemente. Advirtió que era hermosa como la mayoría de las mujeres de su raza.

–Sé quién eres –explicó ella–. Si no tienes nada más que hacer, puedes caminar conmigo.

–Iré contigo –aceptó John.

–Me llamo Tila –se presentó ella–. Estudio música y ahora visitaremos un museo.

Durante el verano había escuchado su música alegre y liviana en las plazas. La encontró hermosa sin comprenderla.

La joven resultó ser una excelente guía. Le explicó el uso de innumerables instrumentos para producir sonidos, muchos de ellos provenientes de otros planetas y de civilizaciones desaparecidas. Pero hubo uno que atrajo de inmediato su atención. En el rincón de una sala, entre objetos de extrañas formas, distinguió un mueble artísticamente tallado que se asemejaba a un viejo piano.

–Conozco un instrumento similar –explicó a su acompañante y se acercó.

–Es de una época muy antigua y sirvió para tener música sencilla –señaló Tila.

John oprimió algunas teclas y comprobó que las notas eran idénticas al concepto terrestre. Advirtió que le era difícil mover los dedos de su mano derecha. Varias personas los observaban discretamente.

–Vengo de un mundo antiguo –expresó–. Si me es permitido, puedo mostrarte algo de su música.

Había tomado clases a bordo de la nave, después de la muerte de Ruth. Aprendió a tocar con mucho sentimiento y poca técnica.

La joven tarniana sonrió.

–Creo que nadie se opondrá. Será fascinante ver cómo cobra vida un antiguo instrumento.

–No soy un maestro –advirtió él–. Solía tocar solamente para mí.

Acercó una silla y se sentó. Después de varios tropiezos se sintió seguro e inició una simple melodía de uno de los grandes maestros del pasado. De pronto le invadió el dolor y olvidó dónde se encontraba. Los sonidos rebotaban en el interior de la sala y el murmullo de los presentes cesó. Cuando terminó de tocar, advirtió con sorpresa que la joven tenía los ojos inundados de lágrimas. Entre los demás visitantes reinaba un extraño silencio y empezó a sentirse culpable, sin saber por qué. Miró desconcertado a los tarnianos y reconoció a Maro entre ellos.

–Tu música ha sido maravillosa –murmuró Tila–. Nunca la olvidaré, pero es de una belleza que hiere.

Maro rodeó con un brazo los hombros de la joven.

–Él vendrá conmigo ahora, aún está enfermo. Un día podrás verlo y te tocará algo distinto.

Después tomó a John del brazo y le condujo al exterior.

–Yo también lloré –dijo, después de haber caminado largo tiempo en silencio. John la miró pensativamente. Se acordó que durante semanas había descargado su incertidumbre y mal genio sobre ella y se detuvo. Tomó su cara entre sus manos y la besó suavemente. Maro abrió los ojos enormemente sorprendida.

–He sido injusto –dijo–. Quiero que vuelva la amistad entre nosotros.

–Hace tiempo que la hay –aseguró ella tranquilamente–. No me molesta que te desahogues conmigo. El precio de sangre que has pagado nos unirá para siempre. Para mí también se han complicado las cosas y últimamente me es difícil pensar con claridad. Quiero que un día toques para mí –añadió sorpresivamente–. Me gustaría escuchar de nuevo aquella música, ahora estoy preparada para sentir dolor.

Faltaba entonces una semana para las fiestas de otoño.

4

La ciudad dormida comenzaba a despertar con la primera luz del sol pálido y en los jardines susurraban las hojas doradas.

John contemplaba la agonizante belleza del ambiente con mezclados sentimientos. Habían sucedido tantas cosas entre primavera y otoño, su vida seguía cambiando e intuía que aquel día podía traerle una vez más amargos instantes de doloroso sacrificio. A medida que se aproximaba a su destino aumentaban sus oscuros presentimientos. Lo que quedaba por hacer no era un juego para él. Distinguía desde lejos un grupo de gente esperando su llegada y cuando llegó al lugar de la reunión, fue presentado a un hombre viejo y sencillo, quien le estrechó la mano con amable dignidad. El anciano no tenía aspecto de ser campeón, así como nunca lo tenían los mejores. John advirtió que quedaban solamente dos mesas en la sala, con las piezas alineadas para iniciar el juego Imperio frente a las aún inanimadas computadoras. Comprobó satisfecho que iba a estar a solas con su contrincante, las movidas se reproducirían encima del segundo tablero dispuesto para los espectadores.

Fue saludado por muchos de los presentes, entre ellos Bor, quien se veía preocupado, y desde lejos por Maro. Uno de sus compañeros se acercó y le dijo:

–Sabemos que esta confrontación es muy importante para ti y sospechamos por qué. Esperamos mucho de ti, pero sabemos que hoy perderás y tú también lo sabes.

El jugador tarniano hizo una pausa y luego prosiguió:

–Se me ha designado informarte que el resultado de hoy no afectará la decisión de los superiores. El enfrentamiento con nuestro campeón es prematuro y aún estás enfermo. Somos tus amigos y todos estamos contigo.

John estrechó la mano del otro y luego se acercó lentamente a la mesa, donde esperaba pacientemente su adversario. Ambos se examinaron mutuamente y el anciano fue el primero en hablar.

–Me corresponde fijar las reglas sobre el tiempo. Como eres nuevo en el juego alargaré el límite. También se me ha informado sobre tu estado de salud, por lo tanto se te concederán descansos. Disponemos de tres mañanas o de quince horas.

Después su rostro se volvió inexpresivo.

–Estoy listo para comenzar. Tú moverás primero.

John concentró su atención en el tablero. Examinó los campos de su planeta y los campos irregulares que representaban el espacio y donde se libraría la mayoría de las batallas. La computadora esperaba, con las pantallas indicadoras del puntaje encendidas, sin otra alma que sus antiguos creadores habían puesto ella.

Contempló su nave imperial, sagrada y centro de todo. Con su caída terminaba el juego, pero sin determinar necesariamente al ganador. Recorrió con la vista la fila de las pequeñas naves exploradoras, expuestas a una pronta destrucción al frente de las livianas y grandes naves de batalla.

Después tomó una pequeña pieza artísticamente tallada en madera roja, una nave exploradora, y la movió a un campo en el espacio, cercano a su planeta.

El juego se había iniciado y sabía que desde aquel instante debía actuar bajo reglas que no aceptaba plenamente. Su extraña ética demoraba el desenlace, pero terminaba inevitablemente con la dominación de un planeta sobre otro, formando el imperio.

Su adversario respondió y luego siguieron en rápida sucesión las primeras escaramuzas.

John advirtió después de algunas movidas la presencia de una mente superior y que todo lo aprendido de poco le servía. Los conceptos del anciano le hicieron comprender tardíamente aspectos significativos de la filosofía tarniana y su correcto empleo superaba las más sutiles movidas de los libros de textos. Aún así, logró que transcurridas varias horas la lucha se mantuviera equilibrada. Entonces creyó ver una posibilidad e inició una maniobra de ataque.

El tarniano movió casi imperceptiblemente la cabeza. Después replicó con una genial contraofensiva y John supo que no lograría detenerla y que perdería el juego a causa de su propia acción prematura.

Adivinaba ahora con extraordinaria claridad las siguientes movidas de su adversario, percatándose de que la mayoría de su naves quedarían aprisionadas en tierra. Volvió a pensar con exasperación en la evaluación intrincada de las jugadas y antes de continuar dirigió una mirada a las pantallas indicadoras de la computadora. Notó que el tarniano ya había obtenido cerca de 200 puntos a favor, él aún no lograba ninguno.

Reflexionó largamente y decidió con amargura que el único modo de ofrecer resistencia era la acción violenta justificable, tal vez por su situación desesperada y más de acuerdo a los instintos de un hombre terrestre.

Cerca del mediodía había conseguido por medio de grandes sacrificios salir al espacio con tres naves de batalla y varias piezas menores. Pero su frente vacilaba y las casi intactas fuerzas invasoras amenazaban cada vez más su vital centro, incluso habían penetrado ya en su flanco izquierdo, peligrosamente cerca de su nave imperial.

Su única posibilidad de reagrupar fuerzas consistía en sacrificar más y más piezas, mientras la computadora seguía sumando implacablemente puntos a favor del campeón. Luego le quedaba solamente una última línea de defensa. Sabía que el fin se acercaba y veía el tablero a través de una bruma de cansancio.

Entonces miró a su contrincante.

—Deseo descansar una hora, quiero salir a tomar el sol.

Contempló el tablero y movió la cabeza.

—Terminaremos pronto, faltan pocas jugadas.

El anciano le observaba con simpatía y John comprendió que él compartía su humillación.

—Sal ahora, hijo —le contestó—, esto te hará bien.

Al levantarse vio que Maro estaba esperándolo. Tenía la cara pálida y sus labios temblaban. Le acompañó sin hablar al exterior y caminaron en silencio por los prados. A su alrededor caían lentamente las hojas.

John sintió de pronto cómo volvían sus fuerzas. Dejó de pensar en el juego y advirtió con sorpresa que había perdido importancia para él. Se fijó en que Maro estaba muy quieta.

—No debes estar tan triste —dijo.

—Me siento triste por ti. No estabas en condiciones de jugar y aún sufres por la muerte de Cassandra. Sé que te sientes muy solo y supe desde el primer día que era tu mujer.

Mirándole de reojo, continuó:

—Jugaste la mitad de lo que sabes y ahora estás perdido. Incluso yo lograría vencerte en esta posición.

—Es cierto. Tenías razón, soy un demente. El superior es invencible y me hizo sentir como a un principiante.

Maro sonrió débilmente y tomó su mano.

—No importa, John. Te has impuesto una tarea demasiado grande, pero todos te estiman y te quieren. Cambié de opinión, ya no te considero un demente.

Él había dejado de prestarle atención y sus pensamientos comenzaron a vagar. Súbitamente tuvo una idea que iluminó su mente como una estrella fugaz. Habló con la mirada ausente y le fue difícil modular las palabras.

—¿Tu gente aún admira el pueblo moreno que murió luchando en sus naves?

—Así es —respondió Maro sorprendida.

John se detuvo y la miró fijamente.

—¿Cuándo ha sido programada la computadora?

—En tiempos antiguos —explicó ella confundida—. Su memoria nunca fue alterada.

—Veo el tablero y la posición de las piezas claramente ante mis ojos —dijo John entre dientes—. Ahora vislumbro una posibilidad de continuar luchando con dignidad, si lo que sospecho es cierto.

Maro bajó la cabeza cuando vio la dureza en sus ojos.

—Averiguaré lo que tus antepasados pensaban sobre la muerte, su alma aún debe estar en la memoria de la máquina.

—No te comprendo, John. Tus palabras carecen de sentido, no llevas un solo punto a favor.

Le observó con compasión, y continuó:

—¿Y qué sucederá si no estás en lo cierto?

—Entonces, Maro, mi gente jamás se entenderá con tu pueblo, volveré rápidamente para compartir su destino. No podemos ser diferentes a lo que somos, necesitamos tiempo de dar otro paso hacia delante en nuestra evolución. Distingo ahora claramente lo que debo hacer y mi amargura se ha ido.

Meditó en silencio durante algún tiempo.

—Sé el desarrollo de mis siguientes jugadas y adivino las réplicas del campeón, él no logrará alterar el camino escogido por mí. Perderé, porque no puedo vencerlo en mi actual nivel de juego, pero llevaré las acciones a un terreno donde la palabra ganar pierde su significado.

—Aún no te entiendo.

—Espera hasta el mediodía —dijo John tranquilamente.

—Cuando todo termine te ayudaré como pueda, no tienes a nadie más.

—Eres maravillosa —murmuró él—, sin ti sentiría un gran vacío.

Maro sonrió levemente, pero guardó silencio.

–Es tiempo de volver –señaló John–. Estoy preparado para continuar.

Reinaba un silencio de muerte y solo se sentía el crujido del casco de la nave herida que atravesaba la negrura del espacio buscando al enemigo.

El solitario Capitán en el puente de mandos era ahora el único que aún retenía fracciones de memoria de una raza condenada al olvido.

Quedaba ya poco tiempo y en su mente apareció por última vez la visión de su esposa e hijos corriendo hacia él entre flores silvestres diciendo su nombre.

El fin se acercaba y con los ojos llenos de lágrimas distinguió de pronto luces en la oscuridad y rectificando la dirección de la nave la hizo estrellar contra un enorme destructor que flotaba inmóvil en medio de la flota enemiga.

Y así, con él, todos los recuerdos inmortales de un planeta perecieron.

Los fuegos de la enorme explosión, iluminando por instantes toda la flota, se habían apagado y de nuevo reinaba la oscuridad.

–Era la última nave, aquella que logró huir en la gran batalla. Ahora todo ha terminado.

Después de un largo y pesado silencio el Almirante respondió: – ¿Sabe, Capitán lo que hemos conseguido?

Ellos eran humanos como nosotros. Al exterminarlos murió para siempre una parte de nosotros mismos.

Esto es lo que al final hemos ganado. Y así daré mi opinión al Consejo Imperial cuando presente mi renuncia.

–Palabras peligrosas, mi Almirante.

–Sí, esto lo sé, Capitán. Y ahora dé la orden a la flota de ponerse en marcha. Volvemos a la base.

Al reiniciarse el juego le tocaba mover. Meditó inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el tablero. Después miró a la máquina que había sido un juez implacable e hizo su jugada. Todas sus esperanzas se apoyaban en una solitaria nave exploradora y una ligera nave de batalla, ambas situadas en los campos del espacio central.

Si el otro las atacaba, estaría perdido. Pero tenía la certeza de que la psicología de su adversario, la misma que le hacía ganar el juego, le impediría cometer una acción destructiva sin propósito. Perdido estaba de todos modos, era la vergüenza de haber mostrado una inferioridad manifiesta la que le obligaba a luchar hasta el final.

Se iniciaba ahora la última gran batalla por el centro. Su empecinada resistencia creaba violencia y destrucción sobre el tablero y siguió perdiendo pieza tras pieza, hasta que la línea enemiga mostraba la confusión de los prematuros vencedores.

En el rostro del tarniano había una expresión de desconcierto y le parecía desagradar la extrema dureza de las acciones, a las cuales él se veía forzado a responder.

En todo el tablero le quedaban a John apenas dos grandes naves de batalla, dos ligeras, una nave exploradora y la gravemente amenazada nave imperial. Pero existía ahora el esperado hueco en el centro, causado por naves enemigas temporalmente inmovilizadas y por el vacío de sus propias pérdidas. Había llegado el momento de tomar la iniciativa. Sus facciones se endurecieron cuando tomó su nave imperial. Luego abandonó el campo de la derrota y la movió hacia el espacio exterior.

“Así debe ser la muerte de una nave”, pensó, “es indigno dejarse vencer en tierra sin luchar”.

Se percató de cómo los presentes contenían la respiración. El superior le miró con una expresión de incredulidad, nadie arriesgaba aquella nave en los campos centrales, donde podía ser fácilmente capturada.

La computadora comenzó a operar y de pronto sucedió algo que hizo dar exclamaciones de sorpresa a los espectadores. Restó inesperadamente algunos puntos al campeón, quien quedaba aún con una enorme ventaja.

–Los antiguos circuitos de memoria– murmuró alguien y enseguida se restableció un tenso silencio. En los ojos del anciano

superior empezó a brillar una luz de comprensión. Parecía adivinar las intenciones del terrestre y contempló con incredulidad la máquina, como si hubiese traicionado sus principios. Meditó por largo tiempo antes de mover. Se decidió a perseguir la nave imperial roja, acercando su única gran nave de batalla que protegía la retaguardia. John sacrificó una nave ligera para inmovilizar al poderoso enemigo por tres jugadas.

A esta altura del juego no ignoraba que no obtendría más de 100 puntos a favor si destruía la nave imperial enemiga en un rápido contraataque y finalizaba así el combate; de aquel modo había perdido numerosos partidos durante su aprendizaje. El jugador es el verdadero rey en el ajedrez, pensó, y el rey siempre sobrevive al final, yo soy mi nave, responsable de tan espantosa carnicería. ¡Mi nave debe morir!

El tarniano movía la cabeza e inspeccionaba críticamente el confuso campo de batalla. Su formación de naves atacaba a un enemigo inexistente y comprendió que la faltaría tiempo para reagruparse. Reflexionó y decidió iniciar la persecución para acabar el juego, eligiendo un final rápido y violento.

Pero John efectuó otra movida inesperada. Destruyó la paralizada pieza enemiga con su nave imperial y la computadora empezó a operar por un tiempo que le pareció interminable. La máquina actuaba ahora de un modo distinto. Parecía haber comprendido que las maltrechas fuerzas rojas no se dejarían dominar y le sumó por primera vez 60 puntos a favor. Por haber atacado a una pieza mayor, su nave quedaba ahora inmovilizada durante dos jugadas en el centro del tablero. El superior intentó acercarse con sus próximas movidas, pero John obstruyó nuevamente el camino, atacando con una de sus grandes naves. Enseguida alcanzó a sacar su única pieza aún móvil al centro, mientras moría su paralizada y abandonada nave de batalla, lo que hizo perder inexplicablemente más puntos al campeón.

A continuación penetró por primera vez en los campos del planeta enemigo. Su última gran nave retrasó a los perseguidores y fue aniquilada sin misericordia.

Sin embargo, logró al fin su objetivo: Dejar las dos naves imperiales frente a frente, la roja protegida por la pequeña nave exploradora, superioridad suficiente para destruir al enemigo y acabar el juego.

Escudriñó pensativamente las pantallas indicadoras del puntaje y llegó a la conclusión de que su única alternativa era seguir luchando. Creía sentir en aquel instante la presencia de los antiguos programadores, hombres semejantes a él cuya alma, después de siglos de olvido, aún perduraba en la memoria de la computadora. Sus deducciones habían sido acertadas. Observó las piezas en el tablero y no le quedaban más naves, ni planeta, ni nada que defender. “Todavía no es tiempo de morir”, pensó, “ambos, el campeón y yo, primero debemos ser juzgados”.

Su mano tembló al efectuar la siguiente jugada, porque la consideraba decisiva. Atacó e inmovilizó a la nave imperial negra sin destruirla, sacrificando su nave exploradora. La computadora empezó a operar y advirtió con resignación que le fueron restados casi la totalidad de sus puntos. Pero siguió susurrando durante un largo período, mientras él y el campeón la observaban hipnotizados.

De pronto restó al tarniano la suma increíble de 800 puntos. Hubo un murmullo general y una voz hizo callar a los presentes.

Se acercaba sin embargo lo inevitable, el superior apenas necesitaba dos movidas para obligarlo a abandonar. ¿Cuál sería ahora la decisión correcta, destruir la nave de mando del enemigo o morir con un destello de gloria?

Pero sabía que su propia nave debía morir y pensó con ironía que el final sería melodramático. Cuando le tocó mover abandonó a la paralizada nave enemiga y se enfrentó en el centro a las fuerzas que se acercaban. En la pantalla le fueron sumados 100 puntos y quedaba ahora 105 puntos contra 600.

El campeón se mostraba intranquilo. Avanzó, pero sabía que en aquella extraña lucha ya no quedaba honor para él y parecía haber comprendido que este enfrentamiento entre dos mentes tan distintas había sido mucho más que un simple juego.

No obstante, poco le importaba el honor. No era más que una palabra entre hombres dignos. Sintió compasión por el hombre de la Tierra. No ignoraba que una vez más el amor a la vida vencería a la muerte. Así era como debía ser. Allí llegaba el fin.

John se sintió invadido por una oleada de debilidad y

distinguía el gran tablero borrosamente. Tomó lentamente su solitaria pieza roja y la hizo morir, atacando a la más poderosa nave de la formación enemiga. Por última vez comenzó el susurro metálico de la máquina y en sus pantallas aparecieron y se borraron en forma discontinua numerosos grupos de cifras. Luego enmudeció e indicó el resultado final, inesperado por su bajo puntaje: 85 puntos contra 35 a favor del campeón de Tarn.

John había recuperado su tranquilidad y el vencedor le observó con una mirada intensa.
–¡Has sido un terrible adversario! Nunca vi terminar un juego sin formar el Imperio. Hemos cambiado nuestro modo de jugar y los antiguos circuitos de memoria han caído en desuso. “Antigua memoria” es tal vez una definición errónea –rectificó luego pensativamente–. Todo lo que hemos olvidado está aún allí.

Contempló con expresión seria a la inanimada máquina y repitió sus últimas palabras.

–Todo está allí, todo siempre ha estado allí.

Se veía cansado cuando se levantó para despedirse.

–Pronto nos volveremos a ver.

–No frente a un tablero –dijo John–. Conozco mis limitaciones. Jugué finalmente con mis reglas y perdí. Pero averigüé lo que me faltaba saber. Mostré mi alma a tu pueblo y vi el alma olvidado de los constructores de la máquina. Ellos fueron más sabios, pero no muy distintos a nosotros. Mi gente está ahora donde ellos empezaron.

Miró tranquilamente al superior y agregó: –Ustedes son diferentes, mejores, pero diferentes. Desde ahora viviré mi vida en el gran tablero de todo, donde todos somos movidos.

–Tú habrías sido un digno sucesor mío –expresó el tarniano en voz baja. Luego le dio las espaldas y abandonó el recinto.

John advirtió que alguien le tomaba de la mano.

–Ven conmigo –escuchó decir a la suave voz de Maro y la siguió una vez más hacia fuera al sol.

–Lo lograste –dijo ella–. Casi le has vencido y causaste una gran consternación por tu extraño modo de jugar.

Pero él no la escuchaba y sus pasos eran inseguros. Maro se percató de su debilidad y le ayudó a sentarse sobre el verde césped al lado del camino.

–No pienses más, olvida todo –le ordenó abrazándole. Advirtió que sus cabellos se estaban tiñendo de gris en las sienes. Le habló como se habla a un niño hasta que dejó de temblar. John comenzó a prestar atención al susurro del viento entre los árboles y observó a las hojas doradas que caían del cielo. Después, sintiéndose bien y en paz consigo mismo, cerró somnoliento los ojos.

5

Era un día como aquel cuando llegó a Tarn y en el exterior brillaba el sol de primavera. En las salas se hallaban reunidos cuarenta de los superiores. La expresión de sus rostros era solemne, pero John no encontró en ellos algún indicio de severidad, lo que parecía ser un buen augurio. A su lado se hallaban Morgan y Morrison, quienes habían venido pocos días antes con la nave tarniana.

Uno de los superiores, el padre de Maro, se puso de pie y se produjo un profundo silencio. Enseguida se dirigió a los representantes terrestres.

–El plazo de espera ha concluido, pero antes de decidir, hablaremos.

Contempló uno por uno a los tres hombres y prosiguió con lentitud, para dar a John la oportunidad de traducir sus palabras a sus amigos.

–Los observadores retornaron satisfechos y dieron un excelente informe sobre vuestra gente. Pero nos impresionó ver de cerca la solitaria superación de un hombre del pasado. Comprendimos, por su modo de actuar, que el amor a la vida nos hizo olvidar como debemos enfrentarnos a la muerte. Dejó profundas huellas en los corazones de aquellos que compartieron su dolor, ganando su respeto y su cariño.

La voz del superior adquirió repentinamente un timbre severo.

–Si otros como él no fueran nobles, representarían una seria amenaza para nuestra seguridad, sabemos que son de una raza cuyo poder destructivo puede ser terrible. Sin embargo, queremos ser justos y he

aquí una primera alternativa: Les invitamos a formar parte de nuestro pueblo y compartir su destino. Podrán permanecer en el planeta donde ahora están labrando la tierra o establecerse aquí en Tarn, pero no deben existir idiomas o ideas que nos separen. Cambiaran sus sufrimientos por alegría, las sombras de la muerte por amor a la vida y aprenderán a reconocer en sí mismos los valores de una herencia imperecedera.

El superior meditó y vaciló antes de continuar.

—Hemos revisado los antiguos archivos escritos y

averiguamos con sorpresa que un incidente, ocurrido hace más de nueve mil de vuestros años, alteró el orden natural de la evolución terrestre.

John frunció el entrecejo y se le hizo difícil permanecer en silencio. Las siguientes palabras fueron dirigidas a él.

—Mañana puedes viajar con Bor, aquí presente, a nuestro antiguo centro espacial. Allá hallarás respuesta a las preguntas que ahora veo en tus ojos. También comprenderás que tu raza no es culpable.

John sintió el impacto de aquellas revelaciones y todo el desprecio que aún tenía por los condenados de la Tierra se transformó en profunda compasión. El superior aguardaba en silencio, parecía leer sus pensamientos. Luego dijo:

—Si aceptan lo que acabo de proponer, no será preciso buscar otras soluciones.

Morgan y Morrison escucharon la traducción de estas palabras. Cambiaron una mirada y después inclinaron afirmativamente sus cabezas. John se dirigió entonces a los dignos superiores de Tarn.

—Estamos cansados de errar buscando un camino. Agradecemos vuestra bondad y entregamos nuestro destino al pueblo de Tarn.

—¡Que así sea! —dijo el superior solemnemente, observándole—. Estábamos seguros de escuchar esta respuesta y te hemos elegido como miembro de la Junta.

John intentó hablar, pero el tarniano levantó una mano indicando que aún no había terminado. Un extraño dolor obscurecía sus ojos.

—En el Centro Espacial existe poder oficial para tomar decisiones —dijo, dando un significado especial a sus palabras—. Amamos a la vida sobre todas las cosas. ¡Cuándo vuelvas de tu viaje hablaremos!

Enseguida miró con dignidad a todos los presentes y finalizó: —¡La reunión ha terminado!

6

—Caminaremos por calles marcadas por piedras blancas —explicó Bor—. Los edificios se están desmoronando.

La acción destructora de los siglos había transformado grandes sectores de la antigua ciudad en tierra de colinas y el verdor de hierbas silvestres cubría las murallas caídas. Numerosas estructuras monumentales aún se mantenían en pie y sus negras siluetas se destacaban sin vida contra la luminosidad del cielo.

—Es increíble como pueden cambiar los hombres —murmuró John, profundamente impresionado por la gris soledad y el pétreo silencio que reinaba entre aquellas resquebrajadas obras de arquitectos olvidados, caídas aquí y allá unas encima de otras, sosteniéndose aún mutuamente antes del inevitable derrumbe final.

—Primero fueron pocos los que abandonaron las ciudades —dijo Bor—. Pero luego sus calles quedaron poco a poco en silencio. Cuando cae una de las grandes torres, las fatigadas estructuras tambalean y se agrietan. No hemos demolido para recordar cómo fuimos antes y por temor a dañar la ciudad vieja, antiguo centro Imperial y ahora Centro Espacial de Tarn.

John se detuvo al medio de una plaza. Bajo centenarios árboles brotaba milagrosamente agua de una fuente, a los pies de una solitaria estatua de mujer. Se acercó a mirarla y se sintió profundamente conmovido.

—¡Que bella es, que bella debe haber sido!

—La mantenemos viva y permanecerá aquí —explicó Bor.

—¿Quién era?

—Es más antigua que la ciudad y no sabemos si fue diosa o mujer. Pero tiene el poder de embrujar a quien se detenga ante ella.

Siguieron caminando y los edificios empezaron a disminuir en altura. De pronto penetraron a un mundo vivo, lleno de colorido. El terreno caía suavemente hacia un río y en la otra orilla se extendía un inmenso espaciopuerto, donde brillaban al sol cientos de naves espaciales.

–Hemos llegado –dijo el tarniano e indicó hacia un edificio de severas líneas, el Archivo de Asuntos Espaciales. Entraron a una pequeña sala de recepción y Bor se dirigió al único encargado.

–Deseamos información sobre el sistema 3 – 1 – 7 – 4 – 2.

El hombre inclinó amablemente la cabeza y los condujo a un cuarto débilmente iluminado. Enseguida prendió las luces y se retiró. John no pudo contener una exclamación de sorpresa cuando reconoció un mapa estelar que cubría parte de una pared. En su centro había un brillante sol amarillo, rodeado por sus planetas. El más hermoso era el tercero: la Tierra. A un lado descubrió fotografías de todos los planetas del sistema con sus numerosos satélites. Pero había una distinta a las demás. Porque mostraba con nitidez casi tridimensional a un grupo de hombres. Se aproximó sin comprender aún lo que veía, solamente advirtió que procedía del tercer milenio del antiguo Imperio Tarniano.

–Podrás leer todo –explicaba Bor a sus espaldas–. Los informes han sido traducidos a nuestro idioma moderno.

Pero John apenas le escuchaba. Contemplaba hipnotizado el grupo humano y efectuó un rápido cálculo mental. Luego comenzó a entender.

Aquellos hombres debían haber vivido en el octavo milenio a. C., 2.000 años antes de iniciarse la historia y eran antepasados de las antiguas razas humanas. Sus esbeltos cuerpos eran fuertes, cubiertos por sencillas prendas de vestir.

Los hombres tenían barbas y sus rostros eran difíciles de distinguir.

Las mujeres, de cabello oscuro o amarillo, poseían facciones regulares e inteligentes, prototipos perfectos de razas que habitaban en praderas sin límites bajo las estrellas. Aún no habían abandonado el paraíso y en sus ojos brillaba el conocimiento instintivo de un dios.

–Eran hermosos –murmuró y había dolor en su voz–. Ya no somos así, hemos perdido casi todo lo que ellos tuvieron.

Bor sonrió con pena, pero guardó silencio. John se apartó y se acercó a un estante lleno de documentos. Sentía una gran excitación pero al mismo tiempo tenía la sensación de hallarse en una tumba o en presencia de algo que se había perdido para siempre. Empezó a revisar los viejos documentos y encontró abundante información científica sobre el tercer y cuarto planeta, algunos datos de un significado incomprensible para él. Un libro encuadernado en cuero llamó su atención. Lo abrió y entendió de inmediato que eran antiguas anotaciones, escritas por el capitán de una nave de guerra. Había algunas palabras agregadas a la primera página:

*Años de guerra 2925 a 2920 A.E.
Contacto con otra raza, contraviniendo las leyes espaciales*

Comenzó a leer volviendo rápidamente las hojas y en las últimas páginas halló lo que buscaba. Decía allí:

2920 T. I 8 – 16

Hoy, después de tres días de ardua batalla, conseguimos dañar seriamente a una nave enemiga. Luego evadimos a nuestros perseguidores y penetramos a un sistema solar desconocido.

Mis hombres están agotados y al límite de su resistencia. Detectamos fallas en los circuitos de energía y estamos siendo atraídos por el campo gravitacional del tercer planeta de un sol amarillo. Nos hundimos lentamente. Usaré toda la energía acumulada aún disponible para el aterrizaje. Mis intenciones son reparar la nave y volver a la batalla, que se libra a medio año luz de distancia en el sector 311.

2920 T. I 8 – 17

Hemos aterrizado en medio de un planeta maravilloso.

Su aire es puro y ante nosotros se extienden verdes llanuras, cruzadas por ríos tranquilos.

Todos bajamos a tierra para quemar a los muertos y rezar a nuestro dios. Durante la noche desertaron doce de los hombres.

2920 T. I 8 –18

Esta mañana volvieron dos de los desertores y la mayoría de la tripulación se amotinó. Tienen la intención de permanecer en este planeta joven y apartado del resto de la galaxia.

Establecieron contacto con los nativos.

Parecen ser pacíficos y habitan en las planicies cerca de los ríos. Cazan, pescan y crían animales.

Algunos de nuestros hombres ya se han unido a ellos.

2920 T. I 9 –19

Quedan solamente veinte de los oficiales en la nave. Aún así hemos iniciado hoy los trabajos de reparación. Estamos con vida y no intentamos retener a los amotinados, por esto seremos condenados.

Decidimos internarnos al espacio por la incierta ruta 3 –1 – 14 – 4 – 9. Que nuestro dios nos ayude, sabemos que jamás volveremos.

2920 T. I 9 –30

Hicimos buenos progresos con las reparaciones y comenzaremos a acumular energía. Hoy pusimos en marcha el primer convertidor.

Los nativos de la región pertenecen a una raza hermosa e inteligente. Se nos acercaron sin temor, invitándonos a permanecer con ellos. Varios de los oficiales jóvenes han tomado mujeres.

2920 T. I 10 –23

La nave ha sido reparada y mañana emprenderemos el largo viaje sin retorno, en busca de algo que ignoramos si existe.

Sé que soy culpable por haber fallado, con algunas ejecuciones podría haber evitado el motín.

Pero mi corazón está con los que se fueron. Hace 23 años peleamos en esta maldita guerra, de la cual nadie sabe cómo comenzó. Nosotros la hemos abandonado y nos perderemos en las profundidades. Somos oficiales y la vida de pastores no nos atrae. Aquellos que se quedaron, iniciaron un viaje hacia el verano para huir de las próximas lluvias. Volverán en primavera.

Que todos tengan una buena vida, solamente han conocido la oscuridad y la muerte. Les entregaré este libro de navegación y ellos...

Aquí se interrumpía el relato y quedaban solamente páginas en blanco.

John cerró el libro y miró a su amigo.

—¿Hacia dónde conducía esta misteriosa ruta? Aquel capitán no da mayores explicaciones.

—Su destino era obvio —respondió Bor pensativamente—. Todos conocemos la historia. Decenios antes de iniciarse aquella guerra que duró 70 años, una patrulla abordó a una nave desconocida. Sus tripulantes estaban agonizando, eran hombres increíblemente viejos. Hablaron de una civilización superior a todas las conocidas e indicaron en un mapa estelar la ubicación exacta de su sol. Según aseguraban ellos, aquella raza conocía las respuestas que da el silencioso universo a las eternas preguntas de sus moradores, verdades que aún no hemos podido hallar y que aquellos espectros humanos no nos supieron enseñar. Hubo otra nave que se internó al espacio por la ruta 3 – 1 – 14. Nunca volvió. Es todo lo que sé. La ruta sigue aún abierta.

Ambos advirtieron en aquel instante la presencia del encargado del archivo. Traía un documento de aspecto oficial en sus manos.

—Hay aquí algo que les interesará —dijo—. Es una página de un libro de navegación, material aún no clasificado. Llegó apenas hace cuatro años con la nave 317.

Bor recibió la hoja y la leyó rápidamente. Luego la pasó a John en silencio. Eran solamente algunas líneas.

1043 N.E. 2–24

A causa de extrañas perturbaciones en nuestros instrumentos nos desviamos de ruta y pasamos a baja velocidad cerca del sol 3 – 1 – 7 – 4 – 2. Su tercer planeta se encontraba en perihelio y en su superficie observamos lo que parecía ser el efecto de poderosas explosiones. El planeta brillaba a la distancia como un sol, incluso en su lado nocturno.

John se había puesto inmensamente pálido y devolvió la hoja con manos temblorosas. Cientos de millones de años de evolución, pensó angustiado, y luego la vida se transforma en luz durante medio día de locura.

—Nunca han sido capaces de gobernarse a sí mismos —expresó en voz baja.

—Acumularon terribles armas para preservar la paz, hasta transformarla en una horrible pesadilla.

Caminó algunos pasos y luego observó fijamente a su amigo.

—¿Tengo entendido que aquí existe poder oficial para tomar decisiones?

—Así es —asintió Bor—. Nos hallamos en el lugar preciso.

—Entonces solicitaré que se prepare una expedición a la Tierra. Creo que el padre de Maro estaba enterado y me dio un mensaje al final de la reunión. Si aún quedan algunos hombres quiero ayudarles a vivir.

7

Era verano y caminaban por la campiña, entre alegres bosquecillos y simétricos campos de cultivos. Las sombras se alargaban y pronto caería la noche. Maro se detuvo.

—¿Por qué hay tanto silencio entre nosotros? Aún quedan palabras que no se han dicho.

John sonrió fugazmente e intentó esconder sus sentimientos.

—Me siento bien en tu compañía, es por esto que a veces no hay necesidad de palabras. ¿Dime, sobre qué deseas hablar?

—Pronto partirá una nave. Te irás y creo que no volverás. Veo en tus ojos el dolor por tener que renunciar a todo lo que amas, a tus bosques, ríos y montañas, y a la paz que acabas de encontrar. Tu única herencia será el dolor de otros.

—Veo ante mí un camino, debo seguirlo hasta el final.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

John desvió su mirada hacia el rojo resplandor del crepúsculo.

—¡Esto es todo, Maro!

—No me engañas, no eres hombre para pasar el resto de tus días sin una mujer. ¡Mírame, John! —ordenó.

Él obedeció. Le lastimó ver el calor en sus ojos oscuros y profundos.

—No temo a los muertos —continuó ella—. Tal vez un día me quieras por lo que soy. ¡Puedo esperar!

—Debes alejarte de mí y buscar un hombre de tu pueblo.

—Tú eres de mi pueblo —le regañó Maro—. ¿Lo has olvidado? Eres un superior de Tarn.

John inclinó la cabeza avergonzado.

—Sabes lo que quise decir.

—Mi corazón es tan fuerte como el tuyo, amar a la vida no significa ser débil ante la muerte. Nada ni nadie logrará herirme, solamente tú. Quiero ir contigo y que siempre me trates bien, te haré más fácil el camino que queda por recorrer.

Ya había caído la noche y un suave viento corría por los campos, meciendo las espigas de los trigales.

—Un gran fuego ha pasado por mí, tú lo sabes —murmuró John.

—Esperaré —susurró Maro—. Nunca me has tocado y sabes que puedes hacerlo. Podrías haberlo hecho, cuando me besaste junto al río en el otro planeta.

La voz de ella apenas se escuchaba.

—A lo mejor me quieres solamente como a una amiga.

—Aprendí a quererte —confesó él titubeando—, pero mi vida será muy dura.

—Sé que me quieres, por esto no tienes derecho a negarme nada.

Se acercó a él y puso una mano en su hombro.

—¡Hasta cuando, hasta cuando tengo que rogarte!

—¡Te amaré! —prometió John suavemente en la oscuridad. La atrajo hacia sí y acarició su cabello.

—Te llevaré conmigo si estás dispuesta a pagar un precio tan alto.

Ya era de noche y el viento había amainado. Quedaba un gran silencio y la clara y palpitante luz de las estrellas.

8

Un mes más tarde caminaban sobre la verde hierba del espaciopuerto. Se despedían de gente al pasar, gente que conocían y querían.

Allí esperaban Morgan y Morrison, Bor y el padre de Maro. John observó a sus amigos y después dirigió su mirada hacia el otro lado del río, donde brillaban los blancos edificios del milenario Centro imperial apaciblemente al sol.

—Si no queda vida allá, volveremos —dijo, resistiéndose aún a partir.

Luego vaciló y no encontró nada más que decir. Tomó entonces a Maro del brazo y sin mirar hacia atrás, subió con ella por la escalera de la nave.

FIN

En Librería Chilena, Universitaria, José Miguel Carrera, Ulises y Alberts de Santiago de Chile.